

JOSE LUIS AGUIRRE

**PEQUEÑA  
VIDA**



BOULELLA  
1953

Se han tirado 30  
ejemplares nume-  
rados del 1 al 30

Núm. 22

*Derechos reservados*

José Luis Aguirre

# Pequeña Vida

MELILLA

1955

Pequeña

PEQUEÑA  
VIDA

SS



Pedruña  
Vida

Respetuosamente, marquesa:

Este es libro por el que usted se interesaba tanto en sus agradables y exquisitas veladas. Yo siempre trataba de desengañarla sobre él, pero usted se enstosmaba gratuitamente sin conocerlo a medida que me conocía a mi.

Usted creía que a mi perfil judío y a mis silencios, debía corresponder una literatura brillante, romántica y desesperada.

—Pero «él» morirá al final— afirmaba usted.

—No hay «él»— la desengañaba yo. Usted callaba y sonreía enseñando su muela de oro, para volver a la carga nuevamente;



—¿Como va a escribirse una novela que no tenga «él»?

Y cuando me pedía que le contara el argumento y yo decía que tampoco mi novela tenía argumento, usted se desternillaba de risa y la muela de oro brillaba en su boca como el ascua de una colilla.

—Tiene argumentos— <sup>concedia</sup> ~~comedia~~ yo

—¿Qué más dá argumento que argumentos?— contestaba usted con su finura espiritual característica

Escribo desde esta tierra de moros marquesa, echándola de menos; aquí no hay mujeres como usted. He visto dientes de oro, dentaduras completas, pero como su muela, noble desde los cimientos a la almena, no. Y aquí no existe ese olor suyo característico, a pachuli, que siempre nos sorprendía; creíamos ver aparecer a la doncella y era usted la que nos deleitaba con su amable presencia.

¡Aquellas veladas en su piso bebiendo

gaseosa, toda la que queríamos, y riendo sus chistes tan característicos!

—¿Como se llaman los nacidos en Cataluña?

—Catalanes— contestábamos.

—¿Y a los nacidos en Madrid, en Zaragoza? Y de pronto nos sorprendía con su ingenio.

—¿Y a los nacidos en Cabra?

¡Como brillaban su cultura, su ingenio, su espiritualidad y su muela de oro en aquellas veladas!

Una tarde, me hizo prometer que le dedicaría el libro. Yo protesté: No estaba a su altura. No era ingenioso ni espiritual; no había en él princesas, ni siquiera marquesas.

—Eso es lo mismo, mon petit— protestaba usted tratando de acariciarme con su mano blanca y regordeta, fría de sortijas de oro y piedras brillantes—. Es suyo y eso basta.

Y entonces me decía lo del perfil judío y lo de mis silencios. ¡Que manita la suya tan suave, tan blanca...! No sé porque me recordaba siempre algo que había visto alguna vez en la carnicería, colgado de un gancho dorado.

--Es lo mismo, el libro es suyo y yo soy muy llana; no se me notan los escudos.

Y era verdad, marquesa, nunca se le han notado los escudos. Yo por lo menos, no los hallé, en aquellas noches toledanas en las que a usted le picaba todo y me hacía rascarle en los sitios más inverosímiles. Por las mañanas, al despertar, me acordaba de usted y al propio tiempo recordaba lo que iba a escribir al levantarme.

No comprendo todavía —¡que raros caminos los de la inspiración!— cómo recordándola a usted, no escribía algo muy espiritual y muy copetudo. Pero así ha sido.

Cuando me levantaba, me encerraba en una habitación toda azul, abría el balcón y

escribía. Usted me llamaba por teléfono. La primavera me llamaba por el balcón. A días escribir, equivalía al parto de los montes.

Me asomaba al balcón; sonaban las campanas y la gente pasaba por la calle, muy pequeña desde mi altura. Se rozaban unos con otros sin conocerse, coincidían, unidos por la casualidad, cada cual con su pequeño problema y su pequeña rareza, durante unos instantes, en el mismo trocito asfaltado del mundo. Sin principio ni fin, coincidencia de un segundo y pequeñas vidas. Siento que la primavera entrara por el balcón y venciera a su recuerdo y a sus llamadas telefónicas.

Así, pues, cumplo la promesa de la dedicatoria, temiendo desilusionarla: Mejor que dedicatoria, a usted que es tan gachona, tan espiritual tan castiza, le irá un brindis: Aquí está:

Con todos mis respetos, va por usted marquesa.



Quedo a sus pies, recordando aquel pa-  
reado que usted recitaba tan maravillosa-  
mente, y en el cual no se si brillaba más su  
ingenio, su muela de oro o su terrible senti-  
do práctico: «Debes lavarte los pies cada dos  
meses o tres».

Repito: Va por usted marquesa

*José Luis*

P D. La novela la presenté al PREMIO  
VALENCIA contra su voluntad. Quedó fina-  
lista. El jurado era tan sensitivo como usted  
y seguramente al reir enseñaba una muela de  
oro, (¡no igual, Dios me libre!) parecida a la  
suya.



Llovía. El claustro de la Universidad chorreaba humedad, mientras el agua se encharcaba en las losas del patio. Luis Vives, el insigne y praestantissimo philosopho, según reza la lápida colocada al pie de la estatua, semejaba embutido en un impermeable brillante y moderno.

Era un día triste y oscuro. Los estudiantes se refugiaban en el zaguán o en el claustro estrecho que rodea al patio cuadrangular, hablando a gritos, coreando la llegada de algún compañero con risas y abrazos.

En los rincones, amedrentados, se agrupaban «los nuevos», los matriculados en el primer año de carrera. Venían risueños pero un poco escamados, alertas a repeler cualquier broma pesada de los veteranos.

De pronto, un chanclo de goma, voló por el aire y fué a caer en medio de un grupo. Esto bastó para que todos comenzaran a chillar dando patadas al zapato negro, pasándolo de uno a otro, mientras el dueño corría tratando de recuperarlo. La goma negra volaba por el aire. La lluvia no importaba para la diversión casual, así que el patio, antes abandonado, se vió lleno de jóvenes gesticulantes que salían de los claustros. Uno, poco respetuoso con la Filosofía, arrojó el chanclo contra la misma nariz de Luis Vives, sin darle, cosa que acrecentó la algazara y motivó que otros probaran su puntería con tan extraño proyectil, contra tan respetable blanco. En el piso superior, entre las arcadas sostenidas por las esbeltas columnas toscanas, asomaron numerosos rostros femeninos, queriendo participar de alguna forma en la juerga. La aparición de las mujeres, de las ninfas, como algunos los llamaban, hizo que los gritos aumentasen hasta convertirse, aunados, en un único y terrible aullido. —¡Vamos arriba!— gritó un muchacho alto y desgarrado con la nariz ganchuda.— Y comenzó a aullar con más fuerza.

Algunas ninfas, se escondieron tras los postes blancos de las columnas, lo que hizo aumentar el clamor con voces de: ¡feas, feas...!

Al fin el zapato quedó colgando, tiritando al parecer, de la mano extendida en actitud dogmática del pobrecito Vives.. Esto suspendió la marcha proyectada hacia las ninfas y enmudeció las gargantas por unos segundos. Un aplauso atronador resonó en el patio, mientras el zapato, aun oscilaba inestablemente colgado de la mano de bronce. Los novatos habían salido al patio y sonreían con gestos de suficiencia, tratando de disimular la novedad que para ellos constituía el espectáculo. Alguno incluso se había atrevido a meter mano en el juego, y todos sin excepción habían chillado sin saber lo que decían, ni porqué lo hacían.

Esteve, había chillado y también había logrado tocar por dos veces el chanclo con la punta sucia de su zapato. La gabardina blanca y corta le hacía parecer más alto de lo que en realidad era.—El cabello rubio,



despeinado y mojado le caía sobre los ojos pardos y ensimismados. Al andar semejaba un esqueleto descompuesto, moviendo mucho las caderas y avanzando los pies grandes con poca gracia.

Se volvió al grupo diciendo:

—¡No hay que achantarse, muchachos! ¡Como si nos hubieran parido en la Universidad!

López refa. Al hacerlo los ojos pequeños y malignos se le extraviaban y el cabello rojo y cerdoso, parecía ponerse de punta. Su figura exigua y su tez amarillenta y pecosa, contrastaban con la de Esteve. Sus comentarios, siempre desde la barrera, hacían reír pese al fondo de tristeza y de amargura del que surgían.

A poco reaparecía el muchacho al que habían arrebatado el chanclo, cojeando ligeramente, acompañado de un bedel con una escoba en la mano. El revuelo que se armó fué enorme y los gritos arreciaron:

López se cogió del brazo de Muñoz, tirándose hacia atrás con los ojos llenos de lágrimas. El barullo no había dejado oír su comentario mal intencionado sin duda. Muñoz, otro del grupo, tenía la tez amarillenta, pajiza y los ojos claros, azules, lo miraban todo con curiosidad.

—¡Mira, mira que pinta el bedelín!— Tenía la manía de hablar siempre en diminutivo y de reír arrojando saliva entre los dientes.

—¡Ahí va el «Chufa»!— se oyó que comentaban risueñamente.

El «Chufa» era el muchacho desgarbado, de nariz ganchuda, que había gritado: «—¡vamos arriba!»— mirando a las ninfas. Se acercó al bedel de la escoba y dijo algo al oído del cojo del chanclo, que rojo de ira levantó el brazo para pegarle.

—¡Quieto! ¡Eh, Eh...!— gritaron los espectadores.

El Chufa era intocable; tanto como una institución venerable. Era casi eso en la



Universidad Nadie sabía cuando se matriculara por vez primera y naturalmente nadie sabía ni tenía imaginación para tanto, cuando terminaría la carrera.

Dió un quiebro torero y se escabulló entre risas y aplausos.

El bedel saltó la verja de hierro, y se metió en el jardincillo minúsculo, pisando los tréboles húmedos, hasta acercarse a la estatua. Después con mas o menos fortuna, el zapato comenzó a oscilar a impulsos de la escoba, hasta que se desprendió. Se volvieron a oír gritos y aplausos que cesaron pronto. Las puertas oscuras y carcomidas del Paraninfo se abrieron al tiempo que arreciaba la lluvia. Encendieron las lámparas y surgieron de las sombras los retratos de los rectores difuntos; rostros secos, macilentos, enmarcados en golas, en costosos y vistosos ropajes negros, rojos... Manos abaciales abatidas sobre libros entreatiientos, sobre pergaminos arrollados... En el paredón frontero a la puerta, sobre el estrado presidencial, re-

fulgían en oro los nombres de los rectores fallecidos.

La estancia estaba fría y húmeda y sobre el patio volcaba un aliento tibio de pudridero, de gran panteón familiar.-A Luis Viet le dio esta sensación de cosa muerta, cuando entró del brazo de Esteve. Los lienzos de rectores, adosados a las paredes, a la luz eléctrica, cobraban caracteres de momias en sus nichos. La madera de los bancos crujía lastimosamente y el peluche rojo de los respaldos, era de un color apagado y vinoso, pelado a trechos, como la piel de un gato enorme, maltratado y teñido.

La juventud entraba alegre en el amplio panteón que cobraba así una vida inusitada y artificial.

Poco después aparecieron los nuncios de la comitiva presidencial. Eran dos hombres vestidos de negro de pies a cabeza, tocados con gorra de terciopelo, que el más alto de los dos se empeñaba en llevar a la borgoñona. Al caminar gravemente, se apoyaban en

alto bastón de puño plateado.

—¡Que bigotín! comentó Muñoz.

Efectivamente, el nuncio alto y delgado, lucía sobre su boca, un bigotazo blanco de carabinero, enhiesto en sus extremos, que contrastaba notablemente con su rostro moreno y cenecño. Estaba imponente. — Muchos le conocían.

— ¡Ya está ahí Casas! ¡Casas!

Era una lástima; le faltaba nobleza en el rostro para ser un Greco. El otro compañero, bajito y sin carácter avanzaba arrastrando el ropón, enorme para su estatura, sin llamar la atención de nadie. Uno se atrevió a gritar más de la cuenta, llamándole.

— ¡Casas!

Por un momento fulminó con la mirada al atrevido y pareció que su bigote se iba a alzar y a abrirse su boca para endilgar un ¡Vive Dios! o un ¡Voto al Chápiro!. Pero se hizo a un lado y esperó la llegada de los cate-

dráticos. Venían éstos en dos filas, embutidos en sus togas y mucetas. El rojo sangre dominaba al amarillo canario de los médicos o contrastaba con el azul pálido de los filósofos o el verde de los doctores en ciencias. . . . Sobre las cabezas más o menos decorativas, el birrete parecía la pantalla de una lámpara sin luz.

—¿No les da vergüenza ir así?— dijo López al grupo de amigos. Con más arrestos que sus padres y más años que los suyos y disfrazarse, . . .

Muñoz rió exageradamente enseñando sus dientes blancos de caballo sano, dejando escapar su saliva entre ellos. Esteve no se enteró. Parecía un niño que lo mirara todo con ojos nuevos y asombrados.

Subió el rector al estrado y ocuparon a sus costados los asientos, autoridades, decanos y catedráticos, hasta componer un friso decorativo de colores brillantes.

El rector tenía una figura feble y enfer-



miza Parecía un enfermo icterico. Su cabeza grande, desproporcionada, cubierta de cabello blanco peinado a dos bandas, semejava un marmol o un marfil maltratado por el tiempo. Al hablar elevaba los ojos al cielo y se inclinaba amenazadoramente sobre el auditorio. No sólo hablaba bien, sino que accionaba y entonaba la voz como un verdadero primer actor.

Casas, imponente de dignidad, comenzó en sus funciones. Acomodó a los catedráticos, repartió el discurso inaugural impreso en tomos amarillos, acompañó a los oradores a la tribuna y los volvió a su lugar como si fueran a perderse. Durante toda la mañana actuó de gran chambelán en aquella corte reducida y pobretona.

El discurso inaugural versó sobre «Pelayo y el 2 de Mayo. Concomitancias y Divergencias. Resumen a la luz de los últimos estudios». Naturalmente resultó aburrísimo. El orador se empeñó en demostrar que Pelayo era un noble godo por los cuatro costados, cosa que a nadie interesaba demasia-

do. Aportó textos y citas en cantidad abrumadora. De fuera llegaba el ruido de la lluvia que arreciaba, cosa que contribuía al adormecimiento del auditorio.

Algunos estudiantes salieron, otros por cortedad o por ocupar lugares alejados de la puerta, se quedaron hablando en voz baja. El orador hizo un canto a la Reconquista y comparó Roncesvalles a Bailén...

---

Hasta aquí copio a mi amigo Santos, cuya novela por otra parte, como a él le dije, no me gusta nada. Me ha parecido bien colocar al principio una descripción de algun acto universitario para ambientar el libro con un preámbulo adecuado y de cierto tono. Y como yo no se describir —creo que voy demasiado por lo minucioso— no he tenido mas remedio que copiar. Supongo que Santos no se enfadará conmigo. Como le dije a raíz de la lectura de su manuscrito yo creo que la descripción literaria es luchar contra lo imposible. El cuadro o la fotografía, la suplen con creces. La descripción en el libro debe ser mínima y precisa suficiente para ambientar una acción y



enmarcar unos caracteres. Santos se me puso por las nubes cuando le dije esto y me citó a la Generación del noventa y ocho.

A mí la Generación del noventa y ocho me tiene sin cuidado. Me interesa como antecedente literario de esta época; yo admiro a Baroja y Unamuno... Pero de la admiración a la copia no voy. También admiramos el Partenón y nadie trata hoy de construir según su cánón, porque no es esa la voluntad artística de hoy... Nuestros problemas son otros. Nuestras vidas y las de nuestros padres han sido diferentes... Y por lo tanto, nuestro desprecio o nuestra admiración, nuestras soluciones o nuestros deseos, van por otros caminos... En cuanto a la mera descripción a mí me interesa más un hombre que un árbol. Pero yo sé que es más fácil describir íntegramente al árbol que al hombre. El árbol está ahí y siempre es el mismo. El hombre está aquí y allá y en todas partes y si vive verdaderamente, no es el mismo cada dos segundos.

Discutimos —¡como no!—. Hablamos y

cada cual al fin, quedó con su opinión más enraizada que nunca dentro de sí.

Santos tomó su manuscrito y se alejó de mí por unos días.



A Santos le conocí una mañana de Octubre en la Universidad. A Esteve, López y Muñoz los conocía ya de antiguo. A Santos no. Aquella mañana de Octubre era soleada y casi calurosa.

En el claustro había risas de mujeres, de ninfas, como él dice, y abrazos y carreras para encontrarse después de los tres meses de vacaciones. Casas, el bedel del bigote, perdía mucho sin su ropón negro. Así, se le notaba que su paso digno no era más que vejez. Sus ojitos pequeños, pese a la edad cuando miraban a las mujeres, conservaban, algo de pillería. Sonó palmas y el claustro quedó más despejado.

Como si fuera primavera había una mariposa blanca, alrededor del jardincito que tiene a su pies Luis Vives. Desde arriba, que era donde yo estaba, en la Facultad de Letras, podía verse bien la figura en bronce del filósofo. Tenía la nariz grande llena de polvo y el realismo llegaba a tanto, que se le caía una media, la de la pierna derecha, caído. Había tomos gordos de libros ilegibles, junto a las columnas toscanas. Sierra, un muchacho al que conocía levemente, por haber coincido con él en la Congregación Mariana de los jesuitas, se me acercó.

—¿Qué hay? ¿Cómo estás?

—Muy bien...

—¿Cómo se te ha ocurrido caer por esta Facultad?

La verdad es que no conocía a Sierra, pero por su aspecto, por algo que intuimos a veces equivocadamente, en las personas que no conocemos, no le creía capaz de interesarse por la historia ni por la filosofía.

Pareció ofenderse algo al adivinar mis pensamientos y me contestó:

—¿Y a tí? ¿Cómo se te ha ocurrido?

Ninguno de los dos nos contestamos. Entonces se acercó Santos.

—¿Sois de primero?

Le miramos seriamente, queriendo saber si era algún guasón de otro curso dispuesto a gastarnos la novatada, pero le vimos tan serio que contestamos afirmativamente.

—¿Y tú?

—También.

Ya eramos tres. Charlando animadamente había dos o tres más con cara de novatas y un montón de chicas, de ninfas, seguramente compañeras nuestras. Enseguida me di cuenta de que Santos venía enterado de todo. Sierra suplía su ignorancia con su suficiencia habitual y sus gestos teatrales.

Santos sabía las asignaturas, el horario,



el nombre de los catedráticos, cuántos eramos en primer curso, y un montón de cosas de las que yo no tenía ni idea, pero por las que tampoco me interesaba demasiado. Cuando le fallaba algún dato, consultaba una libretita colorada que sacaba con mucho esfuerzo de un bolsillo interior. A pesar del día primaveral, iba embutido en su gabardina y con butanda. Al hablar tenía un acento seco, cortado, diferente del abierto y dulzón de Sierra.

— ¿Tu eres de aquí?

— Yo sí — contestó Sierra que era un tipo mediterráneo bastante clásico — Yo he nacido en Ruzafa de padres valencianos... Bueno mi madre era de Castellón... Somos seis hermanos, ché, ..

Y nos dijo algunas cosas de su familia que no recuerdo. Con el gesto ampuloso, su buena constitución, la tez morena y el cabello negro y rizado hablaba y hablaba sin descanso... Parecía un pirata, un berberisco tan fuerte y duro como su nombre.

Santos, enseguida me dí cuenta, era

hombre de pocas palabras. Yo tampoco soy amigo de la charlatanería ni de la brillantez oratoria, pues aunque valenciano, soy descendientes de vascos.

Nos llamaron a clase, a nuestra primera clase de Universidad.

— ¡Primerooo...! — gritó el bedel Casas sin mover un solo pelo del bigote,

— Somos nosotros — dijo Sierra. ¡Nuestra entrada en las aulas, en el Alma Mater...! Debíamos disparar una traca, ché...

Santos y yo nos miramos riendo.



Cuando salimos del aula, nos miramos nuevamente y dijimos:

— Nada.

Sierra opinó que el catedrático hablaba bien. Yo, la verdad no le había atendido mu



cho. El aula era triste, pues su único balcón daba a un callejón estrecho en el que jamás entraba el sol. Los días nublados, recuerdo, había que encender la luz eléctrica para ver algo. Mientras el catedrático hablaba, yo me entretuve en conocer a mis compañeros y también a las compañeras de carrera.

Superficialmente, así en conjunto, no había ninguna guapa, con esa clase de belleza que se busca a los diez y ocho años. Alguna, más arregladita, mejor peinada o pintada, no hubiera estado mal. No recuerdo si Lupe estaba allí aquel día.

El catedrático nos saludaba; también nos dijo que quería ser nuestro amigo más que nuestro juez y que estábamos locos por haber elegido la carrera de filosofía. Que lo mejor para ganar dinero era montar un negocio o hacerse estraperlista... Había que pensar bien lo que hacíamos... Aun no era demasiado tarde para vender salchichas.

—¡Que tío!—oí que comentaban a mi espalda. Y me volví. Detrás había dos mucha-

chos más, uno de ellos con gafas, y en la primera fila, asintiendo a todo con la cabeza había otro. Eramos seis, rodeados de mujeres por todas partes.

Después el catedrático nos dijo que para ser el primer día ya estaba bien y que no quería cansarnos más. ¡Ah! y que pensáramos lo del negocio... Realmente para ser el primer día no estaba mal, y por una sola impresión no se puede juzgar, así que no recuerdo si al salir dijimos «nada» Santos y yo.

¡De todas formas lo hemos dicho tantas veces después.



Los primeros días en la Universidad se espera siempre la novatada, como en los primeros días de cuartel. Sin embargo me doy cuenta de que la Facultad que había elegido para mis estudios era diferente a las demás. El elemento masculino estaba en plena infe-

rioridad frente al femenino. Pese a mi aturdimiento entendí pronto que los hombres iban a lo suyo y las mujeres solo se ocupaban de comentar y criticarse unas a otras o de espiar el día que estrenábamos corbata o calcetines alguno de nosotros. Poco más o menos todos los cursos superiores nos miraban con un aire de superioridad bastante antipático y se creían unos genios.

En la Facultad de Derecho que estaba en el piso de abajo, todo era distinto. Había gran cantidad de estudiantes que gritaban por el menor motivo. En cuanto el bedel llamaba al curso primero, las puertas del aula amplia, se taponaban de estudiantes de todas las edades y tipos. Parecía haber entusiasmo por escuchar las explicaciones. Una vez hablando con López que solía subir a charlar conmigo, le dije esto mismo. Y él, rió bizqueando...

¿Los catedráticos? Lo que quieren es... al pueblo. ¿Tú crees que entramos por oírles? Entramos porque pasan lista y nada más...

Lo cierto es que toda la gracia de la novatada consistía en chillar a los que se apretaban por entrar:

—¡Borregos! ¡Borregos!— Y lanzarles saquitos de cemento o de yeso para ensuciarles la gabardina.

—¿Será verdad que los valencianos somos tan brutos como dicen? Viendo esta broma de mal gusto, tendremos que creerlo— le decía yo a Santos.

—¿Brutos?— No me consolaba. Brutos, yo creo que todos los españoles los somos bastante. Solo que vosotros teneis un sentido estético, plástico, que os lo hace gritar a los cuatro vientos y los demás nos lo tragamos. Esta brutalidad nuestra es una gran cosa...

—Sí, tienes razón.. Es casi el genio de nuestra raza. Cuando queremos hacer una cosa bien, la hacemos con toda el alma, y se acierta o no se acierta por lo que la cosa sale muy bien o muy mal; no cabe el término medio... Somos diamantes en bruto, sin tallar...



Cuando nos tallen, seremos más bonitos pero menos fuertes...

Santos hablaba poco, ya lo he dicho, pero tenía sus ideas sobre casi todo, como yo tenía las mías. Sierra coincidía o discrepaba con nosotros. Decía que la brutalidad era propia de los castellanos, de los andaluces, de todos menos de los levantinos. Santos callaba sonriendo sin hacer mucho caso a su palabrería.

—Nosotros los valencianos, no somos brutos; somos un pueblo de una gran finura, de una sensibilidad de literatos y de artistas. Nos gusta la juerga, el ruido, lo brillante. . Como les agradaba a los griegos y a los árabes.

Yo le interrumpía. Aquello no eran mas que tópicos.

—¿Literatos? ¿Artistas? Vamos a repasar los últimos cincuenta años— le decía yo. En escultura..

—Mariano Benlliure —exclamaba Sierra

—Era un insigne pastelero— decía yo.

—Hombre, eso es discutible, ché...

—¿Tú has visto los monumentos que tiene en Madrid?

Pero Sierra se indignaba y no atendía a razones.

—Hizo muchas cosas, trabajó mucho y tiene cosas malas y no tan buenas.

—No, no... Tiene cosas malas y no tan malas...

—Tiene toritos propios para cuarto de baño— decía Santos.

—Parece mentira que seas valenciano— me decía.

—¿Por qué? Decir que lo nuestro es lo mejor del mundo es estúpido.

—Pero Benlliure tiene algunas cosas buenas: las figuras del Ayuntamiento de Valencia, el entierro de Joselito...

—Yo lo encuentro sin fuerza, excesivamente realista, sin nervio propio. Era un artesano más que un escultor. Además el sepulcro de Joselito es una copia del de Bistolfi, en Italia, dedicado al Héroe. Pasemos a la pintura.

—Sorolla...

—Es un impresionista retrasado. A él, personalmente lo admito.

—Vaya, menos mal. Era un genio...

— Conforme. Pero el mal que hizo y el que sigue haciendo a los pintores valencianos es tremendo. Todo se va en claridades, en sol, mucho sol, ... La crítica se ha acostumbrado a endilgar el tópico de «la clara retina mediterránea» a todo pintor que aquí nace. Ya no se pueden pintar más que paredes blancas comidas de sol o playas calcinadas con trajes de baño rojos y azules o niños de barro sobre la arena. Y aquí hay otras cosas.

— Para mí Solana es muy superior a Sorolla— decía Santos.

—Ni comparación— bramaba Sierra.

Se pueden admitir los dos— decía yo. Ahora, es natural que a ti, Sierra, te guste más Sorolla y a ti Santos, te agrade más Solana.

Sierra se indignaba y los ojos le brillaban, pero no nos ofrecía ninguna razón para convencernos.

—Qué vale más, ¿la cáscara o el fruto? ¿El cuerpo o el alma, la profundidad o la extensión?— le espetaba Santos un poco enardecido. Pues Sorolla pintaba cáscaras y Solana va a lo de dentro...

La indignación de Sierra se desbordaba.

En literatura el caballo de batalla era Blasco Ibañez.

—Era una mala persona— decía Santos.

—No, eso no... Su vida, para lo que aquí discutimos no interesa. Hablamos de literatura y tenemos que juzgar por sus libros no por su vida— le decía yo y Sierra asentía,



En el valor literario de Blasco, estábamos bastante conformes.

—Es un narrador de primer orden—decía Sierra.

—Conforme, pero la novela no es solo narrar; ha de tener algo dentro, crear un tipo, un carácter, algo...

—Era cáscara nada más-- sonreía Santos.

—Sus novelas históricas son de risa ..

—Sí, pero gustaba y gusta...

Como gusta el folklore o las películas americanas...

—De todas maneras Valencia le debe agradecer el que le hiciera propaganda en el extranjero. Gracias a él se conoce nuestra ciudad en el mundo— y abría los brazos con gesto ampuloso.

—Gracias a él y a las naranjas— decía Santos.

— Solo supo pintar brutalidades con eal

y brocha gorda. Sus mujeres cuando quieren ser espirituales cantan el Lohengrin...

En realidad Sierra, pese a su figura de bandido italiano o de árabe, era una buena persona.

—Me parece que me estais tomando el pelo ..— Y entonces Santos y yo soltábamos el trapo.

Su voluntad y sus convicciones no respondian a su físico. La discusión larga le aburría y no argumentaba jamás; solamente hablaba, muchas veces por hablar, y otras por el placer de escucharse.



Por fin me dí cuenta de que en nuestra Facultad, la novatada la hacían los catedráticos.

Al principio yo tomaba apuntes de todo lo que decían, aunque me parecieron estupi-

deces. Los apuntes se iban amontonando, sin que volviera a pasar la vista sobre ellos. Mi sistema era tener una libreta para cada asignatura; pero al cabo de quince días tenía trece libretas diferentes. Cada clase era una nueva explicación y por lo tanto una libreta distinta. La cosa es que un día hablaban del siglo XVI, y al siguiente continuaban con los trogloditas; o empezaban con Plotino para continuar con Kant, o saltaban del Arcipreste de Hita a García Lorca; de modo que no había forma de entenderse.

Además lo que decían tampoco era gran cosa; si soltaban datos, sonaba a Espasa recién leído y si hablaban generalidades, se podía hallar lo que decían en cualquier libro vulgar. La primera novatada fué pues tomar unos apuntes completamente inútiles, que luego no preguntaban en los exámenes.

Respecto a los libros, todos coincidían en decir que no había ninguno bueno. «Este tiene aquel fallo y el otro es incompleto».

—Entonces ¿dónde vamos a estudiar?

—Ustedes atiendan a mis explicaciones.

¿Y quien les decía que no explicaban nada?

En cierta ocasión, Santos compró un libro de historia que había encontrado en una librería de viejo; el libro era de un autor bastante aceptable y no parecía estar mal. Esperó a que terminara la clase para acercarse al catedrático e indagar su opinión sobre si valía o no.

Yo esperé en la puerta y desde allí oí algún grito...

—Esto es basura, basura.. ¡No vale nada! ¡Nada!

Santos salió bastante escamado. Como todo lo quería saber buscó por su cuenta el motivo de este enfado y al fin se enteró. El autor del libro y nuestro catedrático habían hecho oposiciones juntos años atrás, habiendo salido vencedor por algunos manejos ocultos el tal autor. Y el odio africano continuaba.





Don Juan tenía un defecto en la pronunciación que trataba de disimular hablando despacio y marcando mucho las sílabas. A las tres palabras seguidas, el rostro se le encendía y las gafas de concha le temblaban sobre la nariz recta proporcionada y sudada. Era el antecedente más claro del robot, del profesor mecánico. Todas las mañanas a la misma hora, subía las escaleras de la Facultad, se metía en su despacho y a los cinco minutos exactos, con una mano en el bolsillo y la otra cargada de papeles, moviendo mucho las anchas posaderas, entraba en el aula. Tenía un tipo bajo, rechoncho y grasoso de eunuco. Invariablemente pasaba lista chasqueando la lengua muchas veces. Los ojillos le bullían, negros y certeros como fritos en la grasa del rostro.

Después preguntaba la lección y chasqueando la lengua pasaba a las explicaciones. Las explicaciones consistían en leer en tono brillante, a grito pelado, todas las frases hechas del libro por él exigido. Porque Don Juan se aferraba al libro que se sabía de memoria frase por frase, como un naufrago a

la tabla de salvación. Era el único que exigía para aprobar, un texto determinado y este, letra por letra. Se daba el caso chusco de que sigueindoeu nuestro libro, nos adelantáramos, palabra a palabra a lo que él iba chillando.

Cuando preguntaba había que contestarle, objetivamente— como él decía. Es decir con las mismas frases del libro. Le gustaba sorprender con preguntas absurdas.

—¿Qué noche hacía cuando se quemò el campamento de Santa Fé?— y chasqueaba la lengua.

—¿De qué color era el caballo de Hernán Cortés?. Aspecto físico de la gobernadora de Flandes— otro chasquido de lengua.

Y había que contestarle que la pobre señora tenía, como el libro decía, un bigote de carabinero y que la noche del incendio de Santa Fé fué muy húmeda ..

Estas clases nos recordaban a todos nuestro pase por la escuela primaria, porque Don Juan era un maestro que hubiera enseñado



muy bien el A B C, repitiéndolo entre chasquidos de lengua una y otra vez.



Cierta mañana, Muñoz, el muchacho del pelo al rape que hablaba siempre en diminutivo, se empeñó en llevarme a la Facultad de Medicina en la que estudiaba. Fuimos juntos por las calles soleadas en aquella primavera otoñal

Muñoz era un muchachó alegre, materialista y algo extraño. Hubo una temporada que le dió por coleccionar sellos de correo, comprar y venderlos, cambiarlos las mañanas de los domingos en la Plaza Redonda. Durante esta temporada se le veía vivir solamente para sus sellos, lo demás no importaba.

Mas tarde le dió por coleccionar experimentos químicos. En los bolsillos llevaba siempre paquetitos de potasa, trozos de azu-

fre, carbón en polvo y botellitas de ácidos con los tapones lacrados. El papel tornasol salía de cualquiera de sus bolsillos, al sacar el pañuelo o la cartera. En una libretita negra apuntaba los experimentos que realizaba y cuando llegó a los cien, recuerdo que nos invitó a tomar unas copas para celebrarlo. Por entonces tenía las manos llenas de quemaduras y los dedos amarillentos...

Cuando se olvidó de la química, se dedicó a coleccionar libros de viejo; libros que muchas veces ni leía. En el fondo de Muñoz, no era el afán coleccionista lo que prevalecía, sino un espíritu comercial verdaderamente judío. Los sellos, los ácidos, los libros no eran sino el medio de manejar algún dinero creyendo aumentarlo, creyendo estafar a todo bicho viviente...

—La potasa, a peseta los cien gramos, la he sacado a tanto... O, he cambiado cuatro sellos malos por este raro que vale un duro...

Cierto día me llevó a su casa, para convencerme de no sé qué reacción química. Te-



niendo el tubo de ensayo en las manos se quemó y lo arrojó con mala fortuna sobre una colcha. Inmediatamente la colcha comenzó a arder y su madre entró dando gritos. Yo me asusté también bastante y estuve a punto de salir huyendo. Al fin logramos apagar el fuego y su madre indignada, lanzó por la ventana todos los polvos y frascos que encontró. Solo salvó un frasquito de ácido sulfúrico y una pipeta, y me estuvo tres días convenciéndome para que se los comprara.

—Es una ganga — me decía — una ganga...



Fuimos por el camino recordando todas estas cosas, riéndonos de nosotros mismos. Pasamos de las calles anchas y soleadas, a las estrechas de la parte antigua de la ciudad, que entonces comenzaban a ensanchar, construyendo unos horribles y altos edificios. Las

calles nuevas eran anchas y en invierno soplaba en ellas un viento helado y en verano caía un sol que levantaba el asfalto, todo sin posible cobijo.

Entramos en la Facultad de Medicina, en el Hospital, por una puerta gótica que se abre a un patio pequeño, con una estatua en el centro del Padre Jofré, fundador en mil cuatrocientos nueve, del primer manicomio del mundo. Por un pasillo que tuerce en ángulo recto y en el que a un lado se abren los quirófanos y al otro las consultas gratuitas, salimos a otro patio más grande e irregular, con árboles, en el que estaban los coches de los médicos y un coche fúnebre aguardando. El cochero en lo alto del pescante, almorzaba.

—Ven, ven por aquí...

Y por una puerta estrecha, me condujo a la capilla ardiente. Los paños negros, contrastaban con la palidez de dos cirios encendidos. En el centro estaba el muerto, solo, en una caja de pino sin pintar. Llevaba una camisa a rayas y un pantalón gris. Tenía los

ojos abiertos y extraviados, fijos... Las moscas gordas zumbaban en el ambiente pesado dulce y cálido. Parecía un niño de siete o nueve años, pequeño blanco y arrugado.

—Murió ayer y se lo llevan ahora. Los parientes del pueblo se han ido y no quieren saber más de él...

—Ni le cerraron los ojos...

—¡Qué más da!—

—Sí, que más da — dije yo—. Una vez muertos... Lo que duele no es el muerto, sino el egoísmo de los vivos...

Salimos. El patio estaba lleno de hojas secas. Pasaron dos monjas hablando y un enfermero con la bata blanca manchada de sangre y de un líquido azul. Era una tontería, pero el haber visto al niño en la caja de pino, me había puesto de mal humor.

—¡Qué sentimental eres!— me dijo Muñoz.

—Si, es verdad...

Muñoz me lo enseñó todo. Las aulas eran oscuras y sucias y en las paredes de los pasillos se leían letreros poco edificantes. La sala de disección era lugar obligado de visita. El olor al entrar era nauseabundo; una mezcla de podre y dulcedumbre... Sobre una mesa rosada había un cadáver de mujer. Sobre otra, uno de hombre de un color entre cardeño y vinoso, como de carne cocida. Ambos estaban completamente desnudos y tenían apariencia de muñecos de cartón.

—Estos no causan impresión...

—A ti te ha impresionado el cadáver del niño ..

—Sí, indudablemente un cadáver vestido, entre paños negros, impresiona bastante más que estos desnudos... Así, se les ve la imposibilidad de vivir, son como monigotes. Vestidos, uno no se hace el ánimo de que hayan muerto del todo, parece imposible que así sea y hay como un terror supersticioso de que resuciten y digan algo.

—¡Bah! Todo es acostumbrarse.



— ¡Ah, claro! En esto como en todo.

Cuando salimos, metían la caja del niño en el coche fúnebre. El cocheró masticaba aún el último bocado y las hojas, muy pocas, caían de los árboles.

— ¡Bon voyage! — dijo Muñoz mirando al carricoche negro, cogiéndome del brazo. Un métrico dió marcha a su automóvil y pitó tres veces. El coche fúnebre se detuvo para dejar paso y después arrancó dando tumbos.



Al mes de clase, los catedráticos comenzaron a fallar sistemáticamente. Uno se fué a Madrid, otro mandó a un ayudante y el otro no dijo nada y dejó de venir. En cierto modo los auxiliares y ayudantes se esforzaban en hacernos ver que trabajaban y valían más que los catedráticos. Y algunos lo conseguían. Solo Don Juan continuaba acudiendo puntualmente, machacándonos los oídos con

sus gritos y chasquidos de lengua. Don Juan y Don Jesús, que era un viejecito al que habían jubilado ya hacía más de quince años, pero que seguía viniendo a clase todos los días, por no haberse provisto su cátedra. Era un viejo que caminaba encorvado, con las manos a la espalda y unos ojillos azules muy pillos y vivos en el rostro sonrosado y arrugado.

Había conocido a Unamuno personalmente en Salamanca, pero hablaba de él con indiferencia, como si fuera todavía un valor joven y discutible. En cierta ocasión, refiriéndose a las palabras mal pronunciadas, nos contó que Unamuno, hablando de filología, pronunció en francés una palabra. Un francés que estaba presente, le llamó la atención, brindándole la correcta pronunciación y Don Miguel muy ofendido, le preguntó:

«—¿Los franceses lo dicen así? Pues los franceses no saben francés, porque esta palabra viene del griego y sufre esta transformación y la otra »

El francés abrumado calló



Don Jesús reía siempre con los ojos tan azules y tan cansados. Era un viejo de una vitalidad extraordinario; leía sin gafas y aun en pleno invierno, llevaba el abrigo desabrochado y las manos a la espalda.



Solíamos almorzar Sierra, Santos y yo en una taberna cercana a la Universidad llamada «El Túnel negro». Era este un local pequeño y mal ventilado por dos puertas de entrada, una frontera y otra lateral al mostrador. El suelo era de losas grandes y rojas, sucias siempre de desperdicios, serrín y papeles. El vino era barato y lo servían en porrones de cristal claro y limpio. Apenas sentados los gatos innumerables que poblaban la taberna en todos sus rincones, se enredaban entre las piernas, pidiendo cualquier cosa; porque aquellos gatos comían de todo. Como el callejón era estrecho y las puertas pequeñas, la iluminación del local era muy mala.

Constantemente lucía una bombilla macilenta, colgada de un hilo negro y roñoso.

Servía una moza llamada Carmen, un poco bizca y fea. Las vocales se abrían desmesuradamente en sus labios. A veces se quedaba oyéndonos hablar con la boca abierta, un poco asombrada sin entendernos.

Sierra decía que su ideal era tener gran predominio social, mucho dinero y poder llevar una vida fastuosa de viajes y aventuras. Al final de su vida, compraría una casa en el campo con las paredes blancas, en la que daría fiestas brillantes, repartiría champán a los pobres y sería amado por una mujer joven y bella, la definitiva. A su modo, Sierra, era un poeta, estilo Zorrilla, pero poeta al fin.

Santos era un cazurro muy reservón. A veces tenía algunos rasgos de humor bastante amargo. Sacó la libretita colorada y la consultó.

—Ideal, ideal... No lo tengo apuntado... No sé...



Yo con un poco de vino, pasaba a hablar más de la cuenta, pero siempre conscientemente y con un dejo de tristeza muy de joven aficionado a la literatura.

—¿Mi ideal?— No es el tuyo Sierra. Ni seguramente el tuyo, Santos. El mío es dejar que todo siga su curso y sea como ha de ser. Yo quisiera una casa roja, azul, amarilla, rodeada de muchos árboles y de verdes praderas. En invierno encendería la chimenea y me calentaría en el hogar. El gato y mi mujer me acompañarían. La ciudad quedaría lejos, muy lejos y a al ir por la calle, los campesinos me saludarían afectuosamente.

—Sois unos burgueses asquerosos— reía Santos sin soltar más prenda.

Bebimos en el porrón la última ronda y nos fuimos a clase.



Tenía un gran tipo y una boca muy di-

bujada y sensual que agradaba a las mujeres. El acento, con un ceceo suave de prócer andaluz, era agradable y le iba al tipo. Uno tras otro fumaba los pitillos, abandonado blandamente en la barandilla del claustro.

Quería aparentar profundidad siendo serio y permaneciendo alejado de los demás mortales. Esto indudablemente le rodeaba de un misterio muy apetecible para cualquier histérica.

Temprano llegaba a la Facultad, pero no entraba a las clases. Se acodaba junto a las columnas toscanas y comenzaba a leer el periódico fumando constantemente. Miraba a las mujeres al parecer con indiferencia, pero en el fondo de sus ojos negros y sensuales siempre había una chispa de deseo y de tristeza. Cuando este deseo aparecía demasiado patente, ocultaba sus ojos tras los cristales de las gafas ahumadas. Él se decía amante del sol del vino y de las mujeres como un buen árabe.

Tal vez mi juicio sea apasionado, porque los donjuanes nunca me fueron simpáticos. Entraba a las clases más aburridas, a las que

todos faltábamos por el más leve motivo. Algún día dejaba de aparecer para que nos preguntáramos: -«¿Qué le habrá sucedido?»-. Hablando, decía seriamente que había salido del infierno y que olía a azufre. Cuando hablaba con alguna chica tratando de interesarla, se hacía el triste y decía que estaba perdido y que las mujeres le daban náuseas. Eran todas así y así y no había ninguna que valiera la pena .. El siempre buscaba la mujer capaz de regenerarle, inutilmente. Era mejor que no se acercara a él, le decía a la muchacha tres días después. Y claro la muchacha se interesaba y le seguía donde fuera.

Discutiendo era tajante y sonreía constantemente.

—Si opinas eso, eres idiota.. Lo que dices es una estupidez...

El que hablaba se quedaba cortado, sin saber si reírse o pegarle. Una vez discutíamos sobre no sé qué asunto. Yo menté a Dios y él se me quedó mirando sonriente:

¿Pero tú crees en Dios?

Yo ni le hice caso Indudablemente la pregunta era idiota, porque cumpliéramos o no con la Iglesia, en la Universidad, creíamos todos en Dios. Ese desplante era propio de veinte años atrás.



—¿Ya lo han pensado bien?-. Aun están a tiempo de trasladar la matrícula o de montar un negocio.

Esto nos lo repetía Don Luis todos los días que venía a clase durante los primeros meses. Después desapareció y ya no lo vimos hasta el mismo día del exámen.

Las clases de Don Luis eran agradables y simpáticas. Se podía hacer todo lo que apeteciera menos escuchar su voz ronca y emitida sin fuerza. En el fondo era un epicureo, que por su edad comenzaba a dudar hasta del epicureísmo. Como digo hablaba bajo midiendo y repitiendo mucho las palabras.



—Yo, con uno solo de vosotros o de vosotras que atienda mis palabras me doy por contento...

Pero a veces era difícil encontrar ni a uno solo que le atendiera. En los últimos bancos jugábamos a barquitos o almorzábamos tranquilamente. Discutíamos en voz tan alta que don Luis que tenía como todo escéptico, un gran sentido del humor. se detenía en su explicación y elevaba la voz:

—A ver si en los últimos bancos hablan más bajo ..

Entonces atendíamos y Don Luis continuaba con su peroración un tanto salpicada de ejemplos prosaicos.

—¿Por qué pués? ¿Por qué —repetía— de un huevo de gallina... de un huevo de gallina, nace un pollo y no un pato? ¿O por qué un manzano de manzanas y no peras?

Pero esto nos interesaba poco, así que volvíamos a nuestra charla o a nuestro almuerzo sin saber de aquellos por qué que a

Don Luis le intrigaban tanto al parecer.



Esteve en poco tiempo dió un gran cambio. Ya a finales del bachillerato mostró lo que podía dar de sí; pero después sus travessuras se hicieron un tanto insoportable.

En el último año de bachillerato, López él y yo siempre íbamos juntos. Con López pasó al contrario; parecía que por su mala intención, sería un tipo venenoso, pero ahora se ha quedado en un gracioso de billar que suelta de vez en cuando algún chiste ofendiendo a alguien y se ríe bizqueando.

Una noche, recuerdo, íbamos los tres aburridos por la calle de la Paz. Al final de esta calle que siempre ha sido el paseo de los estudiantes, está el café Lara. Una noche, digo, tras los visillos del café, descubrimos a una pareja haciéndose el amor sobre el diván rojo, en la esquina, junto al cristal de la



ventana. El era un hortera cursí y remilgado que había pedido una limonada y había dejado sobre la mesa el paquetito de tabaco Tritón. Nos detuvimos y los tres nos quedamos mirando fijamente a la pareja que tenía sus manos enlazadas y se derretía mirándose a los ojos.

A poco tiempo él se puso nervioso. Las mujeres para esto tienen más sangre fría. Se soltó de la mano para beber limonada y el botellín se volcó con gran estrépito. Ella lo envolvió en su mirada y le tomó la mano nuevamente. Nosotros continuamos mirando impertérritos. El hortera con la mano libre, en un alarde, tiró el visillo. Pero era tan transparente que la escena se veía igual. El nos miró. Ella le besó en la oreja sin darse cuenta de nada, de espaldas a nosotros.

—Ahora le besa— dijo López muy serio y muy fuerte para que lo oyera.

El se separó un poco y se nos quedó mirando. Ella trató de besarle de nuevo y el hortera se arregló la corbata. Encendió un cigarrillo y se quemó un dedo.

—Ahora se quema— dijo López en el mismo tono.

—Y ella le besa el dedo— terminó Esteve.

Entonces él se levantó, mirándonos, tropezó en una silla y salió a la calle. Pero nosotros estábamos muy lejos, a todo correr y riéndonos. Cosas de estas, inocentes, hicimos muchas... Después Esteve se hizo un vicioso, un señorito jaranero y con dinero y yo me separé de él.



—La Universidad, quieran o no, se ha convertido en algo que ya no opera con minorías, sino con masas. Masas enormes, cuyo deseo no es estudiar, sino sacar un título al que luego no saben si van a servir.

—Lo más corriente es que el título les sirva a ellos.



—Lo que decía yo—, dijo Santos... A la Universidad se va hoy sin vocación. Aquí en Filosofía somos tan pocos porque los que estudiamos venimos convencidos de que «esto» es lo nuestro y de que el título no nos va a servir para nada...

A nuestros pies hervía una compacta masa de estudiantes. El patio de la Universidad se quedaba pequeño ante la avalancha de estudiantes.

— Y la Universidad actual está hecha desde su base, para actuar con minorías, de ahí que todo en ella vaya tan mal. La Universidad es hoy como una escuela primaria en la que el catedrático ha de luchar con la mala voluntad o la indiferencia del alumno.

—El otro día —dijo Santos— hablé con un muchacho que estudia Derecho. Renegaba de las asignaturas, de los libros gordos y antipáticos, con «frases en latín y todo» como decía él. Se me ocurrió preguntarle por qué había elegido esta carrera y no otra... Medicina, por ejemplo..

— No puedo ver la sangre — me dijo ..

—O Ciencias. .

— La Química no me gusta...

— Ingeniero, arquitectura...

—Esos sí que ganan dinero... Pero no puedo con las matemáticas.,.

— Veterinaria...

Se rió y me confió que los bichos le eran antipáticos. Volvió a hablarme mal de la abogacía y entonces salté:

— ¿Por qué estudiaste abogado?

— ¡Ah, por que no quedaba otra cosa donde elegir!

— Sí, por eliminación — dije yo — Así hay muchos.

Miramos al patio que se iba quedando vacío al ser sorbidos los alumnos por las aulas.

— ¡Cuantos de esos — señaló Santos—



se enchufarán con su título, cuantos se morirán de hambre y cuantos se dedicarán a otra cosa completamente ajena a la carrera!



Cuando se apoderaba de mí la melancolía dejaba de ir a la Facultad. Era indudablemente mi lado vasco que afloraba a la superficie y me conta lo que pudiera haber en mí de mediterráneo.

Me sentía humilde y desdichado como un pájaro. Añoraba realmente la mujer buena que me comprendiera y me acariciara en la casa lejana, perdida entre árboles muy altos y muy verdes. Parecía que los nervios me afloraban a la piel y que el menor ruido o el más leve contacto los fueron a hacer saltar.

Yo vivía con una tía mía muy vieja, en una casa grande, fría y destartada de la calle de Gobernador Viejo. Todas las maña-

nas, antes de salir a las clases del Instituto, entraba en su habitación a darle los buenos días con un beso en la frente. Después de acabar el bachiller y comenzar la carrera, seguí haciendo lo mismo todas las mañanas.

Los días en los que se apoderaba de mí la melancolía, salía de casa sin decirle nada y sin rumbo fijo. Era como un perro vagabundo y me veía muy desgraciado sin ningún motivo cierto para serlo. Los ruidos de los tranvías y las voces de la gente me molestaban. Si lucía el sol, me dañaba los ojos y si llovía, mi alma se metía en unas negruras hondísimas. Soñaba pasar la mañana vagando por los lugares tranquilos. Paseando, remontaba la corriente del río, bajo los eucáliptos... Llegaba hasta las torres y me internaba por las callejas antiguas de la ciudad, por el barrio del Carmen. Volvía a salir al río y me quedaba mirando las aguas escasas y sucias, estancadas entre los desmontes del cauce, llenos de verdor y de cardos. De lejos la ciudad tenía una prestancia antigua y serena que calmaba. Asomaban los campa-



narios y la torre de la Seo, sobre los tejados rojizos o pardos de las casas antiguas. Y el sonido de las campanas se perdía comido por las esquilas cercanas de las cabras y borregos que pacían en el río. A veces cruzaba con alguna pareja o algún vagabundo y dentro de mí, los envidiaba. El vagabundo era libre porque quería y sin prejuicios de ninguna clase. Los novios no eran libres porque querían también. Unos y otros no parecían tener ninguna clase de preocupaciones. A mí me ahogaba todo.

El pasado, con una guerra vivida con la inconsciencia de los pocos años y el asesinato de mis padres, me entristecía sin comprenderlo y el futuro me asustaba. Yo solo, con mis aficiones literarias y mi carrera de Filosofía, era poca cosa para luchar contra aquella ciudad, contra los prejuicios. Me sentía incapaz de subir en marcha al tío vivo de la vida aceptando su marcha de antemano.

Santos y Sierra tenían confianza en la vida y en sí mismos. Yo no. Por ello una tarde les dije:

--Quiero que mis hijos, si los tengo, sean obreros. Que jamás lean un libro, ni tengan más preocupaciones que las de su trabajo honrado. El sábado comprarán cacahutes y se irán al cine, felices hasta el lunes. No quiero que aprendan a pensar por su cuenta...

Sierra protestó. Ante nosotros los árboles sin hojas de la alameda, con el verde lejano de los pinos, cobraban una elegancia antigua de oro versallesco.

--Nosotros gozamos más. Un pájaro, un verso, estos árboles, pueden producirnos de leche, nos lo producen y a ellos no... Podríamos estar sentados en este banco, contemplándolos horas y horas sin aburrirnos y ellos no...

--Déjalo --dijo Santos-- Hoy está de malhumor...

--Sí y ellos nunca tendrán este malhumor mío sin ningún motivo. Tu dices que nosotros gozamos más, pero también sufrimos



más. Todo lo percibimos con mas agudeza, lo bueno y lo malo, lo triste y lo alegre. Pero en el mundo hay más cosas malas y tristes que buenas y alegres.



Estos altibajos de mi carácter, me hacían tomar las cosas con mucho entusiasmo para dejarlas poco tiempo después sin ninguno. Esto si que es mediterráneo.

Estuve a punto de dejar la carrera en uno de éstos periodos antivitales míos. Mi tía que era muy viejecita, cayó enferma y yo me sentí más sólo que nunca. Comía solo en el amplio comedor isabelino, con sus dos balcones que daban a un jardín descuidado y maltrecho de unos condes. En guerra estaba más animado. En el centro había una fuente con una estatua y los milicianos se dedicaron a tirar al blanco sobre ella. Era una mujer desnuda, una Venus seguramente. El vientre y los muslos conservaban aun las huellas

negras de las balas. La enredadera que cubría la fachada azul de la casa y trepaba hasta los más altos balcones estaba muerta y pajiza. Los condes habían sido fusilados y la casa y el jardín permanecían vacíos y muertos.

Solo, en aquel comedor, con la tía enferma en el otro extremo de la casa, la melancolía me consumía. La mujer interina que nos limpiaba y guisaba, caminaba renqueando, arrastrando los pies.

—¡Ay, Dios mío!— decía de vez en vez, sin más ni más.

Estuve más de una semana sin aparecer por la Facultad, sin mirar un libro, yendo de un lado a otro como un fantasma, en aquella casa grande y fría llena de cornucopias, grabados y cuadros antiguos. Muchos ratos los pasé junto a la tía, callado, sumido en mis pensamientos, sin saber el rumbo de mi vida.

La tía me hacía leerle en voz alta la Vida de Jesús del Padre Vilaríño. Yo en todas sus palabras creía ver un símbolo para mi vida



—Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida...

Llegué a dudar si no tendría vocación religiosa, preocupación antigua mía ..

¿Qué es la Verdad?—. Y Jesús callaba. ¿Por qué? ¿Es que no existía la Verdad en el mundo?

—Triste está mi alma hasta la muerte—... Estas palabras me anonadaban. ¿Es que solo la muerte nos daba la alegría? ¿Para qué estudios, sacrificios...? ¿Para qué todo? Nada valía nada. Mis pensamientos se entrecruzaban en mi cabeza y se liaban como una madeja suelta. No salía de casa; me molestaba hasta la voz de la interina.

Santos y Sierra vinieron a verme. Pero dije en la portería que no estaba en casa para nadie. Ni siquiera leí durante estos días. Esteve, López, Muñoz, todos mis antiguos compañeros en los que había depositado mi amistad se alejaban de mí, cada cual por su camino...

Por fin volví a la Facultad y dije que había estado enfermo para atajar las preguntas.



Las clases comenzaron a quedar en manos de los auxiliares, ayudantes y demás fauna. Claro que no se diferenciaban mucho sus explicaciones de las de los catedráticos.

Entre estos, solo un joven nos interesó. Yo creo que en aquel momento me salvo de abandonarlo todo. Era alto, delgado y ascético. Tenía un brazo anquilosado, que colgaba como un muerto de su cuerpo. El rostro era antipático, sin apenas barba, cubierto de manchas coloradas, y la nariz pequeña, parecía carcomida como la de una estatua antigua. Se le veía contento con su cátedra y responsable de su oficio. Llevaba una cartera llena de libros, fichas, registros, que empleaba con demasiada frecuencia en pro de una exactitud y una objetividad dignas de enco-



mio. Sus citas eran justas y tenían el eco de lo que casi todos habíamos leído: Ortega, Unamuno, Azorin, D'ors y Lafu Entralgo.. A veces pesaban sus clases, pero valía la pena escucharle. En su boca los temas manidos, cobraban nueva vida: Reyes Católicos, Maquiavelo, Lutero, Renacimiento... A este sí le tomábamos apuntes a nuestro gusto... Sus clases tenían nuestro comentario en el claustro.

A mitad curso se lo llevaron a Madrid.



Sierra se apartó bastante de nosotros y se unió al grupo de los que escuchaban embesados las estridencias de Alejo, el que no creía en Dios y olía a azufre. El gesto, los desplantes de éste le cautivaron hasta el punto de imitarle en casi todo. Se compró unas gafas como las de Alejo para poder mirar a las ninfas a su antojo. Si aquel decía que las suyas tenían un aparato de Rayos X en los cris-

tales con los que desnudaba, Sierra decía que sus gafas tenía radar.

Santos y yo nos reímos bastante con sus imitaciones. Quería aparentar la inmovilidad y el gesto cansado y perdonador de Alejo y no lo conseguía. Sus brazos, su cabello rizado, su tez morena, su vitalidad ampulosa de mediterráneo, se le desbordaban a cada paso.

En las clases, en las conferencias y en los cines, Alejo se sentaba sobre su gabardina doblada para parecer más alto; para dominarnos a todos, según decía. Y Sierra, pese a su estatura, comenzó a hacer lo mismo. Después su gabardina aparecía arrugada, cosa que no ocurría a la de Alejo.

Borrell, un catalán alto y trabajador, también se reía bastante con nosotros. Poco después tuvo novia; una chica del curso poca cosa, alta rubia y espigada. Desde entonces fué el blanco de las gracias de Alejo y Sierra. Acordados en la barandilla, junto a las columnas, Borrell y Ana pasaban las horas, mirándose a los ojos...



—Es la más guapa de la Facultad... ¿eh?— nos decía él orgulloso. Llevaba un traje azul rabioso con una corbata a lunares grandes sobre el pecho abombado. Frecuentemente pasaba su mano grande, con una sortija de sello en el dedo, sobre el pelo gordo y espeso que cubría sus mandíbulas fuertes y su barba cuadrada.



Pasaron muy deprisa los primeros meses de curso. En noviembre fuè cuando tuve yo la crisis.

A Sierra le vimos con su padre y sus hermanos, llevando un gran ramo de flores, dalias rojas y amarillas.

Todos los tranvías odiosos por sus ruidos y sus campanillazos, se dulcificaban estos días por su gran carga de flores. Rosas rojas y velos negros se confundían. El día de difuntos disfrazábase así con algo de poesía.

Santos tenía sus muertos en Madrid y yo los más queridos, mis padres, no sabía donde estarían pudriéndose. Tal vez entre los pinos del Saler junto a las olas saladas o en cualquier acequia fangosa y roja de la Albufera.

A Sierra le vimos aguardando turno con su padre y sus hermanos en la cola del tranvía del cementerio. Este día de difuntos la tía rezaba el rosario completo, es decir los quince misterios, ante un Cristo de martil muy antiguo iluminado por las minetas de aceite. Rezamos por todos los difuntos de la familia, pero especialmente por mis padres y por Vicente que había sido el marido de mi tía. Un señor al que no conocí, pero que en las fotografías lucía un bigote muy grande y unos ojos dominadores y fieros.



Las ninfas que empezaron con nosotros la carrera, los primeros días me parecieron bastantes feas. Después, seguramente me

acostumbré a ellas y ya no me parecieron tan mal.

Por lo general eran bajas y con la tendencia de la mujer levantina a la gordura. Algunas se recataban de almorzar en nuestra presencia, con un pudor tonto, como sino supiéramos que no eran ángeles y lo hacían en el cuarto de los bedeles.

Lo único que nos envidiaban a los de Filosofía los estudiantes de otras facultades, era nuestra proximidad a las ninfas. Según lo que opinaron de ellas, podía uno opinar de cada uno de ellos.

Esteve las encontraba a todas bien.

Muñoz también.

López se reía de casi todas, haciendo chistes sangrantes sobre sus piernas torcidas o sus cabellos ralos o mal peinados. En el fondo, yo creo que las deseaba a todas.

Santos no decía nada, pero interformemente, separaba a dos o tres que le agradaban. Exigía de las mujeres que caminarán con

garbo, que supieran pisar...

Sierra las llamaba flor, corazón y les decía galanterías...

Alejo las miraba desde detrás de sus gafas de sol.

—Sí, las encuentran bien, como encontramos todo conforme, cuando nos limitamos. Si exigimos de una mujer que sepa sonreír, que tenga el cabello hermoso o el pecho turgente, habrá muchas que nos colmarán. Ahora si pedimos que sea hermosa, buena, sencilla e inteligente... ¡qué pocas, ninguna, encontraremos bien! Nuestra felicidad no es más que limitación.. Limitación de un ideal inalcanzable que depende de nuestra ambición...

Sierra reía y decía que era un viejo que debía olvidarme de los libros y la filosofía y saber vivir.

Las ninfas eran simpáticas, aunque no se podía hablar en serio con ellas más de cinco minutos seguidos. Enseguida derivaban



hacia los jerseys de punto, las medias o las pinturas o discutían sobre la superioridad de las mujeres sobre los hombres.

—A la vista está—decía yo ¿cuántas mujeres célebres guarda la historia? En comparación con los hombres su número es ridículo.

—Claro— contestaba vivaz Lupe. Es que la historia, los libros, los habeis escrito los hombres...

—Esto es ya una superioridad— concluía yo.

—Las mujeres a coser calcetines— decía Sierra estupidamente.

Pocas, desde luego estudiaban por vocación; yo creo que ninguna. Estudiaban por salir de casa, por hacer algo, por poseer libertad en sus vidas... Pero ninguna aspiraba a escribir, a dedicarse a la investigación o a la enseñanza.

—Su ideal, como el de la mujer español-

la de todas las clases, es casarse engordar y tener hijos...

—Si, un ideal burgués que ha cortado las alas a bastantes hombres.



Torá, vino de Madrid, pocos días antes de las vacaciones de Navidad. El nos trajo algo de candor y de poesía en su corpachón de hombre, y en su hablar enredado de las islas. En pleno Diciembre llegó a cuerpo, sin abrigo ni gabardina, con su cuerpo de atleta y su rostro sonriente.

Los primeros días permaneció silencioso y solo, apoyado en la barandilla y sin hablar con nadie. Si le preguntábamos, respondía aturullado y cambiando de color.

Dios pone en los cuerpos fuertes, almas de niño bueno. Los malos suelen ser pequeños,

ruines... Torá era enorme y sano. Un día nos confesó que hubiera querido embarcar en una goleta antigua, de grumete, como un personaje de Salgari, y visitar los países lejanos, las islas remotas de coral, las tierras cálidas de los mares del Sur... Hubiera querido pesear perlas o tiburones. En los bolsillos siempre llevaba algún libro de aventuras con la tapa brillante... Cuando nos oía hablar de Unamuno, de Ortega, se iba, daba una vuelta por el claustro y volvía a acercarse. Si continuábamos hablando, él seguía paseando hasta que se cansaba y decía con su horrible acento balear:

—¡Sempre hablais, hablais como viejas sempre!

A veces se quedaba ensimismado sin oír, mirando una nube... Había que sacudir su poderosa musculatura para que volviera en sí. Su vitalidad se desfogaba en los burdeles; no creía en la religión pero, no alardeaba de ello ni jamás lo dijo.

En la cartera llevaba fotografías de mu-

eres desnudas y de islas con cocoteros,



Teníamos dos bibliotecas donde estudiar; la de Filosofía pequeña, escasa y mal cuidada, y frontera a esta, la General Universitaria, algo mejor.

Los locales eran fríos, pequeños y mal iluminados. Sus balcones daban a la calle de las Comedias o al claustro. De la biblioteca de nuestra Facultad se ocupaba un hombre amable que nos ayudaba cuanto podía, llamado Visent. Por las tardes era la encargada, una señorita ya madura, con los ojos pequeños y pitarrosos, que también procuraba complacernos.

La biblioteca era lugar de reunión y de charla más que de estudio. Allí nos citábamos y discutíamos cuando el frío era muy intenso al aire libre.

Yo no podía comprar los libros caros, pre-



cisos para sacar el curso adelante. Ninguno de nosotros podía. Esto se daba con rara frecuencia y unanimidad en todos los cursos y alumnos de Filosofía. En el patio inferior, en Derecho, era diferente. Una sola mirada bastaba para determinar las clases a las que pertenecían los alumnos. El señorito rico y vicioso, el de la clase media, tratando de ocultar el puño rozado de la camisa o el zapato descosido, el joven que trabaja para pagarse la carrera, el rico de ciudad y el rico de pueblo. En nuestra Facultad, no. Todos pertenecíamos a la burguesía menos acomodada; a la trabajadora, a la protagonista de la historia desde hace más de dos siglos; a la que lucha siempre, en la que se apoyan todos, sin conseguir nada para ella.

Ninguno podía comprarse los libros y estudiábamos en la Biblioteca, tomando días señalados para no molestarnos unos a otros. En pleno invierno, sentados, se nos congelaban los pies y leíamos con las manos en los bolsillos y el cuello de los abrigos subido.

En cierta ocasión oí al rector hablando

de la pobreza de medios en la que nos desenvolvíamos, estas palabras:

—No es fatalidad que pobreza e inteligencia vayan unidas. Los intelectuales— dijo manejando sus manos como si declamara en escena— debemos conformarnos... No podemos tenerlo todo.

Tal vez tuviera razón. Pero yo hubiera cambiado en aquel momento una obra de arte, por unos buenos calcetines de lana.

¿O no lo hubiera hecho?



Por aquellos días los labradores andaban bastante descontentos con el asunto de la naranja. En el patio se armó un revuelo y los estudiantes se apelotonaron en la puerta. El «Chufa», alto y desgarbado, como siempre, ocupaba la primera fila. Nosotros nos asomamos para ver lo que sucedía.

Aquella mañana «Las Provincias» llevaba un comentario sobre el asunto naranjero, el director había sido llamado a Gobierno Civil.

A nosotros todos los que no fueron aprobados o suspensos nos importaba poco. No somos una generación política.

Pero allí estaba, abajo, García Sanchiz, con su cabellera enorme de león y su boca amplia y horrenda de monstruo. Vimos, que rodeado de estudiantes, peroraba moviendo mucho los brazos. Iba de gris, con zapato negro y botines; el sombrero de borde duro, y los guantes en la mano izquierda.

Los estudiantes le coreaban con gritos de entusiasmos, aun los más lejanos que seguramente no oían nada de lo que decía.

Preguntó García Sanchiz.

—¡No, No...!— gritaron los estudiantes. El «Chufa» gritaba más que nadie. García Sanchiz hizo mutis entre aplausos frenéticos que resonaban y se multiplicaban en los claustros.

—¿Qué ha dicho?

—¡Qué mas da!

Yo recordaba las evocaciones de mi abuelo, cuando García Sanchiz, era García simplemente y vagaba por Bétera calzado de alpargatas. Escribió un cuento del «Dumenge» en el que sacó a todos sus conocidos, los que le habían amparado en sus años difíciles y se fué del pueblo y de Valencia...

Acabaron los aplausos y el «Chufa» se encaramó ante las protestas y los gritos de los bedeles, en la estatua de Luis Vives. En la mano verde y extendida del filósofo, colocó una naranja grande y roja y un cartelito con letras desiguales que decían: «PROTESTAMOS».

El pobre Luis Vives con su ropón y su ropón y su boina, su calza caída y la naranja, parecía un vendedor de fruta tímido, que la ofrecía sin atravesarse a vocearla.





Borrell, el catalán, continuaba con su novia, la muchachita pálida y espigada.

—No hay nada como tener novia— nos decía.

—Tu estás perdido— contestaba sonriente Alejo. Vamos a ver, ingenuo, ¿la has besado ya?

—Yo no.

—Entonces, ¿para qué tienes novia?

Sentado sobre la gabardina doblada, según él, nos dominaba a todos. A Santos y a mí nos gustaba observar, sin intervenir apenas en las conversaciones. Torá nunca venía con nosotros... Hubiera podido ser un místico; no se le conocía más vicio que el del amor.

—Las mujeres son todas unas p...— terminaba Sierra buscando la aprobación de Alejo.

Pero ser discípulo de aquel hombre, debía ser algo muy duro. Jamás aprobó una

frase de Sierra, ni le dió la razón.

—¿Tu madre y tu hermana también?

—Hombre, no ..

—Entonces...— Y Sierra enmudecía dolido del maestro.

—Las mujeres nos inspiran grandes obras, pero nos impiden realizarlas— decía indolentemente Vidal, que era un wildeano decadente, con una cabecita pequeña y repelinada. Solo bebía licores blancos o verdes y en el «Túnel Negro», se hinchaba de caza-lla. Cada dos frases soltaba una de Wilde.

—Eso es una estupidez— decía Alejo a cada paso

Bebíamos vino tinto a la luz de la bombilla, con gatos entre las piernas. Un día apareció la Carmen, la fea que nos servía, preñada.

—Es triste— dogmatizó Alejo. Si yo tengo una hija la mataré, la despeñaré como un espartano. Todas están destinadas a lo

mismo, a que las desvirguen y a parir...

Todo en él eran frases de efecto. Sierra se mareaba con facilidad y le daba por soltarle piropos a Carmen o por recitar poemas. Alejo, con una crueldad de semidiós le animaba a beber, hasta que los demás nos imponíamos. Una mañana le dió por repetir:

—¡Que me frian ese canario!— El canario en su jaula colgada del techo, se balanceaba y saltaba un poco asustado.

—¡Carmen, bella hurí del edén, frieme ese canario!

Con una tozudez digna de mejor suerte, repetía la frase hasta el infinito.

—¡Oh, amigo Sócrates!— suplicaba a Alejo. Intercede tu y que frian el canario...

Mojamos a Sierra y nos lo llevamos a clase de griego. Allí, sentado en uno de los últimos bancos se quedó dormido.



En la Biblioteca, los libros más modernos eran del año treinta aproximadamente. Desde entonces la cultura oficial, por lo visto, no había adelantado un paso. Era inútil pedir novedades. Había que conformarse con lo existente.

En cuartillas sacábamos las notas precisas para hacer algo provechoso. A mi lado de espíritu mediterráneo las notas, los ficheros y los archivos apolillados le causaban terror. Santos tenía muchas fichas de materia artística y compraba siempre el «ABC», porque le recordaba Madrid y para leer las críticas, llenas de palabras raras y conceptos vulgares, dichos con mucha sintaxis por Camon Azuar.

Entre el frío y las conversaciones y risas de las ninfas, era casi imposible sacar partido de los libros en la biblioteca... Visent, el encargado con su cara de sordomudo, siseaba de vez en cuando, sin demasiada convicción, para que nos callásemos.

Como las aulas eran escasas y malas, los catedráticos hacían valer su derecho de



antigüedad para explicar en la mejor de todas, la siete. Muchas veces entraban en la biblioteca y nos hacían despejarla para dar allí su clase.

Borrell se acercó, estuvo un rato callado, sentado a mi lado, pasando su manaza por su narba cerrada. Yo copiaba unos datos sobre la catedral de Santa Sofía.

—Teneis razón— habló. Se está mejor sin novia...

Era un chiquillo un tanto presuntuoso.

—¿Has reñido con Ana?

—Sí... se está mejor soltero...— Y los ojos se le llenaban de lágrimas. Viéndole así se le perdonaba que dijera que era el que más sabía de griego.

—Pero, ¿qué ha pasado? ¿Ha sido ella?

—Yo que sé...—dijo serenándose. Ahora dice que no sabe si me quiere bastante... Después de ser novios dos meses...

—¡Animo!— le dije sin saber decir más.

Alejo comenzó a hablar asiduamente con Ana, cosa que a Borrell le sacaba de quicio.

—Le voy a partir la cara .. Cualquiera día se acordará de mí...

Pero no hacía nada. Aun hablando con Alejo, Ana le miraba a él con unos ojos lánguidos y tristonos. Las demás mujeres de todos los cursos se divertían mucho espiondo estos idilios, comentándolos y haciendo incluso apuestas sobre su duración.



Con los primeros días de Diciembre, los estudiantes nos agitábamos más de la cuenta. Las clases se veían más concurridas que de ordinario y por cualquier motivo sonaban risas o abucheos. Cuando cruzaba una ninfa por el patio, se escuchaban siseos y silbidos admirativos, propios de un bar del Far-West.

La finura de espíritu, el «pathós» clásico que Sierra se empeñaba en ver en todo lo valenciano, no asomaba por ninguna parte. Yo veía en todas las manifestaciones, un barroquismo exagerado y de mal gusto, muy de arcipreste de la grosería, como dijo D'ors refiriéndose a Blasco. Cuando llamaban a clase arreciaban los silbidos y los consabidos gritos de: «¡Borregos! ¡Borregos!», dirigidos a los que entraban.

Nosotros, los de Filosofía, seguimos la corriente a los de abajo, sin gritar, riéndonos un poco con aire de seres superiores, o por lo menos distintos. De Medicina vinieron algunos con bata blanca a animar el cotarro. Pedían vacaciones por armar jaleo; era la huelga, por la huelga, porque el que no quería ir a clase no entraba y nadie le decía nada. Todo un mar de energía, de vitalidad, brutal, que se desbordaba sin nadie que lo encauzara...

Los de Derecho fueron también a la Facultad de Medicina a chillar un poco, en devolución de visita. El catedrático cruzaba el patio acompañado del bedel entre un si-

lencio respetuoso, hecho de mugidos contenidos.

Una vez dentro del aula, sonaban los gritos y denuestos. El bedel tocaba palmas y se formaba un pasillo ante la puerta y a ambos lados de ella. Pasaban dos o tres minutos entre abuchecs. Al fin uno se decidía y entraban tres más y al final hasta los que más habían gritado se decidían a meterse en el aula.

Esto continuaba hasta el día de la Purísima, en el que más o menos oficialmente comenzaban las vacaciones de Navidad hasta el día de Reyes.



Nos dispersamos durante estos días El Gordo cayó en Madrid, truncando muchas ilusiones en las cuarenta y nueve provincias españolas.



La tía se levantaba ya hacía días y yo le hacía compañía, sentado a su lado, al fuego del brasero. Leía incansablemente cuanto caía en mis manos: novela, filosofía, teatro...

Yo, como todos los amigos que conocía, andábamos sin guía. Nos íbamos formando un poco a lo Robinson, descubriendo, valorando y desechando por nosotros mismos. La crítica oficial y la eclesiástica nos tenía sin cuidado.

Los libros eran caros, imposibles para nuestros bolsillos y nos los prestábamos, cuando alguno conseguía hacerse con un ejemplar interesante. Los libros políticos no nos interesaban. Nosotros éramos completamente apolíticos y no necesitábamos convencernos de nada, aunque inconscientemente habíamos entrevisto los horrores de una guerra civil, cuyas ruinas aun nos rodeaban, y constantemente los periódicos nos traían el aviso de la guerra europea, feroz en uno y otro bando.

En la librería de lance, todavía se en-

contraba algo interesante, español o extranjero.

Devoraba los libros. Por aquella temporada leí a Juan Ramón Jiménez («a la minoría siempre») y a Gabriel Miró («Oleza, Felix»).

La tía se asustaba a veces de mis libros.

—¿Qué lees?— me decía.

Yo siempre le enseñaba las «Escenas de la Pasión» de Miró, y esto la tranquilizaba bastante.

Sierra tenía una gracia especial para sacar los libros viejos mas baratos que los demás. Como Muñoz, al que hacía tiempo que no veía. Me dijeron que se había dejado la carrera, pero no quise creerlo. También me dijeron que frecuentaba mucho un burdel de la calle de Miñana...

Solíamos ir por la tarde a la plaza de Lope de Vega, donde adosados a los muros traseros de la iglesia de Santa Catalina, estaban los barracones de libros.

Sierra se desenvolvía mejor con las mu-

jeres que con los hombres. Tomaba tres o cuatro libros y pedía su precio. Entre ellos había uno que le interesaba.

—Catorce pesetas — le decían.

—¿Y quitando este? — Y separaba el que realmente le interesaba.

—Doce — picaba el librero.

—Pues me llevo este solo. Catorce, menos doce, son dos pesetas.

Allí compré unos libros viejos del Padre Tosca, bastante bueno. El Padre Tosca, había edificado la iglesia de Santo Tomás, cercana a mi casa y los libros me interesaron.

También íbamos hasta la plaza del Collado, a la parte trasera de la Lonja, donde estaba «La Madrileña», una casa de viejo muy fuerte. Pero aquí y en la calle de las Comedias, en la tienda de Almela era difícil sacar nada barato.

Las librerías de lance más pintorescas, eran las del viejo Balaguer en la calle del

poeta Querol y la de Juanito, en un cuartucho hundido en los bajos de la iglesia de los Santos Juanes.

Balaguer era un hombre medio ciego, con un guardapolvo amarillo y sucio. Su tienda parecía un desván, sucio y destartado. Los libros los tenía arrimados a las paredes y apilados sobre mesas y en el suelo, cubiertos de polvo. En la trastienda, no se podía entrar. En los escaparates los libros se amontonaban con igual desorden.

—Señor Balaguer — le decíamos. ¿Tiene usted la «Historia de la Guerra Civil» de Pirala, o algo de Don Modesto Lafuente?

—Algo tengo, algo tengo — decía. Removía un montón, levantando una nube de polvo, y con una rapidez incomprensible, sacaba el libro que nos interesaba.

—No, de eso no tengo nada...

Aquel hombre pequeñito y sucio era un fichero viviente. El orden lo tenía en la cabeza. Cuando murió, la tienda se cerró por algún tiempo. Después vimos que la estaban pintando, cosa que nos dió mala espina.



Dos mujeres se encargaron de arreglarlo y limpiarlo todo, poniendo novetas rosa en el escaparate con letreritos azules; cuatro, cinco pesetas. Con este espíritu burgués de las dos buenas mujeres, la tienda ha perdido su encanto y estoy seguro, sus mejores clientes. Esos cartelitos con el precio, han matado el espíritu romántico del viejo librero, que tan pronto ponía un precio exagerado al libro solicitado, como lo daba por nada.



La noche de Navidad, la tía lloró mucho. Sus sollozos resonaban en la ancha sala con cortinajes granates y piso alfombrado. Yo la estuve consolando como pude. Las campanas de todas las iglesias de la ciudad, llamaban a los fieles a la misa del Gallo. Ella había ido todos los años desde muy pequeña a comulgar y a besar los pies al Niño recién nacido. Y este año, por su reciente enfermedad que la había dejado medio privada, no iría. Esto la desconsolaba.

—Me encuentro muy vieja, muy vieja .. y muy sola...

Tenía cerca de ochenta años y era la primera vez que se encontraba vieja.

—Estoy yo contigo— le decía.

—Ya lo sé, ya lo — sé. Y me cogía las manos o me acariciaba la cabeza.

La vi tan desconsolada que estuve a punto de envolverla en una manta y llevarla a la iglesia en brazos.

Sobre la camilla, colocamos los retratos de toda la familia difunta.

—Todos, todos se han ido...

Allí estaba su marido con los mostachos enhiestos, su faz dura y los ojos levemente estrábicos. También estaban las tías, sus hermanas, con trajes largos y mangas vueltas, ceñidas y abotonadas en el puño. Y mis padres, juntos, en una fotografía instantánea, hecha en plena calle. Mi madre era muy guapa; en la foto sonreía; mi padre más

viejo y más serio, tenía una sonrisa muy pilla en los labios. Parecían felices; debían serlo. La cartulina llevaba un cuño en una esquina: «Bataller. Cadirers catorce». Y en reverso, con letra de mi padre la fecha: Catorce de Septiembre de mil novecientos treinta y cuatro.

Dos años después, mientras yo dormía, se los llevaron y no volví a verlos.

También estaba la fotografía de mi tío, el capitán que murió en Teruel con los nacionales, muy guapo, con la fusta en la mano. Y la de su hermano Eduardo, sentado ante el teclado de un piano, con una gran melena.

—Todos se han ido... Y yo aquí... ¿Para qué, Señor?

—Para estar conmigo, para cuidar de mí...

¿Para qué?

—Pero, ¿tu quieres morirte?—le decía yo

Entonces dejaba de hipar y me miraba, yo creo, un poco asustada.

—Yo, lo que Dios quiera, hijo mío— contestaba muy seria.

Para distraerla le preguntaba cosas de la familia.

—¿Esta es la tía Dolores, no?

—Si, hijo mío...

—¡Que fea...!

—¿Fea? Era guapísima—se exaltaba—guapísima...

—Pues aquí no lo parece...

—Quita, quita... Y me arrebató la fotografía. Cuando vino el Rey ella le ofreció, vestida de labradora, un ramo de rosas. ¡Bun muchas... Pues el Rey, solo la miró a ella.

—¿Tu como lo sabes?

Procuraba enfadarla y hacerla hablar para que se olvidara de la misa de Gallo. Pero cuando sonaban las campanas, volvía a entristecerse.



La dejé en la cama. Quiso que le colocara las fotografías sobre la mesita de noche. Le di un beso y le hice cosquillas para que se riera; conseguí por lo menos que se animara un poco.

Cuando me acosté, me entristecí yo y me puse a cavilar, que es lo que entristece más. Oía a la gente que salía de misa cantando, tocando la pandereta. Me dormí cuando amanecía.



Estos días de fiestas, comilonas y jolgorios, yo los pasaba en casa leyendo o salía a pasear por las afueras. Los mercados se hallaban repletos de carnes de todas las clases. Junto a los pavos de cresta roja y sotana negra, reposaban los gallos blancos con las patas amarillas y trabadas. Al lado mismo, una mujer viejecita vendía figuritas de barro para los nacimientos.

Espiritu y materia unidos, entrelazados

fuertemente, como estos gallos tristes y estas figuritas ingenuas —pensaba yo— es lo que somos...

La gente y los ruidos de la ciudad me molestaban. Siempre cuando todos estaban alegres yo me entristecía; no podía gozar de la alegría un poco inconsciente de la fiesta. Siempre me preguntaba «¿Y ahora cuando acabe la función, qué?». O indagaba los motivos de risa de la gente y los encontraba estúpidos.

La noche vieja salí con mis antiguos camaradas de Instituto: Esteve, Muñoz, López, Nácher.. Los compañeros de Facultad no solían salir a divertirse; indudablemente comenzaban ya la ascesis de la enseñanza y el saber. En realidad, allá donde íbamos, llevábamos la discusión con nosotros... Solo Torá callaba, contemplando con sus ojos de isleño, las maravillas de las mujeres en sarong y las cálidas playas de los mares del Sur.

Nosotros discutíamos que es otra forma de soñar; porque en lo que se ve palpablemente no hay tema de discusión. Lo nebuloso

so, el sueño, lo incierto, es siempre lo discutible...

En «Lara» en «Navarra» y en «El ideal» los tres cafés de la calle de la Paz, había baile. Nos asomamos a los cristales de «Navarra», malamente velados por las cortinillas y las serpentinas.

—Allí están mis padres—señaló Esteve.

Efectivamente; en aquel momento levantaban la copa para brindar. El señor Esteve, guiñó un ojo a su vecina de mesa, una señora gorda y despechugada, con un sombrero turco, ridículo, en la cabeza.

Pasamos por el Hotel Inglés, que celebraba el fin de año con una cena de gente seriecita y anglosajona, para ir a casa Pedro, un bar de estudiantes, en el que bebimos algunas copas y tratamos de animarnos. Ya era tarde para ir al teatro, pero como no sabíamos qué hacer, nos metimos en Ruzafa.

A mí las coristas, gordas y sucias, me daban lástima más que otra cosa, pero a

Esteve y Muñoz les entusiasmaban. López se reía, los labios brillantes de baba, con sus ojos estrábicos.

—Mira que culín tiene la tercera— gritaba Muñoz.

Esteve se encandilaba relamiéndose con la tercera, la cuarta y la quinta,

—¡Qué buenas estais, hijas...!

—Mira el buey Apis,—comentaba López con su mala intención característica, refiriéndose a un señor calvo que no se enteraba de nada.

La gente se reía, aunque los chistes eran muy malos; se referían a la cartilla de racionamiento, a las colas y al tabaco. La revista y el público eran de un mal gusto que daba escalofríos. De lo alto sonaban piropos mai-sonantes, ronquidos y bufidos a cada movimiento de caderas de la vedette.

A las doce se apagaron las luces y las coristas repartieron unas copas de sidra.



En el entreacto ví que Esteve, saludaba a unos señores elegantes; la señora, pequeña y morena, le sonrió. Durante la revista noté que ya no se divertía como antes y buscaba a alguien en el patio de butacas; seguramente a los señores a los que había saludado,

Al acabar el espectáculo fuimos a la salida del teatro, a la calle Colón. Yo quería irme, pero se empeñaron en esperar a las coristas. Esteve quedó conmigo, algo apartado del grupo que capitaneaba Muñoz. López continuaba lanzando sus chistes antipáticos, con mala intención. Se fueron con las coristas y Esteve se quedó conmigo, cosa que me extrañó bastante.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Acompañeme hacia allí.

Pasaban grupos de hombres y mujeres con serpentinas, gorritos de papel y botellas en la mano. Nos metimos por la calle de Ruzafa. Yo sabía que al fin hablaría, siempre en el Instituto me había contado todas sus cosas.

—¡Estoy enamorado!— dijo suspirando.

—¡Ah, vamos!

—Sí, si... de verdad... Y de una mujer casada.

—¿La que hemos saludado en el teatro?

—Sí. Estoy loco por ella.

Entonces me contó que la había conocido en Benicasim, adonde iba a veranear con su familia. En la playa le había permitido familiaridades. Alisarle el cabello, tomar su mano, colocar en su sitio el tirante del traje de baño.

—Eso no tiene importancia en una mujer casada.

—Ya lo sé... Pero para mí, si la tiene. Además...

Habían hecho una excursión al Desierto de las Palmas y el marido se había quedado en Benicasim. Ella (no me dijo su nombre) se había torcido un pie y todo el día había ido cogida de su brazo Con un pretexto se

habían detenido en una era. El se había quedado para acompañarla. Y allí se habían besado. El primer sorprendido había sido Esteve. Pero después la agarró con fuerza y la besó muchas veces, mientras ella reía y trataba de zafarse blandamente de sus brazos. Y después...

Mi amigo estaba dolido. Allí en Benicassim lo había conseguido todo y aquí, le esquivaba y le sonreía como si nada hubiera pasado.

Llegamos a la Gran-Vía, con sus árboles desnudos y negros. Se detuvo ante una puerta.

—Aquí vive.

—Llévame una placa; Verdú, abogado.

—¿Se llama Verdú?

—Si es su marido, ¡Yo la quiero, la quiero...!

Entramos en un bar y bebimos más. Había dos fulanas que se nos acercaron; las

invitamos a una copa y salimos. En el Hogar Manchego había baile. Al fondo de la Gran-Vía, pitaba un tren... Lentamente, bebiendo en todas las tabernas que nos salían al paso, llegamos a la Alameda, más allá del río, en la que estaba instalada la feria... Los barracones estaban apagados y tristes. El tobogán tenía pretensiones de jirafa.

Nos sentamos en medio del andén, bajo una farola apagada.

—Feliz año nuevo.

—Feliz. Muy feliz..

Y nos quedamos callados, sin mirarnos y tristes.



Durante las vacaciones vi a Ana con Borrell, por la plaza del Caudillo. Iban cogidos del brazo y mirándose a los ojos, muy encandilados, sin ver a nadie. Seguramente



de haberme visto el catalán, se hubiera detenido para decirme:

—Lo mejor es tener novia. Y Ana es guapa, ¿eh? ¡La mas guapa de la Universidad!

El sol se reflejaba en su sello enorme y en su corbata de un color rabiosamente verde.

A Santos le ví dos veces. Una, de lejos, tan solitario como yo, embutido en su gabardina, con un libro debajo del brazo. La otra por la feria, con una viejecita de negro que debía ser su madre. Llevaba un pañuelo de crespón en la cabeza y un zurcidó grande en la falda. Santos la llevaba del brazo y miraba a todos con arrogancia, con orgullo. Parecía incluso más alto al lado de la viejecita y estaba más guapo y menos apocado que solía estar. Se detuvieron en un puesto y compró un paquetito de almendras garrapiñadas que la vieja guardó. Después los ví, contemplando una rueda grande de caballitos, muy bonita con muchos espejos y luces. Los caballos y los cerditos, las cebras, subían y bajaban al compás de una musiquita alegre de pianola.

Santos se inclinaba hacia la mujer y su cabeza inteligente y joven se juntaba a la vieja y canosa... Seguramente le contaba algo. Me crucé con ellos, pero Santos pareció no verme.

Después, en la Facultad le dije que lo había visto con una señora y me contestó:

—Sí, era mi madre.



Alejo lo encontré en el cine «Tyris», sentado sobre su gabardina, con una chica joven a su lado que yo no conocía. Me saludó muy sonriente desde lejos.

Yo me senté por detrás y como soy curioso, aun sin querer, los miré varias veces; una de ellas ví como se besaban en la oscuridad y cómo él, con un pañuelo, se iba quitando el carmín de los labios. En el descanso me dijo que aquella chica era su novia.

—Bueno una de mis novias— añadió con



desgana, entreabriendo sus labios brillantes y sensuales.

Dos días más tarde lo ví de nuevo en el cine «Avenida», con otra chica, con aspecto de portera y también besándose. Él no me vió.

Yo no es que sintiera envidia de nadie, pero sentado entre toda aquella gente, entre tanta pareja, besándose y sobándose se acentuaba mi sensación de soledad y me sentía desgraciado y también un poco orgulloso por crearme diferente a los demás. Me encastillaba más en mí mismo y me daba con más fuerza a mis libros y papeles. Escribí algunos cuentos y un artículo contra los médicos y la dicotomía que envié con ilusión a «Las Provincias» y que jamás se publicó.

Pero no me sentía fracasado por nada. Al contrario, tomando el rábano por las hojas, veía en mi soledad, en mi tristeza, signo de genialidad. A veces deseé estar loco, sufrir ataques epilépticos como los de Dostoyewsky, creyendo que de la locura provenía la genialidad, sin ver que no es así,

sino que la genialidad se da a pesar y no a favor de la locura.

No podía envidiar a las novias de Alejo, ni a la de Borrell porque en mi interior, leyendo y meditando, había forjado una mujer tan sin limitación, tan ideal, que no creía que existiera en el mundo. Creí en las frases de los poetas que dicen que el amor mueve al mundo. Después me he dado cuenta de que existen fuerzas tan importantes o más que ésta, por las que se mueven los hombres; las principales: el egoísmo y la ambición.



Las clases comenzaron de nuevo, con igual desbarajuste que antes. Cambiaron por tercera vez el horario, cosa que a Santos sacaba de quicio, pues tenía que corregir las horas en su libretita. Casas, el bedel, ya estaba acostumbrado a estas cosas y nada le extrañaba; ya podían cambiarlo todo de pies a cabeza que él jamás se equivocaba.



Borrell tan pronto tenía novia como refía con Ana, lo que daba motivo de conversación a todas las cotillas de la Facultad.

Alejo pareció olvidarse de Ana y se dedicó a engatusar a Amparo, una chica con buen tipo, pero bastante fea.

Por las tardes no había clases, pero ellos se citaban en la Universidad. De esto nos enteramos tiempo despues, pero todavía tuvimos ocasión de fastidiarlos. Llegaban por separado y se veían en un pasillo oscuro con un banco, que llevaba a la biblioteca de la Facultad de Derecho; esta biblioteca era poco frecuentada por las tardes y el pasillo nada concurrido quedaba en una penumbra muy amable para una cita de amor.

Montamos entre todos un servicio de vigilancia para espiarlos y saber la hora de su llegada. Cuando los dos estaban ya sentados en el banco, comenzamos a pasear. Primero pasó Vidal hacia la Biblioteca, con su andar reposado de lord inglés. Ni se dignó mirarlos, pero Alejo y Amparo, se soltaron de las manos.

Amparo estaba muy sujeta en su casa y su padre la traía y llevaba a la Universidad en coche, sin dejarla salir de casa para nada más. Así que solo podía salir con la excusa de las clases y verse con Alejo en la Facultad.

A los dos minutos, volvió a pasar Vidal, muy digno, mirando al techo. Dos minutos despues hicimos pasar a Colomer, un muchacho de Derecho, amigo de Borrell. Despues me tocó a mí y más tarde a Sierra.

Alejo debía estar algo amoscado de ver aquella tarde tanta gente en el pasillo por lo general solitario. Sierra dijo que estaban nerviosos y que al pasar él, se habían callado y Alejo se le había quedado mirando.

—¿Y tú qué has hecho?

—¿Yo?. Saludar y seguir...

Cuando ya habíamos pasado todos los que estábamos reunidos, le dimos dos pesetas a un bedel, para que se paseara por delante de la pareja. Alejo debía estar negro.

Para observarlos mejor nos metimos todos, sin que nos vieran, en el cuartito de la calefacción, desde el que se veía el banco. Al principio callamos y observamos, pero después empezamos a tirarnos trozos de leña unos a otros y se armó un escándalo. Alejo se levantó y salió con Amparo, mirando hacia la puertecilla entornada. En ese momento Borrell empujó y salimos todos fuera, sucios, despeinados y riendo.

—¡Idiotas!— murmuró Alejo entre dientes, mirándonos muy serio.

—¡Mira, tus amigos!— exclamó ingenua Amparo.

—Sí, mis amigos— sonrió Alejo con las del veri.



Me hice bastante amigo del bedel Casas, que según me confesó, estaba ya un poco viejo para trabajar. Rosas, el otro bedel, un

poco sordo y un poco sucio siempre, decía que era un vago.

—Este lo que no quiere es trabajar.

En su cuarto, tenían las grandes peloteras y a Casas se le oía gritar porque sino, el otro no se enteraba de nada.

Viéndole sin el ropón negro y sin gorra y vara de alguacil, más parecía un sereno de la Verbena de la Paloma que el personaje del Greco que al principio había visto en él.

Al hablar movía la cabeza a un lado y a otro, con un vaiven involuntario y en la corva de la nariz, muy alto, casi en el lagrimal lucía una peca redonda y negra. Por lo que me dijo pertenecía a una familia de regular fortuna. Su padre se empeñó en que estudiara y él se fué matriculando curso tras curso, sin preocuparse de acudir a exámenes. El padre, desde el pueblo, pedía noticias a su hijo, pero este contestaba siempre con evasivas más o menos amables.

Era la época del señorito. Casas se hizo un señorito vago e inútil, tramposo. Se dedi-



có a vivir debiendo a sus amigos, a la patrona de la pensión, y empeñando sus trajes y todo lo que caía en sus manos. El teatro, el juego y el billar, fueron sus pasiones. Murió su padre y él continuó gastando sin preocuparse de más.

Cuando se dió cuenta, no tenía ni un céntimo y los parientes del pueblo no querían saber nada de él. Además, acostumbrado a la vida de ciudad, el pueblo le ahogaba. Buscó entre sus buenas relaciones quién le ayudara. A la patrona de la pensión «Zaragoza», de la calle de la Nave, le debía casi dos años de pupilaje.

Probó varios empleos, pero ninguno le satisfizo, acostumbrado como estaba a no trabajar. Al fin se casó con la patrona de su pensión, una viuda gorda, con quince o veinte años mas que él, a la que sacó todos sus ahorros. La mujer que a veces se mostraba blanda con él, se empeñó en que tenía que trabajar en algo y valiéndose de sus conocimientos entre estudiantes, le encontró una plaza de bedel...

La buena mujer murió y la pensión pasó a otras manos. Casas estaba ya resignado con su suerte y había perdido toda su energía y parte de su vitalidad.

Ahora no jugaba al billar, ni a las cartas. Solamente le restaba de su juventud, la afición al teatro. Por las noches se enfundaba en su gabán, recuerdo de otras épocas mejores y se unía a sus compañeros de «claqué». Así podía ver todas las obras sin que le costara un céntimo de su bolsillo.

—Uno está muy viejo— me decía. Ni estudié, ni me casé por amor, ni tuve hijos...

Sonó el timbre llamándole.

—¡Voy!— dijo con calma, sin moverse. Solo me queda tomar el sol como un viejo lagarto, esperando cualquier día...

Y se rebanó el pescuezo con un dedo amarillo de nicotina.



Casas nos llevó a Santos y mí, algunas noches, al teatro. El Jefe nos explicaba cuanto teníamos que aplaudir y cuantas veces había de subir y bajar el telón. En las revistas incluso hicimos algún papelito de público.

—Vosotros, cuando el coro pregunte: «¿Donde estás Ramón?» Os levantaís y decís: «Aquí, aquí... pero sin achararse ¿eh?»

Y en Li-Chang, Santos, prestó la bufanda para un truco. Por lo general, en las obras que había que trabajar más, era en las clásicas. Recuerdo una noche en la que todos acabámos con las manos rojas e hinchadas. Un actor catalán representaba «La vida es sueño», ante una selectísima concurrencia de veinte personas. Segismundo hablaba como un payés y la gente no se arrancaba. Con todo, conseguimos levantar dos veces el telón y uno de nuestros compañeros, no sé si en broma o en serio, excediéndose, gritó:

—¡El autor! ¡El autor!

Los hombres de la «claqué» eran actores

fracasados, vagos de profesión o antiguos juerguistas venidos a menos. Todos tan largos como Casas. Entre los jóvenes conocimos a Miquel, un poeta con la cabeza tallada a golpes y gafas sin montura, bastante sucio y extremado en sus apreciaciones.

Los de la «claqué», podíamos bajar en los descansos al bar o al patio de butacas, con la condición de reunirnos de nuevo al segundo timbrazo. Una noche ví a Muñoz.

—¡Luisitín!— Y me dió un abrazo.

—¿Qué es de tu vida?

—Viviéndola...

—Me han dicho que has dejado la carrera.

—No, que va...

—Bueno que no vas por la Facultad.

—Eso sí... ¿Para qué ha de molestarse uno? Los catedráticos no saben nada o por lo menos no demuestran su ciencia ante nosotros...



Luego me dijo que no sabía como había elegido una carrera tan larga y tan pesada como Medicina y que lo mejor hacía practicante que duraba menos y también daba dinero.

—¿Te has fijado en la gachí tercera de la izquierda?

Yo me había fijado en todas y en ninguna.

—Sí, sí, contesté vagamente.

—¿Que muslines tiene, ¿eh? Pues es mi amiga. Ven a la salida y te la presentaré.

—No, ¿para qué?

—Ven hombre y tomaremos unas copitinas.

Se empeñó tanto, que a la salida me esperó para que no me escabullera.

—Vamos por aquí—. Con una decisión grande me metió entre pasillos oscuros y malolientes, hasta llegar a los camerinos estrechos y mal ventilados, con las paredes llenas de desconchados.

Muñoz tenía la particularidad de hacerse rápidamente amigo de todo el mundo. Los tramoyistas le saludaban. Yo estaba un poco encogido.

—¿Y Encarnita?— preguntó a dos mujeres que salían con las pestañas postizas y muy pintadas. —¡Adios guapetinas...! ¡Ay como estais!

Las mujeres sin hacerle el menor caso, un poco cansadas, le dijeron que Encarna terminaba de vestirse.

—¡Adios, no digais nada!

—Es el novio de la Encarna— oí que decían.

Al fin salió Encarna con Conchita. Salimos los cuatro a la calle. Las dos mujeres no estaban mal, pero al hablar dislusionaban tenía un aire, sus palabras, desgarrado, afónico y malicioso.

—¡Que bien habeis estado!— les decía Muñoz.

Yo iba cohibido, con mi miedo de siempre a hacer el ridículo. Encarna se cogió del brazo de Muñoz y Conchita del mío, ofreciendo a mi codo su pecho generoso.

—Estamos muertecitas.

—Vamos corriendo a la pensión a dormir.

Esperamos a que el auto escoba del Ayuntamiento pasara ante nosotros. Hacía frío y las calles estaban silenciosas. Yo no sabía como irme, ni se me ocurría nada. Para acabarlo de arreglar, Muñoz les dijo que yo era poeta. Protesté.

Ellas me miraron como a un bicho raro, seguramente haciendo la radiografía de mi cartera. Llegamos a la puerta de la pensión que estaba en la calle de Pelayo.

—¿No queréis tomar nada?

—Quita, quita.. A dormir...

Yo pensé que hasta en las mujeres españolas de la vida, aflora su sentido burgués. Se cambiarían enseguida por una matrona gorda, cargada de hijos.

—¿Subo?— dijo Muñoz.

—Anda, no. Marchaos... Esta noche no... Estamos muertas.

Nos dieron un beso rápido para contentarnos y desaparecieron en el portal.



Yo todo lo veía bajo un punto de vista literario y falso, en cierto modo idealista y romántico. Para mí las vulgares fulanas, eran los angeles derribados por una sociedad falsa, culpable de su engaño. ¡Resultaban tan bien en las novelas estos tipos de mujeres caídas espirituales y bellas capaces de regenerarse y de tener un ideal noble! Recordaba la Sonia de «Crimen y Castigo» o la protagonista de «Resurrección» de Tolstoy.

Así que Conchita y la Encarna excitaron mi curiosidad; incluso creí posible enamorarme de Conchita con un amor imposible, tan



diferente del esperado por mí. Quedamos pues en salir con ellas.

Conchita bebía más de la cuenta y se ponía imposible de soez y pesada. Insultaba a los guardias, a Muñoz, a la Encarna y a mí. Después nos pedía perdón y se quedaba tan mansa como un cordero. Encarna cuidaba de ella como una madre de su hija. A mí me contó una historia, la que yo esperaba, que me hizo emocionarme.

Todo el dinero que ganaba honradamente en el teatro, le enviaba a su madre que vivía en un pueblo de Ciudad-Real. Su madre, según me dijo, era una cochambre; tenía la mitad de todas las enfermedades más tristes y lastimosas que existen. Estaba medio ciega, medio paralítica y medio tñosa. El dinero lo empleaba en pagar el hospital a un hermano tuberculoso y en alimentar a tres hermanitos más. El padre había sido guardia civil y lo habían matado en la guerra. A ella la había deshonrado el alcalde del pueblo, un tío republicano y anticlerical, que la había seducido. Su madre la había expulsado de casa...

Yo no disponía de un céntimo, pero de haberlo tenido, se lo hubiera dado, estoy seguro.

Traté de interesarla por algo, con mi ingenuidad característica. El arte era para ella, mover unas piernas bonitas; el amor, acostarse con el que más le gustara y la religión no separarse jamás de una medalla de oro que llevaba colgada al cuello, con la Virgen del Pilar grabada.

—Chico, chico, déjame de monsergas... Tu lo que eres es un lila... Ni ganas dinero, ni estudias médico abogado o ingeniero, ni nada. La vida es comer, beber y divertirse y nada más. Todo lo otro son monsergas.

Yo creía que las personas elementales eran felices, pero Conchita tampoco lo era.

—¿Feliz? Yo sería feliz con muchos millones y un coche en la puerta.

Y esto no lo conseguiría nunca.

Haciendo un poco el ridículo, que es

como se aprenden casi todas las cosas de interés, Conchita me enseñó mucho.



Los asuntos sexuales ocupaban mucha parte en nuestra vida. Todos, ¿como no? habíamos leído los tres ensayos de vulgarización sobre el tema, de Marañón. Estábamos en la juventud que es la época menos feliz de nuestra vida porque en ella todo se nos presenta como problema. No tenemos nada y lo queremos todo; sentimos nuestra energía nueva y ella nos abre la esperanza.

Lo sexual constituía para nosotros un problema que se prestaba a todas las discusiones. Unos se lo habían planteado groseramente y con grosería lo habían resuelto. Empleaban el método directo; tales Torá, Muñoz, Esteve...

Esta resolución no podía agradarnos a todos.

—Hablais como viejas— nos decía Torá— ¡Hablar, hablar y no haceis nada!

Lo cierto es que él tampoco hacía nada más que soñar en lejanas islas, en empresas fabulosas, en galopadas interminables. ¡Qué lástima de hombre cuya energía se perdía en sueños o burdeles de baja estofa sin empresa grande a la que servir!

En la parte extrema otros habían resuelto el problema con la santidad, con la abstinencia

En la juventud, a santidad se presenta como un abstenerse de los placeres sexuales y si se admira al sacerdote es en parte, por su celibato.

Yo no sé hasta que punto en esta segunda solución, entraba la timidez o la repulsión.

López por ejemplo no frecuentaba los burdeles, porque en una ocasión le negaron la entrada en uno de ellos. Tendría dieciséis o diecisiete años, pero su figura canija y su tez pálida en contraste con lo cobrizo de su



pelo, lo aniñaban mucho. Sus compañeros entraron y él se quedó en la puerta, con los ojos llorosos y bizcos de rabia.

Vidal, el wildeano, entró en el burdel; alto, elegante, silbarita, iba dejando una estela de perfume por donde pasaba. Ya la casa sucia y húmeda le molestó. Sin embargo continuó adelante, porque él era tan hombre como los demás y quería demostrarlo y demostrárselo a sí mismo.

Las mujeres que se le ofrecieron, le repugnaban; en todas veía algo sucio y asqueroso. Por fin se decidió por una ni mejor ni peor que las demás. Ella entró en la habitación delante, porque a él, no le gustaba verla desnudar.

Cuando fué a entrar, el olor a alcoba mal ventilada, mezclado al del semen, le repugnó hasta la náusea y aun sabiendo que hacía el ridículo, salió huyendo del burdel sin dar explicaciones.

Junto a estos casos estaba el de Quirino, cuya castidad era consecuencia de una dura

lucha, fortalecido por la comunión y confesión frecuentes.

A Santos parecía no preocuparle el asunto sexual. Yo me reía y bromeaba preguntándole si esa despreocupación aparente, estaba determinada por su cuadernito de notas.

Según él, la sexualidad era un simple estadio en la evolución individual. El que verdaderamente sentía el problema sexual era el adolescente; el joven en cierto modo saltaba de la mera preocupación sexual a la preocupación teológica y teológica.

—Don Juan no es un débil sexual— decía Santos orgulloso de contradecir a Marañón. Don Juan es un adolescente perpetuo, un hombre incompleto que ha naufragado a los quince años.

—Pero a los quince años—decía yo— la sexualidad es débil. Tiene razón Marañón.

—No, a los quince o diecisiete años, la sexualidad está completamente definida; solo que busca el objeto a la desesperada y

con un mucho de ceguera, todo propio de una fuerza tremenda, nueva, desbordada y plena. Se busca a la mujer, no a una determinada, sino a todas, como objeto en el que depositar el inmenso caudal de cariño que se posee, y para contrastar en ella sentimientos parecidos a los nuestros. Para saber que no estamos solos en esa brutalidad del instinto. La elección definitiva de objeto es ya una señal de estabilidad, de decadencia de la fuerza .. Y don Juan no elige, sino que coje lo que pasa por delante de sus ojos...

Yo creo que discutiendo nos íbamos por las ramas sin resolver nada.



Santos cayó enfermo durante unos días. A pesar de su eterna gabardina y su bufanda, se resfrió.

Borrell que había reñido con Ana, me acompañó a visitarlo una tarde de invierno triste y helada.

Santos vivía en una casa antigua y sucia en las afueras de la ciudad, muy cerca del templo de San José de la Montaña.

Nos abrió la puerta una jóven de unos veinticinco años, de un extraordinario parecido con Santos. Era su hermana. Se quedó bastante sorprendida al vernos, sin saber adónde acudir.

—¿Quién es?— preguntó de una habitación interna una voz cascada.

La jóven nos hizo sentar en unas banquetas incómodas que ocupaban casi por completo el recibidor pequeño y pobre. La casa olía a patata hervida y a carbón encendido.

Oímos dentro algún trajín. En las paredes había dos o tres cuadritos pintados al óleo y firmados por Santos. Uno de ellos representaba una Virgen, con el manto rasgado y sucio y una cara vulgar y hermosa al propio tiempo. Otro, un monje, San Francisco sin duda, con los ojos dilatados, en éxtasis...



A poco volvió a salir la hermana de Santos que nos llevó por un pasillo estrecho y mal iluminado a la habitación de Santos. Era un cuartucho pintado de cal. La cama crujía al mas leve movimiento del enfermo que arropado hasta el cuello, sonreía con un poco de cortedad y nerviosismo.

—Sentaos, sentaos...

Sobre la cabecera, un Cristo de madera y al costado del lecho una mesa llena de libros y papeles en desorden, Acaban de echar colonia en la habitación.

—¿Qué hay, hombre?

Nos sentamos. Santos parecía un poco avergonzado de su pobreza y otro tanto digno y orgulloso.

—¿Que tal las clases?

—Como siempre.

Y esto nos dió ple para criticar durante un buen rato a los catedráticos. Borreil contó sus penas de amor al preguntarle Santos por Ana.

—Se está mejor sin novia... No, no reiros... Ya nunca mas volverán a pescarme aunque sea la belleza más grande del mundo

Después le pregunté por los cuadros que había visto.

—Sí, son míos y bastante malos; son de un aficionado que pinta con demasiada sinceridad,

—Y cerebro

—Corazón, Santos, corazón... Lo que el mundo necesita es corazón— dije yo emocionado sin saber porqué.

No tenía nada extraño que Santos pintara, sin embargo me sorprendió bastante. Como me sorprendió también encontrar entre los libros de su mesa, cuartillas repletas de versos, escritos con letra menuda y nerviosa

Yo solo veía a Santos, sacando fichas, investigando, reconstruyendo el pasado, ajustado a unas normas fijas, preestablecidas. Y pintaba Vírgenes con harapos y escribía poemas.

La conversación se deslizó por cauces parecidos a los de siempre; discusiones fogosas y cambio de impresiones.

Pero yo miraba a Santos embutido en las ropas de la cama, tan delgado con su cara ascética, y no lo relacionaba con los cuadros y los poemas... Me parecía una paradoja viviente.

Estuvimos con él apenas una hora, porqué noté que estaba molesto con nuestra presencia. Antes de irnos entró su madre, la viejecita de negro que había visto en la feria. Noté que su presencia a pesar de la ternura que le llevaba, le molestaba también por nosotros. Nos miraba queriendo adivinar lo que pensábamos de aquella viejecita insignificante, con el pelo revuelto y blanco y el traje remendado.

Nos despedimos tras cambiar algunas palabras de despedida. Al salir volví a mirar los cuadros. Y ví que la Virgen del rostro vulgar y hermoso y las ropas rasgadas

quería parecerse a la madre de Santos.



Insistí varias veces, muchas, para que Santos se decidiera a dejarme leer algo de su obra.

—Es todo muy malo— solía decirme sonriente.

Yo le dejé leer un cuento que había escrito y él me hizo una crítica feroz. No dejó nada en pie; ni le gustaba mi estilo, ni el argumento, ni los personajes. No me importó mucho, aunque sí algo, esa es la verdad. Cuando uno se decide a escribir, es porque cree que puede estar bien lo que haga.

—Bueno ya ves que lo mío era malo y te lo he dejado leer.

Santos tenía el alma acorazada, dentro de una caja fuerte: al menos eso creía yo.



Tras mucho insistir, una mañana me dejó sus versos. Yo nunca creí que Santos pudiera escribir aquello; no es que fueran geniales, ni buenos ni malos, no sé... Simplemente es que eran diferentes a su persona. Su alma de hierro se fundía en ellos con una contención maravillosa.

Era imposible que dentro de su frialdad característica, de su cara ascética, caminara todo aquel fuego de llamas pequeñas y vivas.

—¿ No te gustan ?

Yo le puse algunos reparos, claro está. Sin embargo yo creo que notó mi emoción. Quería observar en su rostro algo que me indicara la huella de un verso. Y solo veía su cara inteligente, pero fría e impasible.

También me confió que estaba escribiendo una novela y me leyó algunos capítulos que a mi no me gustaron nada.

—¿ Por qué ?— me preguntó entre orgulloso y dolido.

—Por que no. Te pierdes en descripcio-

nes inútiles, propias de los escritores minuciosos del noventa y ocho. Y hoy, por reacción, las descripciones ocupan un mínimo en la novela.

Calló aunque entendí que no estaba conforme conmigo. Al principio me he permitido copiar unos párrafos de esta novela que no recuerdo como se llamaba.

El dijo que mis críticas no le importaban, pero lo cierto es que anduvo algunos días distanciado de mí.



A Sierra se le veía preocupado con un libro de la «Colección Ebro» entre las manos. Allá donde estuviera, sacaba el librito, nos miraba a todos y parecía abstraerse en profundas meditaciones sobre aquellas páginas. Bastó que le preguntáramos para que nos diera un discurso:

—Estaba leyendo las «Soledades» de Góngora. Es magnífico. La obra de un genio.

—Un poco oscuro - le dijimos. (Es lo que se dice siempre que se habla de Góngora).

—¿Oscuro? Está clarísimo.

Y nos largó una parrafada, queriendo convencernos de la claridad meridiana del poeta culterano.

Sin embargo, observándole sin que se diera cuenta, se le veía saltar algunas páginas, morderse los labios y enarcar las cejas. Fuimos a Alejo y hablando hablando, llegamos a lo que queríamos saber:

—¿Góngora? El poeta más sencillo de la literatura española...

Así se explicaba la pasión repentina de Sierra.

—Eso es una estupidez— clamó Santos sin poderse contener, contagiado de la tancia de Alejo.

Pero Alejo sonrió entreabiendo sus labios

húme los; creyó fulminarlos con la mirada y se alejó.

Se detuvo mas allá. Parecía un oso con sus manos en la columna de piedra y mirando con ojos añorantes la figura de Ana.

Ana tenía un tipo bastante bien; un cabello rubio y escaso que le caía sobre la espalda y un cutis finísimo y blanco; las cejas muy bien dibujadas sombreaban a los ojos claros, grandes y cobardes.

Borrell se la comía con los ojos y ella, sabiendo que Alejo la miraba, reía, tiraba la cabeza atrás o estiraba al catalán de la corbata. Ana sabía que a pesar de calarse las gafas negras, Alejo la miraba. Hasta que Amparo salía de clase; entonces apoyados en la barandilla, Amparo y Alejo se pasaban las horas muertas hablando

Alejo tenía unos gestos desmadejados y cansinos, pero elegantes. Amparo alta, con el pelo muy negro, la cara fresca y los ojos grandes y vivos, tenía una gran vitalidad. Se parecía bastante a Conchita Piquer.



Yo prefería hablar con un grupo de ninfas sin pretensiones de ninguna clase, no muy feas pero algo inteligentes y muy sencillas. Bueno, sencillas hasta cierto punto.

Lupe por ejemplo tenía las piernas bonitas y parecía reírse de todos. Aparentaba una gran superficialidad, un no entender de nada muy inteligente, porque no hay nada que moleste más a los hombres que la pedantería en la mujer.

Si hablabamos de Cervantes: «¡Ah sí! — decía — el del Quijote».

Si de Maquiavelo:

—Si, un italiano... pero ¿qué era? ¿que hizo?

—Y en el fondo sabía más que cualquiera de nosotros, estoy seguro.

María también era inteligente, pero no lo disimulaba, al contrario quería aparentar más inteligencia de la que en realidad tenía. A veces preguntaba cosas tan extrañas que nos desconcertaban. Estaba un poco neurasténica con los «tests» de Binet para comprobar la inteligencia de las personas.

—Si estuvierais en un naufragio y pudierais salvar a uno solo de vuestros hermanos, ¿a cual salvarías? ¿Al pequeño al mayor o al mediano?

Y con sus ojos miopes aumentados por los cristales de las gafas, miraba hasta que tenía que bajar los ojos. Los resultados de nuestras respuestas se lo callaba. En general tenía un dogmatismo que a mí me fastidiaba; nos miraba a todos como queriéndonos clasificar. Al año siguiente ingresó en la Orden de las Carmelitas. ¡Pobres niñas a las que tuviéramos que enseñar!

Soledad, que también pertenecía al grupo, no era guapa, pero se pintaba con tanto esmero, se peinaba tan cuidadosamente e iba siempre tan limpia, que daba gloria verla. Era la discreción en persona. Jamás dió una opinión, ni discutió nada. Solo escuchaba con la mirada baja.

Y sin embargo debía ser inteligente, cuando se llevó las mejores notas del curso.



Cuando Muñoz se enredó de firme con la Encarna, yo me cansé de las ordinarietas de Conchita y me la dejé. Constantemente me echaba en cara mi falta de dinero y cuando se emborrachaba, que era todos los días, me llamaba roñoso, carcomido y cornudo. Yo, a pesar de mi romanticismo no pude enamorarme ni interesarme siquiera por ella.

Dí la excusa de unos exámenes y no volví a aparacer por la Pension de la calle de Pelayo.

Muñoz comenzó a dar inyecciones a todos las mujeres un tanto perdidas de la ciudad. Encarna se encargó de presentarlo en «sociedad» y como cobraba más barato que los practicantes de título, pronto se hizo el amo. Con esto comenzó a ganar bastante dinero que la Encarna se encargó de gastar. Poco tiempo despues vino a casa con una carta de Conchita para mí; me decía que quería verme y que había preguntado a un estudiante y los exámenes no duraban tanto tiempo.

—Yo no voy— le dije a Muñoz —no me

interesa... Le dices que tengo novia, que he encontrado otra amiga que no me llamaba roñoso.

Yo no sé Muñoz que historia le contaría, pero lo cierto es que un día me la encontré en plena calle de San Vicente, me cogió del brazo, me dió un pellizco del que todavía me acuerdo, y me llamó macarrón.

Cuando volví a ver a Muñoz, lo encontré muy desmejorado. Tenía, eso sí, su sonrisa de siempre, el pelo corto y sus ojos claros; su corbata era de un amarillo chillón, pero su rostro estaba pálido y demacrado.

—Estás perdido— le dije.

—Mientras el cuerpecín aguante— me dijo riendo, tirando salivillas entre los dientes.

Por Drespe, uno de Medicina, supe que en la Facultad, ni le nombraban ya en las listas.





Las clases continuaban tan mal como al principio. El catedrático de Arte se dignó venir un día a clase. Esta fué la única novedad que trajo el mes de Febrero.

El de Arte era un señor gaditano que dejaba a su paso una estela de perfume. Le gustaba darse importancia y decir, como quien no quiere la cosa, que había conocido a tal personaje y cual otro. Tenía una facilidad de palabra extraordinaria y era una lástima que con tanta palabra bonita, no tuviera nunca nada que decir. El Arte era para él, anécdota personal. Algunas histéricas de los primeros bancos reían todas sus gracias y se quedaban con la boca abierta, cuando decía arrastrando mucho las sílabas, que tal cosa era deliciosa.

—¡Hablar! ¡Hablar!— se desesperaba Torá. En todas las clases sacaba la cartera y se entretenía viendo fotografías de los sarongs y los cocoteros.

—Cuando acabe la carrera —nos dijo— me iré a América.

—¿A qué?

—No lo sé... A cambiar de ambiente, a explorar las selvas brasileñas.

Otras veces nos decía que huiría a las Filipinas o a las islas Haway. Mientras tanto la energía se le iba pudriendo en el claustro lleno de sol, entre sueños y novelas exóticas.



Por entonces ocurrió un hecho que conmovió a toda Valencia y del que no fuí testigo por verdadero milagro.

Muñoz y Esteve se veían con alguna frecuencia; a veces acudían juntos a citas en lugares poco recomendables. Muñoz ahora coleccionaba mujeres, juergas y pacientes a los que pinchar. Y como siempre, al parecer, seguía ganando en los cambios.

Esteve tenía una finca grande en Onteniente, a la que tenía que ir por encargo de su padre, para arreglar ciertos asuntos con el

casero y los arrendatarios. Iba en coche y decidió organizar una excursión con los amigos y acompañados de algunas mujeres, entre ellas Encarná y Conchita. A mí me invitó Muñoz, pero al saber que Conchita también iba, desistí de acompañarles.

El coche era grande, un Citroen, y se metieron en él, tres mujeres y Esteve, Muñoz y Colomer, uno de Derecho. Pasaron el viaje muy divertidos entre bromas, chistes y besos. Se comieron una paella colosal y bebieron mas de la cuenta.

Al regresar hacia Valencia ya con la última luz de la tarde, se detuvieron porque uno de ellos tenía necesidad de desalojar parte del vino que había bebido. Desde lo alto estuvieron contemplando las curvas de la carretera que corona al puerto de la Glera. El sol tenía unos reflejos anaranjados y cálidos sobre todas las cosas. Había un silencio extraordinario que rompían las voces y las bromas de Esteve, Colomer o Muñoz y las risas de ellas.

—Esto se baja en tres minutos— dijo

Esteve jactanciosamente.

Encarná que siempre conservaba la cabeza para cuidar de todos, le hizo ver que no había ninguna prisa. Montaron y el motor rugió. A un lado de la carretera se abría el precipicio y al otro, la roca rojiza y pelada del monte cortado.

Arrancó el automóvil negro, zumbando a toda marcha.

—Tú, cuidado— dijo la Encarna.

—De esta nos matamos— opinó Colomer que era muy poquita cosa, con el pelo rizado y los ojos pequeñitos.

Esteve conducía muy bien gritando y animándose a sí mismo.

—¡Allá va! ¡¡Voy!! Quita nena ese codo...

Detrás, con las revueltas andaban todos mezclados, con las piernas al aire y divirtiéndose lo suyo.

—De miedo— me decía Muñoz. «De pronto vimos unas piedras en mitad de la carre-



tera interrumpiendo el paso y un hombre de azul que nos hacía señas con algo negro en la mano.

Esteve frenò con rapidez y el coche diò un brinco al detenerse. Lo que llevaba el hombre en la mano era una ametralladora; surgieron otros hombres de la cuneta. Colomer gritó:

—¡Da la vuelta! ¡Corre, son maquis!

—Yo no me había dado cuenta de nada estando como estaba, tu me entiendes— me contaba Muñoz. Lo cierto es que el desconcierto y los gritos de las mujeres, turbaron a Esteve que puso en marcha el motor y comenzó rápidamente a dar la vuelta en la estrechez de la carretera.

—¡Alto!— oímos que gritaba el hombre de azul, mientras todos nos hacían señas.

Colomer y las mujeres cada vez más histéricas, gritaban. Yo también grité no sé qué y oí un ruido extraño. Instintivamente me tiré al suelo del coche, arrastrando a Encarna conmigo.

La ráfaga de ametralladora nos pilló de costado. El automóvil se detuvo y se abrieron las portezuelas. El del mono azul continuaba apuntándonos. Nos hicieron bajar a todos mientras nos apuntaban con los fusiles ametralladoras.

—¡Hala, abajo!. Vosotros os lo habeis buscado.

Conchita dijo que le dolía un brazo y poco despues empezó su manga a empaparse de sangre. Todos estábamos pálidos y serenos. Colomer puso el pie en el estribo y se desplomó. Fuimos a ayudarle pero no nos dejaron movernos.

—Somos agentes de la República y queremos que nos deis vuestro dinero para la causa de la Libertad.

Hablaba el del mono que parecía el jefe, mientras los otros nos registraban y sacaban el escaso dinero que llevábamos en nuestras carteras. Esteve por el asunto de los arrendatarios, llevaba un buen puñado de duros. A las mujeres las hicieron subir al coche y

esperarnos. Detrás de nosotros en el suelo, estaba Colomer de bruces sobre el asfalto.

—¡A ver que le pasa a ese!— dijo el jefe.

Lo volvieron cara al sol y oímos que hablaban entre sí.

—Está desmayado— dijo uno. ¡El señorito de los...!

Le sacaron de la cartera todo lo que llevaba.

—Andando... ¡Y cuidado con lo que decís! Podemos vernos otra vez en cualquier sitio, en cualquier calle o café de Valencia... En la misma plaza de vuestro Caudillo...

Habían dejado las carteras y todos los papeles sobre el pecho de Colomer.

—¡Subir a ese!

Yo recogí los papeles. Había una fotografía de una chica medio desnuda, con una dedicatoria: «A mi Pocholo, con todos los besos y la sandunga de mi cuerpo. Reme».

Al ir a meterle la cartera, vimos que tenía toda la camisa empapada de sangre. A Esteve le temblaban las piernas y yo debía estar lívido. Dentro, en el coche, limpiaban como podían la sangre que manaba y escurría por el brazo de Conchita.

—Está herido— dijo Esteve.

—Se ha desmayado el muy marica— repitió uno de los sujetos de la ametralladora.

En mitad monte, hacía frío, pero no lo sentíamos. Metimos a Colomer como pudimos en la parte de atrás. Esteve estaba como atontado. —Yo no sabía que hacer— continuó Muñoz.

—Adelante y salud— dijo el del mono azul.

Arrancamos. En el primer pueblo no había asistencia sanitaria de ninguna especie; continuamos sin hablar deseosos de llegar lo antes posible al hospital de Valencia.



— Colomer se nos murió por el camino —  
terminó Muñoz.



Durante una de las clases de griego, Ana se puso a llorar desconsoladamente.

Borrell, desde su puesto, estaba nerviosísimo y nos miraba a todos anonadado. Aunque las otras ninfas del curso no le tenían mucha simpatía, trataron de consolarla como pudieron.

Cuando salimos del aula, como es natural, fuimos todos a preguntar lo que le había ocurrido. Aun tenía los párpados hinchados.

—Nada. . Yo creí que Don Jesús me tenía manía y ahora, hoy, he visto lo bueno que es... al leer las calificaciones del... del examen parcial...

—Es una histérica — opiné yo.

Borrell se puso patético tratando de consolarla, llamándola pobrecita y limpiándola las lágrimas.

--¡Claro, claro, pobrecita...!-- repetía dándole la la razón.

Alejo cuando supo el motivo de tan gran llanto, se echó a reír con todo su aire de superioridad y mirando a Ana muy sonriente le dijo:

—¡Qué mujeres!-- Y le volvió la espalda.

Las cotorronas de otros cursos tuvieron una escena, cuyo comentario duraría dos o tres semanas. Yo creo que cruzaban apuestas sobre quien se quedaría al fin con Ana, porque el asunto de Amparo con Alejo, había concluido aunque ella tratara de continuarlo.

Lupe y yo fuimos a la biblioteca, porque queríamos consultar unos libros.

Colón, un viejo alto y catarroso con un guardapolvo azul nos salió al paso. Era la amabilidad en persona,

— Venga, venga... ¿qué queréis?

Pedimos el libro que necesitábamos.

— Ese no está.

— ¿Cómo que no?

— Que no, que no... ¿No os lo digo yo?

Miramos en el fichero y estaba por duplicado.

— ¿A ver? Sí, sí está pero no se puede sacar...

— ¿Por qué?

— Porque no. Esa parte de la biblioteca no está en orden, cualquiera encuentra eso ..

Salimos al claustro. Santos paseaba con Soledad.

Hablamos de unas emisiones de radio que el SEU proyectaba montar todos los lunes.

— Yo no entiendo nada de eso — decía

Lupe con su voz de tiple, anñando las palabras en su boca.

De Lupe dijeron que yo estaba enamorado de ella. Pero esto no eran mas que líos que armaban los de los otros cursos, que tenían prisa por casarnos a todos. Bastaba que uno hablara dos días con la misma niña, para que inmediatamente se oyeran rumores de noviazgo. Con Lupe fui a ver algunas exposiciones en las salas Mateu y Prat, de pintores medioeres todas ellas.

Hablamos bastante de pintura y literatura especialmente. Me gustaba hablar con ella porque quitaba pedantería y pesadez a los asuntos por arduos que fueran. Y me gustaba como reía. Nada más que eso.



Las niñas del curso también sabían divertirse. Había un grupito de mojígatas con su insignia de Acción Católica en la solapa.



Pero estas no contaban para nada. Vivían obsesionadas por el pecado. Cuando miraban láminas de Arte, tenían que confesarse y no se atrevían a leer más libros que los ortodoxos a macha-martillo.

Vidal las miraba y aprovechaba para lanzarnos una de las numerosas frases de Wilde que sabía de memoria:

—Pobres, no saben que más de la mitad de la cultura moderna, depende de lo que no se debe leer.

Las otras convivían con los chicos amablemente y se podía hablar con ellas de lo que fuera, siempre dentro de unos límites de buen gusto y educación.

—Qué diferente esto —le decía yo a Santos— a lo de hace cuarenta o cincuenta años nada más... Imagínate que la primera mujer que pisó un aula universitaria, iba acompañada a todas partes por un bedel respetuoso con la gorra en la mano y que no dejaba que se acercara a ella ningún estudiante.

—Sí, en poco tiempo hemos dado un salto bárbaro... ¿Para bien o para mal?

—Yo creo que para bien...

—¡Quién puede saber eso...!

—¡Hombre...! Que haya menos analfabetos, que la mortalidad infantil sea mucho menor, que se lea más... Yo creo que es bueno... Hace cuarenta años, ¿quién leía en España? Unos cuantos literatos más o menos bohemios y dos o tres estudiosos de provincias. Hoy lee todo el mundo.

—Novelas del Oeste o de aventuras...

—Por algo se empieza... No van a leer el Quijote para empezar. En los tranvías, en la calle... Todos llevan su libro en la mano o en el bolsillo... Y esto ya es algo..

—Sí, pero el escritor está como hace cuarenta años, cuando nadie leía.

—No, no estoy conforme. Hoy, un escritor, por el mero hecho de serlo aunque sea malo y se rían de él, tiene entrada en todas partes...



—Sí, lo que tu dices... Para que se rían de él... De su bolsa vacía o de sus pantalones desflecados.

—Tu lo que quieres decir es que el escritor, aquí en España, continua sin ganar dinero.

—Exactamente...

—Bueno, ¿y de quién es la culpa? ¿Del público o del escritor?. En España no hay escritores de cierta altura, para la burguesía o para el pueblo. O son de un refinamiento que solo leen sus obras ellos mismos, o de una bajeza literaria y una chabacanería impropias de un escritor. Palacio Valdés fué escritor para la burguesía y ganó mucho dinero y tuvo una fama inmensa en toda España. La generación modernista del noventa y ocho, se apartó por completo del pueblo y de lo burgués. Vivio aislada sin arrimarse a la política para ganar dinero, como hicieron los escritores del período siguiente: un Baeza, Pérez de Ayala, Alberti, Casona, Mada-riaga...

—Entonces tu crees que el lema de Juan Ramón, «a la minoría siempre», que yo encuentro justificado en un poeta, es estúpido.

—Mira, si escribes para la minoría, nunca ésta reconocerá tus méritos, ni comprará tus libros. La minoría la constituyen cuatro fracasados que están de vuelta de todas las cosas y nunca a no ser lo suyo, encontraran nada bien. Y si escribes a la mayoría, como en España, la mayoría aun no está madura, tienes el peligro de caer en lo chabacano, en el folletón...

—Total que nos quedamos como al principio sin saber hacia donde ir...

Santos tenía razón. El llevaba sus argumentos pensados y medidos, pero yo los enredaba. Yo hablaba y hablaba en confusión a veces con violencia, afirmando y negando muchas veces sin razones ..

—Luego dicen que de la discusión nace la luz.

—Eso es una tontería de la mayoría—



rel yo. De la discusión nace la confusión nada más.



Cuando ellas venían a almorzar con nosotros, solíamos ir a un bar de estudiantes llamado casa Pedro. Este tenía su entrada por una placita fea, detrás de la iglesia cerrada de San Lorenzo, llamada del Picadero. Este Picadero debía de ser el del Palacio del Marqués de Dos Aguas, muy cercano a este lugar. Hoy en su lugar, hay unas casas nuevas y altas y un bar.

Pasando la terraza y la barra, tenía una sala grande con mesitas, con luz eléctrica, decorada estilo mesón, con cerámica de colores. El lugar era agradable y barato.

Cuando íbamos con las nintas se prohibían las discusiones y solo se podía beber, cantar, comer y hablar amigablemente. Cuando alguno empezaba a hablar sobre Unamuno o el

xistencialismo, se le hacía callar poniendo, en sus manos una copa de vino blanco.

María, la que después se metió monja, también venía con nosotros y se animaba como la que más. Su mirada fija y penetrante no nos dejaba un momento; nos observaba a todos y yo creo que en el fondo, se reía de nosotros, clasificándonos.

A mi no me gustaba que Lupe se metiera con Alejo. Este nos seguía a distancia solo y entraba cuando ya estábamos sentados, para causar efecto.

—¡Que olor más raro!— decía Lupe en cuanto lo veía aparecer. ¿No lo notais? ¡Es de azufre!

Alejo no perdía su sonrisa y su calma.

—Pero no me has visto el rabito y hoy lo traigo.

—Como todo lo tuyo será una preciosidad... ¿No os habeis fijado en lo guapo y lo dominador que está hoy?

Lupe siempre se reía de él. A veces estremaba sus bromas demasiado y Alejo y ella, los dos, perdían la sonrisa y se quedaban mirando unos instantes.

Soledad, tan peripuesta, sonreía en un rincón sin decir nada al lado de Santos. Alonso, nos envolvía en su charla torrencial. A veces se nos pasaba la hora de la clase siguiente y prolongábamos hasta el mediodía la reunión.

Por lo general yo prefería ir al «Túnel Negro», sin mujeres, donde se podía hablar de todo y había unos gatitos tan mones y tan hambrientos.



Santos comenzó a frecuentar asiduamente la compañía de Soledad y Borrell volvió con Ana. Sierra continuaba, ya sin tanto entusiasmo, leyendo «Las Soledades». Alejo se pasaba las mañanas con sus gafas de sol y su

periódico. Vidal con su pelo planchado y su olor a colonia barata, nos miraba wildeanamente por encima de su hombro. Yo me quedé un tanto añado, cansado de todo y aburrido.. Algunas tardes, Lupe, me acompañó en mis paseos junto al río o por las calles oscuras y estrechas del barrio del Carmen. Yo renegaba de todo y me sentía molesto por todos los ruidos; ante ella exageraba un poco mi postura de disconformidad con todo el mundo.

—Esto es un asco —decía— El otro es un ladrón,.. Aquello está hecho con los pies..

Lupe se reía de mi y me llamaba Gasarrabias. Yo precisamente lo que necesitaba era eso: que me tomaran a risa, que se rieran de mis pensamientos y me hicieran verlo todo distinto, de otro modo,

También fuimos algún domingo por la mañana al concierto de la Orquesta Municipal.

—Me gusta o no me gusta — solía contestar Lupe a mis preguntas.



—¿Por qué?— le decía yo.

—¡Ah, no sé! Porque es bonito, porque sí..

Cuando sonaba Wàgner, con toda la lata de la orquesta, el teatro se venía abajo.

—He aquí el gusto de lo clásico que encuentra Sierra en lo valenciano— ironizaba yo. — Cuanto más ruido, más bonito.

—Wàgner consigue la emoción por anodamiento, por miedo...

Ni a Lupe ni a mi nos gustaba el barroquismo de Wàgner.

—Sí, te emociona, como un predicador que solo hablara del infierno:

—¡Que diferente a la emoción sana y riente de un Bethoven!. Este parece un pecador arrepentido ante Dios, por ser El quien es, no por el infierno...

También fuimos a los jardines del Real e

a la Alameda paseando. Y llegó a haber entre nosotros cierta intimidad.



Llegó a ser tan habitual en mi, el paseo todas las tardes con Lupe, que cuando no salíamos no me encontraba bien en toda la tarde y aumentaba mi malhumor. Luego me dí cuenta, que por las mañanas acudía con más ganas a la Facultad y era solo por hablar con ella. Pero esto no era el amor, aunque yo en algún momento llegara a creerlo.

Hablábamos por lo general de libros; Lupe leía bastante, pero lo que a mi más me agradaba, es que parecía no saber de nada, ni tomar nada demasiado en serio. Ella me prestó algunos libros, entre ellos: «Pan» de Knut Hamsun y «Oliesia» de Alejandro Kuprin.

Le gustaban porque eran alegres, en ellos se hablaba de bosques y animales en libertad.

A veces cuando yo la creía interesada en mi conversación, en mis opiniones, siempre confusos y poco razonadas por apasionamiento, miraba el cuadro azul recortado por el elaustro y decía:

—¡Mira, mira como corre esa nube!

Lo decía tan admirada con tanta sencillez, que yo callaba y miraba con ella hacia el cielo.

—Tu no debieras estudiar. Yo sé que te hubiera gustado vivir en un bosque grande, en una cabaña perdida, junto a alguien que te quisiera.

—Eso no son más que palabras— decía sonriente con el enorme sentido práctico de todas las mujeres.

Y continuábamos hablando de cualquier asunto.

Le agradaba la literatura como distracción, como afirmación de la vida, no como negación. Por ello no le agradaron unos cuentos míos que le dejé leer.

—Te crees un desgraciado y no tienes ningún motivo para serlo.

Yo creo que tenía razón.

—Hay que ver la parte alegre de las cosas, sin ignorar la triste desde luego.

Se le notaba vivir y daba una sensación de alegría y de fuerza que ayudaban mucho.



Con nuestra ingenuidad y dirigidos por Santos, nos reunimos dos o tres tardes para protestar por lo que nos disgustaba de la Universidad.

Repasando punto por punto, llegamos a la conclusión de que no nos gustaba casi nada. Santos llevaba la voz cantante, conforme a un programa escrito que había forjado él mismo:

Comenzamos por la parte externa, pudiéramos decir:



En primer lugar el local de la Facultad, era pequeño, estrecho con pocas y mal acondicionadas aulas.

Respecto a la actuación de los catedráticos, llegamos a la conclusión de que ninguno de ellos, por muy sabios que fueran, sabían enseñar con método, ni se preocupaban demasiado de ello. No acudían a clase, se iban de viaje y enviaban a ayudantes con buena voluntad, pero que no daban continuidad a una labor de cátedra, tal cual nosotros la entendíamos.

El plan de enseñanza era absurdo. Se cursaban asignaturas repetidas: Historia de España, completa en primer curso e Historia de España, un poco más ampliada en el tercero y cuarto cursos. Igualmente ocurría con la Historia del Arte.

Se elegía entre griego y árabe y mas tarde, todos tenían que saber leer en griego y en árabe para poder cursar la Numismática.

Se daba el primer curso de Paleografía, sin estudiar Latín Medieval.

Y como falta garrafal, no se exigía ningún conocimiento de idiomas modernos.

Los libros eran malos y caros, y ningún catedrático se ajustaba a ninguno de ellos, ni daba apuntes propios que sustituyeran a los libros inexistentes.

Y pensando ya en el futuro, protestamos por el sueldo escaso de los catedráticos y auxiliares.

Santos redactó un pliego de protestas para llevarlo al SEU. Habló con el jefe de la organización estudiantil en la ciudad y dijo que no solo valía la crítica sino también las soluciones.

Las soluciones que dimos fueron las siguientes:

Construcción de una nueva Facultad.

Obligación de residencia de los catedráticos en la ciudad de su cátedra, con un mínimo de faltas de asistencia a su clase, descontable del sueldo mensual.

Reglamentación de auxiliares y ayudantías a cátedra.

Provisión de las cátedras vocantes desde veinte o más años atrás.

Nuevo plan de enseñanza universitaria, con un curso de Cultura general para todas las Facultades, válido como ingreso en la Universidad.

Estudio de dos idiomas extranjeros como mínimo obligatorio.

Y publicación de textos, a precio asequible para el estudiante medio, por el Ministerio de Educación Nacional.

Estuvimos algún tiempo mareados y el Jefe del SEU, nos acogió con muy buenas palabras.

Ahora, lejanos aquellos días, reconozco que ni nuestra crítica ni nuestras soluciones valían gran cosa. Pero entonces el tema nos apasionó. Después todo quedó en nada.



Los primeros días de Marzo, nos trajeron una primavera calurosa y prematura.

Los de Medicina organizaron una función teatral pro viaje de fin de carrera y unos bailes en el piso superior del Café Navarra, con el mismo fin.

El Café Navarra, en plena calle de la Paz, había sufrido las mismas transformaciones y «camuflajes» de tantas personas. Se abrió durante la República, con el nombre ruso de Vodka. En la guerra fué medio café, medio lugar de reunión y refugio. Nadie supo lo que era. Al término de la guerra, se convirtió furibundo a la causa nacional y fué comedor de Auxilio Social. Más tarde se volvió a abrir al público con el nombre de Navarra. Toda una historia.

Creo que solamente fuí un sábado a uno de aquellos bailes. La orquestina soplabá constantemente sus instrumentos y las parejas de estudiantes bailaban y bebían constantemente. Las chicas no eran las universitarias que yo conocía; parecían mas bien



modistillas o hijas de portera, cuando no algo peor.

Esteve llegó a mitad tarde con una mujer alta y muy pintada cogida de su brazo. Iba con otros dos, a los que no conocia y a los tres se les notaba el exceso de alcohol que llevaban encima. Las tres mujeres que les acompañaban eran tres fulanas, exageradas, guapas y de buen palmito.

—¡A ver camarero! Sirva de ese elixir que aquí despachan— ehilló Esteve apenas entrar con palabras enredadas.

—Eso, eso— gritó uno de los que le acompañaban que se llamaba Villanueva.

Por si el camarero no se diera por aludido, fueron directamente a la barra donde pidieron más bebida. Me acerqué a Esteve.

—¿Qué hay hombre?

—¡Mi querido, mi dilectísimo Luis..!— Y se me echó a los brazos.

—Hueles que apestas a tinto— le dije.

—¿Tinto? ¿Oís? ¿Tinto nosotros? ¿Que es lo que hemos bebido?

—¡Elixir de dioses!— contestaron los otros a dúo.

—¿Quieres, quieres un poco?— me dijo metiéndome el vaso por la nariz. Bebe, hombre, bebe— repitió con una tozudería de mula.

Los otros fueron a la mesa y Esteve quedó un momento conmigo. No lo había visto despues del accidente de los maquis.

—¿Qué os pasó en la Ollería?

—¡Pum, pum...! ¡No me lo recuerdes!— dijo cayendo apenadísimo en mi hombro. Tu eres un amigo, mi amigo... No me hables de eso ¡Ya paso, ya pasó todo...! Oh, los tios cabrones!— y se puso a sollozar sin más ni más.

Ví que de la mesa le llamaban.

—Tu, no seas majadero.

—Bebe, bebe un poquito conmigo para olvidar las penas...

Cada vez hablaba de una forma mas arrastrada y difícil de entender.

—¿Y la Verdú? ¿Cómo va ese asunto?

—¿Quién?

—La Verdú...

Indudablemente ya no se acordaba de ella.

—La casada de Benicasim...

—¿Aquella...? ¡Bah!—. Y en su gesto de asco se le derramó medio vaso.

—¿La has vuelto a ver?

—¿Para qué? Ni me acordaba de ella... Es lo que yo digo —continuó tambaleándose— Todas las mujeres son unas... Y esa más que ninguna. —Luego se puso a reír, cogido a mi hombro—. Y el marido nada... ¡Pobre! Lleva sobre la cabeza la aureola de los predestinados... Sí señor. Todas las mujeres son unas...

—¡Calla!—. Y le metí el vaso en los labios para que no siguiera gritando.

—¡Que desgraciado soy! ¡Tantas mujeres buenas por el mundo y yo aquí solo, contigo, con un tío tan feo como tu..! ¡Que desgracia! ¿Bebemos para celebrarlo? Tu eres mi amigo, tu sabes mis penas.. ¡Ay, ay ayayay, canta y no llores... que así... cielito...

—Te llaman de allá— le dije.

—¿De allá? ¿Quién? No veo a nadie en particular .. En general veo un borrón... así como...

Al ir a andar tropezó con una mesa.

—¡Eh, Estevito! — le llamaron de nuevo...

—¡Uuuuuh! Allá voy...

Se metió entre las mesas, tropezando con todas y dando traspiés.

—Señorita... —se disculpaba muy serio, inclinándose levemente, sin querer perder la línea—. Señorita... Caballero...

Lo peor vino cuando quiso pasar entre



las parejas que danzaban. Con pasitos cortos se perdía en el laberinto, sin conseguir llegar adonde quería. Se cruzó de brazos en medio de la pista y empezó a aullar.

—¡Uuuuuh!

La fulana salió a buscarle, se abrazaron e hicieron como que bailaban. Los organizadores del baile, tenían miedo de que ocurriera algo anormal y el gobernador no les permitiera más reuniones de aquel tipo. Uno de ellos se acercó a la mesa donde estaba Esteve y sus amigos abrazados y besándose con las fulanas. Muy discretamente se acercó al oído de Villanueva al que conocía y le dijo que hiciera el favor de comportarse. Le hizo levantar y se lo llevó un poco a la izquierda de la mesa.

—¡Qué hagais el favor, que estamos en un sitio público y las demás protestan!

—Bueno, que protesten...

—Hombre, ¡haced el favor!

—Nosotros hemos pagado como todos y tenemos derecho...

Cada vez hablaban más alto.

—¿Derecho? Nosotros también tenemos derecho. En la puerta hay un cartelito que dice: Reservado el derecho de admision. Conque os vais con esas p... que habeis traído...

—Nosotros... Esas mujeres son tan honradas como tu madre... Ganan el pan del proletario y...— Villanueva hablaba tambaleándose sin saber lo que decía.

El otro reaccionó y al revolverse tiró una mesa. Los vasos se hicieron polvo. Esteve se levantó.

—¿Qué ha dicho ese de tu madre, Villanueva?

Y sin más se liaron a tortas, Rodaron dos mesas más y uno se cortó con un vidrio en una mano. Los músicos continuaban sonando. Los organizadores en pleno, se acer-

caron, pero Villanueva y Esteve se liaron con todos.

Algunas parejas aprovecharon y salieron huyendo. La pelea se generalizó y se empezaron a romper vasos por deporte y a volcar mesas y sillas. Ahora ya eran por lo menos diez los que se zurraban en mitad de la pista de baile...

—A mi eso no me lo dice nadie.

—Tu lo que eres es un...

Llegaron los guardias y se los llevaron a la comisaría.



Como Santos continuaba con Soledad, yo cometí la imprudencia de preguntarle si eran novios.

Se me quedó mirando y bajó la cabeza; después reaccionó y a su vez me preguntó

por lo que había entre Lupe y yo. Se empeñó en que éramos novios y yo lo negué.

—Ni siquiera había pensado en semejante cosa...

Esto no era verdad. Había pensado mucho, sino estaría enamorado de ella, pero nunca me había atrevido a decirle nada. Yo creo que Lupe se hubiera reído de mí.

Con esto Santos se salió por las ramas y no contestó a mi pregunta. Los veía tan serios a los dos que no sabía qué pensar. Empezaron a ir juntos a la biblioteca y a sacar apuntes de los mismos libros. Y las cotorras del claustro, cambiaban apuestas entre ellas sobre un futuro y problemático noviazgo.

Le dije a Lupe que me habían preguntado si éramos novios.

—¿Quién?— me dijo interesada.

Pero yo no se lo dije. Ella no se rió. Al revés, se puso seria y dijo que le molestaban las cotillerías de la gente.



Con el buen tiempo fuimos muchas mañanas al puerto, especialmente a la escollera, a ver el mar y las gaviotas que a Lupe le eran antipáticas. A mi no; a mi gustaba observar su vuelo y ver como se posaban en el agua, quedando allí balanceándose al impulso de las olas como corchos o figuras de goma.

El viento soplabá siempre en la escollera y lejos se veía el faro. Algún día llegamos hasta él; toda la playa de Valencia y la punta de Sagunto, azul pálido, metida en el mar, se veían claramente. El agua allí apenas se movía y era transparente, adquiriendo según le diera el sol, tonalidades verdosas o azules. Las medusas blancas, flotaban como hongos en ella.

Por lo general en estos paseos hablábamos poco. El mar o el cielo ganaban nuestra atención. Lupe gustaba de asomarse y ver la espuma sobre las piedras rojas. Nos sentábamos y Lupe exclamaba respirando hondo:

— ¡Qué felicidad!

Nuestras únicas palabras eran observaciones tontas sobre lo que veíamos; los barquitos del Club Náutico, el pueblo de Nazaret, chato y blanco, el casco rojo de algún buque en construcción, el movimiento de las grúas.

A veces veíamos salir o entrar algún barco y los marineros nos hacían señas.

— ¿A donde irán o de donde vendrán?— solía preguntar yo, cosa que a Lupe no le importaba. Yo me quedaba mirándola estupidamente y ella se reía.

— ¿Qué te ocurre?

— Nada.

Algunos días soplabá la brisa tan fuerte que Lupe tenía frío y se ponía mi chaqueta por los hombros. Una mañana encontramos a Santos y a Soledad en la Glorieta, esperando el tranvía. También iban al puerto, como nosotros y como vimos que Santos estaba muy simpático fuimos con ellos.

Ya en el puerto, aun en el tranvía.

Santos, estiró el cuello para ver el agua de mar. Después nos hizo casi correr hasta llegar a la escollera y contemplar el mar hasta el horizonte.

—¡Qué preciosidad!— dijo.

Estuvimos como cuatro tontos mirando y oyendo el romper de las olas. Santos que estaba contra su costumbre muy hablador, nos contó la impresión que en él, hombre de tierra adentro, le había causado la contemplación del mar por primera vez.

—Fué algo extraño y maravilloso. Vosotros no podeis comprenderlo porque lo habeis tenido a vuestro lado desde que nacisteis... No me cabía en los ojos ni en la cabeza, tanta agua azul y el ruido me hacía cosquillas en las orejas. Mi madre se quedó pasmada. —«¿De donde sale tanta agua?»— dijo. —«Allí en Castilla solo conocemos los ríos y los manantiales. ¿Cómo no se desborda? ¿Cómo se sostiene sin salirse?»

—Yo había concebido la eternidad, la

inmensidad, como algo parecido al Escorial  
Y estaba equivocado.



El día nueve de Marzo comenzaron los jaleos en la Universidad, pidiendo otra vez las vacaciones. El Chufa compró petardos y tracas y los fué colocando estratégicamente por todos los lugares posibles e imposibles sin que los bedeles pudieran hacer nada por evitarlo. Iban de un lado para otro, pero llegaban siempre cuando ya habían estallado. El aire llevaba olor a pólvora y el buen tiempo invitaba a salir de casa, a pasear o a irse al campo a ver la maravilla de los almendros en flor.

Bastaba el más mínimo motivo para que las gargantas se esforzaran en gritos y denuestos repetidos una y otra vez. Con solo una bolita de papel que se lanzara al aire, se conseguía una verdadera revolución. Los



estudiantes de Derecho, se agitaban en el patio; uno subía a un banco de piedra y lanzaba un discurso, mientras los demás le aclamaban con rugidos. Volaron por el aire unos apuntes, y las cuartillas fueron cayendo entre gran alborozo, una a una blandamente.

Pasó el rector solemne, despacio con con paso tarde aunque firme, como el gran señor del romance; por un momento se hizo la calma. Después surgió un mugido enorme, aunando, de todas las gargantas.

— ¡Fiesta, fiesta, fiesta...! — gritaban a coro.

Y de pronto, sin saber de donde, surgía un cohete que soltaba chispas y resoplidos, hasta explotar con gran ruido. Se oían chillidos femeninos y voces confusas.

— ¡Mis medias! ¡Ay, mis medias!

La vigilancia de los bedeles se redobló. Iban por el patio husmeando la pólvora como perros de caza. Como la cosa estaba difícil al «Chufa» se le ocurrió una idea. Subió con

varios compañeros a las casas pegadas a la Universidad y desde los tejados, lanzaba los petardos encendidos al patio de la Universidad. Los bedeles estaban desconcertados. Jiménez el portero, que era quien los dirigía, desplegó sus fuerzas por el tejadillo del edificio.

Cesaron por unos instantes los impactos, para redoblarse al menor descuido con más furia. Casas nuestro bedel del bigote, hacía como que buscaba, pero en el fondo le era lo mismo.

— ¿A mi qué? — nos dijo. — ¿Quereis fiesta? Mejor para nosotros, menos trabajo. Además todos los años ocurre lo mismo, ¿qué levamos a hacer? Ahora, vosotros no sabéis lo que eran las huelgas de antes. Aquello sí que daba gusto. Ahora todo se os va en cuatro gritos y cuatro petardos. Entonces los estudiantes éramos fieras. Se volcaban tranvías, se pitaba a un ministro, se incendiaba la Universidad si era preciso. Aún me acuerdo yo, de cuando ardió el gabinete de H.<sup>o</sup> Natural, con todos los bichos disecados. Dijeron



que no se sabían las causas del fuego; pero yo sé que el que lo hizo todo fué Pepe Sauruce, uno tuerto, que era republicano... ¡Que tiempos aquellos ¡— terminó atusándose los mostachos.

Comprendimos por el jaleo que no había clases y Lupe y yo nos fuimos de la Universidad. Al salir, vimos por la calle de las Barcas que llegaban los consabidos refuerzos de Medicina, con sus batas blancas y sus tibias en la mano.

Llegaba de Madrid una prima hermana de Lupe para conocer las fallas y aunque yo no la conocía, fui a esperarla por acompañarla.



Santos me invitó a una reunión de gente literata más o menos y más o menos cursi. Estas reuniones se hacían en casa de un médico llamado Salazar, soltero y medio poeta

y nos introdujo en ellas Miquel, el muchacho que conocimos en la «claque» del Teatro Principal.

Este Salazar, era un señor de unos cuarenta y tantos años, de muy buena presencia, con un cráneo bonito, cubierto de un pelo espeso y veteado de canas por su parte superior. Tenía una pequeña renta, lo que le permitía hacer versos, sin preocuparse demasiado de la clínica; tenía la casa bien montada y en orden. En su despacho colgaban algunos cuadritos de pintores jóvenes que estaban bien y un cuadro grande de Lozano, al que conocía.

Salazar estaba bien relacionado y aunque delante de él, todos se mostraban muy amables, por detrás sé positivamente que le llamaban iluso, idiota y otras cosas peores. Había publicado algunos libros por cuenta propia y a todo aquel que iba a su casa, le regalaba un ejemplar con firma. Su voz de baritono, segura, al leer sus propios poemas, cobraba tonos agradables e insospechados, sacando efectos desconocidos a los versos



que leídos en voz baja no eran nada demasiado admirables. Hablaba con mucha prosopeya y solo decía o hacía cosas de efecto. Tenía como en la fábula, una cabeza hermosa, que hubiera quedado bien en un jardín como cosa decorativa.

Aspiraba a convertir en un centro cultural de primer orden aquellas reuniones en su casa; un centro al que acudiera la juventud en busca de consejo. Pero la juventud es reacia a toda tiranía y más cuando descubre que el tirano no vale nada.

Yo me disculpé con Santos y con Miquel que vino a la Universidad el último día de clase antes de las vacaciones. El pobre Miquel era torpe, pero tenía un gran entusiasmo por la literatura y mucha vocación de universitario. Su padre al terminar el bachiller, se empeñó en que entrara en su agencia de Aduanas del Grao, sin dejarle estudiar ninguna carrera. Tenía una facilidad enorme para escribir y en broma le llamábamos El Tostado o Fray Lope. Tenía unos entusiasmos que le duraban apenas horas o días a lo

sumo y un alma buena y cándida capaz de creer en todas las cosas bellas del mundo, y aun en el hombre.

Santos se entusiasmó también momentáneamente por estas reuniones y por el periódico que prometió financiar Salazar.

—Necesitamos nosotros, los universitarios, editar un periódico nuestro, con nuestro mensaje poético...

Miquel se empeñó en que habláramos con el Decano para obtener una ayuda económica de la Facultad. Al final todo quedó en nada.

Poco después se habló de la edición de una antología con nuestros poemas. Y Santos también se llegó a entusiasmar e incluso me contagió un poco.

Salazar haría nuestra presentación como si formáramos un grupo de poetas jóvenes, un parnaso todavía sin nombre propio, presentándose él como maestro. Pero al llegar a la cuestión económica, todo se venía abajo



y quedaba en agua de borrajas.

A pesar de la insistencia con que Santos y Miquel me instaban a que acudiera a casa de Salazar, me resistí bastante a hacerlo; dejé unos poemas míos que leyeron en voz alta y según dijeron llegaron a gustar. Pero por entonces yo tenía otras cosas que hacer.



Conforme transcurrían los días nos íbamos conociendo mejor y discutíamos menos. Aproximadamente sabíamos como pensaba cada cual y hasta donde llegaban las convicciones que teníamos sobre cualquier asunto. Los temas generales salían con menos frecuencia que antes a relucir y ahora nos limitábamos a comentar un libro determinado, o una película recién estrenada.

Al propio tiempo la primavera calurosa nos enardecía. Y en nuestras palabras en nuestros actos, en nuestra forma de vestir

incluso, había siempre un gran miedo de caer en lo ridículo o en lo cursi.

—Este es el signo de nuestro tiempo: el romanticismo. Un romanticismo que todos tratamos de disimular y del que nos reímos en presencia de extraños y aun de amigos. Nuestro romanticismo no se basa por completo en el sentimiento; la razón tiene su parte en él. Es un romanticismo consciente que no se desmelenan en gestos, sino que se contiene. Hay en nosotros un amor a la Historia preterita, en la que buscamos, no las normas de una vida mejor, sino la causa de nuestros males actuales, puramente romántico. Todos llevamos dentro un paisaje que añoramos y que vamos buscando por los campos a pleno sol, sin el romanticismo tópico de la luna sobre el jaramago. Tenemos todos un afán de libertad íntima, y nos obsesiona, no el gobierno liberal, ni el republicano, ni siquiera la dictadura, sino nuestro destino y nuestra libertad de conciencia por la que luchamos.

En poesía hemos roto las rimas, los



metros, la cadencia, cosa que nunca hicieron los románticos de otras épocas blasonando de libertad.

En teatro se han roto las tres unidades de una forma que ni Shakespeare hubiera soñado: el tiempo y el espacio en la acción, no cuentan para nada.

Y en novela hay un afán de buscar belleza en lo horrible, en lo tremendo. y hay ternura disimulada de fortaleza y repugnancia, hacia los males físicos y morales.

Por eso yo digo que somos románticos, con un romanticismo más hondo y más consciente que el del siglo diecinueve; con menos tiros en la sien, con menos lágrimas, pero con más profundidad, porque nuestro romanticismo se basa en el sentimiento y en la razón al propio tiempo.

La desesperanza es nuestro mal del siglo. Y en la desesperanza de lo trascendente, nace la escala de valores intrascendentes en los que el mundo actual busca su base.

Estas frases eran el principio de un ensayo que Santos escribía con todo el ardor de la primavera



Ana cayó enferma y dejó de estudiar.

—¿Qué tiene?— le preguntamos a Borrell

Pero el catalán no sabía nada y estaba inconsolable.

—El otro día vino a casa Ana —contaba con lágrimas en los ojos— y me pidió perdón por todo. Yo me quedé sin saber qué hacer.

—¿Me perdonas? Dímelo... Contesta...— me decía vehementemente.

—Pero, ¿de qué, Ana? ¿De qué te he de perdonar?

—No sé... De todo... Dime que me perdonas,

—Pero si no tengo nada que perdonarte...

—¡Qué bueno eres!— me dijo. Y comenzó a llorar.

—Pero Ana, ¿que te ocurre?

—Nada, nada. . Eres tan bueno conmigo que siento ganas de llorar.. Tu no lo entenderías, pero se descansa tanto cuando se llora...

Me dejó el libro que traía, la excusa para venir a casa y me cogió la mano.

—Tenemos que separarnos— me dijo con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué?

Borrell me lo contaba todo despacio, con mucho detalle, entristecido. No sé porque yo siempre he inspirado confianza a mis amigos y todas sus penas han venido a contármelas. Esto me sucedía ya en el Instituto. Borrell continuó.

—¿Por qué? ¿Qué te ocurre?

—Estoy enferma, muy enferma...

—Pero, ¿de qué?

—¡No sé! Me han visto los médicos y no me encuentran nada... Pero yo me siento enferma, muy enferma... Por eso he venido a despedirme y darte las gracias...

—¿Las gracias de qué?

—De todo... Mañana me voy a Madrid; voy a que me vea un médico de allí. No sé si Jiménez-Díaz

Los ojos los tenía enrojecidos cuando terminó. Nos estrechamos la mano y se fue.

Cuando Borrell terminó brillaban sus ojos y las manos le temblaban.

—No hay que enamorarse Luis, no hay que dejarse pescar... Aunque sea la chica más hermosa del mundo.

—Vamos hombre, animate.. Ana no tendrá nada, serán todo aprensiones tuyas; dentro de tres días la tienes aquí.



—Me lo llevé al «Túnel Negro» para que se animara, pero el vino le dió triste y fué peor el remedio que la enfermedad.



En plenas fiestas de San José, Muñoz se presentó en casa. Tenía un aspecto deplorable y cansado; sin embargo los ojos suyos tan vivos no habían perdido brillo hundidos en el cuero amarillo de su rostro.

—¡Luisitín!— saludó muy efusivo. Nos sentamos.

—¿Qué hay cómo te va?

—Bueno mira, vamos al grano— continuó rápidamente. ¿Cuánto dinero me puedes dejar?

—¡Hombre, ahora en fiestas!

—Lo necesito de verdad y con urgencia...

Había pescado una enfermedad y necesitaba inmediatamente ponerse en tratamiento sin que sus padres se enteraran de nada.

—Dinero no tengo nada. Pero podemos vender algún libro.

—A ver, a ver... Vamos a verlos.

Lo llevé a mi habitación donde tenía unas estanterías y un armario pequeño con libros nuevos y viejos, algunos muy viejos, regalados por la tía. Con ojo de experto los fué mirando.

—Por este nos darán bastante.

Era una historia de Napoleón escrita por Walter Scott, muy bien encuadernada. La llevamos a Balaguer y nos dió doscientas pesetas por los siete tomos. Muñoz cojeaba al andar.

—Pero, ¿tan mal estás?

—Pèsimo— me dijo con cara compungida.

Con más calma me fué dando detalles de su vida. No aparecía por la Facultad ni hacía nada de provecho.

—¿Y Encarna y Conchita?

—Conchita tiene un chulo y a la Encarna se la llevaron a las monjas de Carabanchel por ir buscando por la calle a los chorlitos.

—¿Y lo de las inyecciones?

—Hay mucha competencia y mucha vigilancia... Sigo poniendo, no ereas, pero menos que antes... Está todo que es un asco.

Con su pierna renqueante y la gente que llenaba las calles con motivo de las fallas, íbamos a un paso de tortuga.

— Las pesetinas te las devolveré.

— Cuando puedas...

—A propósito —me dijo con más vivaci-

dad -- ¿Tienes ropa usada para vender? Ahora es un buen negocio...

A veces tenía que cogerse a mi brazo para no caer. Salimos a la Plaza del Caudillo.

—¿Por qué no montas algún negocio? Yo creo que más que estudiar, eso es lo tuyo.

Me habló con entusiasmo de montar una ropavejería o un baratillo de libros usados. Llegamos a la plaza cuando comenzaban a explotar las carcacas de la «dispará» en el aire

—Vamos por aquí —me dijo — No estoy para ruidos.

El eco de las explosiones nos acompañó un buen rato.



El humor de López, día a día, se agriaba



más. Subía mucho a nuestra Facultad y le gustaba soltar palabrotas delante de Quirino, un muchacho muy bueno y muy católico al que sabía que así molestaba.

Comenzó a cortejar asiduamente a Conchita, una ninfa, no muy guapa pero muy dicharachera y simpática.

—López, te veo enamorado.

—Eso queda para los tontos— decía riendo, extraviando los ojos delante de alguna pareja que se hacía la desentendida.

Se le veía discutir acaloradamente con Conchita y reír muchas veces. Solo mirarle los ojos se sabía que reía de alguien y no de algo. A la larga llegaba a cansar.

Luego, de pronto, dejó de venir a nuestra Facultad, sin saber por qué; si alguna vez lo encontraba lanzaba sus gracias con exasperación sobre todo bicho viviente.

Si pasaba alguna chica con las piernas

gordas o mal formadas, se acercaba a ella como si fuera a echarle un piropo y le decía:

— Llevas medias de cristal... ¡de cristal de aumento!

A un tal Suñer, que estudiaba con muchos apuros económicos, se le reía en las barbas por sus zapatos rotos.

— Tiene la cabeza en los pies —decía—  
Lo digo por los ojos... de los zapatos...

A los catredráticos les llamaba los tiranos y decía que lo único que perseguían era fastidiar al pueblo. El lo decía con otra palabra.

Hablé con Conchita y me dijo que se le había declarado y ella le había dado calabazas.

— Es un chico que para pasar un rato con él no está mal, pero para novio ni pensarlo...

Desde entonces cuando yo le hablaba de ella, se desataba la lengua en improperios y

decía que era esto y lo otro y que su padre era un sinvergüenza y su madre... Quería reír pero no podía y los ojos malignos se le brillantaban enormemente.

En el Instituto había sido igual; nunca había perdonado que nadie sacara mejores notas que él, ni supiera más que él, ni llevara nada que él no pudiera llevar. Desacreditaba a una persona con la sonrisa en los labios y haciendo reír a los que le escuchábamos.

Esteve decía que López de enemigo debía ser algo terrible. Yo le llevé siempre la corriente y así conseguí no reñir con él, aunque sus gracias a veces, no me hicieran reír e incluso me dolieran.

Conchita lo cogió un día por su cuenta y le cantó las cuarenta.

—¿Que vas diciendo por ahí de mí?

López se defendió con medias palabras, tratando de ironizar y sonriendo. Conchita logró serenarse y le combatió con sus mismas armas.

—Tu lo que eres es un envidioso y un pobre hombre. Te crees guapo y eres una birria.

—No tanto como tú.

—Por eso mismo me dió lastima decirte que sí y defraudar a tus admiradoras...

Le vaticinó que sería un desgraciado y que se quedaría sin amigos, solo, recomido por la envidia y el resentimiento,



Como ya he dicho las fiestas me entristecían; los ruidos y los tropezones en la calle me sacaban de quicio y tanta aglomeración en todas partes me deprimía más que otra cosa. Me encerré en casa, leyendo y escribiendo, y así pasaba los días.

La tía había trasladado la camilla a la parte sur de la casa, junto a uno de los bal-



cones que daban al jardín marchito de los condes. Mientras yo leía, la tía se entretenía en hacer punto de media con mucha agilidad, pese al temblor de sus manos, con las venas azules en resalte. También leía el «Mensaje-ro del Corazón de Jesús», riéndose mucho con la sección de consultas, y otra revista de las Carmelitas de la que no recuerdo el nombre.

Hasta nuestra calma llegaban los ruidos de las tracas, las explosiones de las carcasas y las músicas de la fiesta. Pasado ya el invierno la tía se encontraba otra vez fuerte y animosa. A veces me preguntaba sino me aburría con tanta lectura y tanto papel.

--En mis tiempos eramos más divertidos...

Y yo me reía y le decía que no. Cuando me contaba en que consistían las diversiones de su tiempo, me parecían de una sosería y una ingenuidad tales, que no tenía más remedio que reirme más.

Siempre que hablaba era para recordar

algo pasado o para hablar de la familia. A mí me gustaba oírlo, por que tenía gracia para narrar sus recuerdos aunque a veces se repetiera un poco.

Yo siempre le preguntaba por el tío Eduardo, aquel que estaba en la fotografía con su gran melena sentado ante el piano. Yo sabía que se había pegado un tiro siendo muy joven y que esto constituía una vergüenza para la familia. A la tía no le gustaba hablar de él y por eso yo le preguntaba.

Decía que no podíamos juzgar y que a lo mejor en el último momento se había arrepentido y aun había podido alcanzar el cielo.

A las ocho, todas las tardes, rezábamos el rosario y al terminar los misterios, la tía añadía un padre nuestro por los difuntos de la familia. Y yo siempre me acordaba del tío Eduardo.

Lupe llamó por teléfono para que las acompañara a ella y a su prima a ver las fallas y los monumentos de la ciudad. El teléfono estaba en la portería y nos avisaba la



portera dando voces por la galería. Yo me excusé y le dije que estaba haciendo un trabajo y no me gustaba salir a la calle en esos días. También me molestaba el tener que cargar con la prima de Lupe a la que no conocía porque el día que fuimos a la estación con el bullicio se nos pasó y no la vimos.



Esteve se estrelló una de estas noches de fiestas, yendo en la «Norton» de su padre, y tuvieron que darle tres puntos en la cabeza y escayolarle un brazo.

Aquella misma tarde había hablado con él en la barraca de la Falla Universitaria. La barraca o la alquería era un bar y salón de baile que plantan todos los falleros para divertirse durante los días de San José. Parecido a las casetas de la feria de Sevilla, pero en otro ambiente.

Esteve era uno de los organizadores de

la Falla Universitaria y yo no tenía dificultad por tanto, para entrar en la barraca. Aquella tarde no tenía ganas de rezar el rosario y salí de casa con una excusa. Pensé meterme en un bar, pero entonces me acordé de la barraca y me fui a ella.

Los asistentes eran todos señoritos y niñas bien que bailaban con los rostros congestionados y las caras muy juntas, abrazados. Esteve bebía como un bárbaro y estaba también congestionado. Estaba con gente que no conocía; nos saludamos y él se fué con sus amigos.

Sentados en grupos, los niños y las niñas bien se abrazaban con toda naturalidad, excitados por el vino, el calor y el ritmo de la música, (luego estas señoritas reñirían a la criada por no ir a misa o mirarían con ojos fieros al que las rozara involuntariamente en el tranvía).

Había tanta gente bailando que las parejas se abrazaban sin apenas moverse.

Allí estaban Max, Grau, García, compa-



ñeros que habían sido de Instituto. Grau estudiaba en Barcelona. Todos tenían alguna chica con la que bailar y divertirse; quisieron presentarme, pero a mi me era lo mismo, a si que me salí a la barra y estuve bebiendo.

Llegaron unos con unas coristas muy pintadas del espectáculo de Celia Gámez que estaba allí al lado en el Principal. Los señoritos y las niñas bien protestaron y no las dejaron entrar. A mi me indignó su hipocresía, su moral acomodaticia y levítica.

Me sentía solo y un poco exaltado y triste por lo que había bebido. Esteve y sus amigos cantaban en francés una canción plagada de cochinadas. Todos tenían los ojos colorados y pequeñitos.

Entonces pensaron, no sé para qué, ir al puerto en el coche de Santonja un sietemesino amarillento, con aires de mandarín.

Según decían en el camino, un poco antes de llegar al puerto había una tasca, en la

que servían vino de Yecla, unas chicas estupendas y amables.

Subieron cinco o seis en el Ford y Esteve los siguió en la moto, armando ruido y pasándoles, chillando y levantando la mano. Antes de llegar a la plaza de América, se estrelló contra un plantanero enorme.

—Menos mal que la casa de socorro está cerca— dijeron los amigos.



La prima de Lupe, Rosa, se marchó apenas quemadas las fallas. Las clases se reanudaron por diez días, para dar paso enseguida a las solemnidades de Semana Santa. Lupe me preguntó con ironía sobre el trabajo que había hecho durante las fiestas y yo le dejé un cuento largo que había escrito pensando en ella y que le gustó bastante.

Sobre las plantas verdes, a los pies de

Luis Vives, volaban las mariposas blancas y amarillas y Lupe me las señalaba ingenuamente con el dedo.

Sin embargo la notaba diferente, más nerviosa, mirando a otras partes cuando yo le hablaba o cuando creía que yo no la veía. No le dije nada, creyendo que sería cosa de la primavera y más tarde le pasaría. Noté que mis palabras le aburrían y llegó a evitarme algunas veces. Había perdido algo de su tranquilidad, de su alegría de vivir, aunque trataba de disimularlo riendo insinceramente por cualquier motivo.

Llegué a pensar si Lupe no se habra enamorado un poco de mí y estaba resentida por mi negativa a su llamada telefónica por fallas.

Me costó mucho convencerla para que no entráramos en la clase de don Jesús y nos fuéramos a pasear, como habíamos hecho otras veces. Teníamos que hablar seriamente, así se lo dije.

Fuímos por la Pasarela, hacia la Alame-

da, hablando de asuntos sin importancia. El río era una pradera verde, rota por un cauce estrecho lleno de barro y agua sucia y estancada. Los árboles del paseo comenzaban a cubrirse de hojitas verdes.

— Y bien, ¿qué es eso tan importante que tenías que decirme?

Ahora me sentía sin fuerzas para decirle lo que había pensado y tenía miedo de que se riera de mí, como siempre me ocurría con Lupe cuando hablábamos de asuntos personales.

— Vamos a sentarnos.

Lo hicimos en un banco blanco, bajo las ramas de una acacia que desprendía sus florecitas blancas al menor impulso del viento. Parecía un árbol de verbena.

— Lupe, ¿que te pasa?

— ¿A mí? Nada— contestó haciéndose la sorprendida.

— No sé... te noto diferente... algo rara...



—Será el tiempo — dije riendo.

—Vamos a hablar en serio, Lupe ..

—En serio, Luis. — Y me miró a los ojos

—Lupe, ¿cuantas veces te has enamorado en tu vida?

--No sé. Muchas, infinitas... Y al verme serio se contuvo— Bueno no tantas...

--Ahora, ¿estás enamorada?

—Si...

—¿De quièn?

—¿De quién? De la vida... De todo... De esta acacia, de todos los árboles, de las flores, de ti... De todos los hombras... (Se habia levantado riendo) ¡Que chiquillo eres!

Era verdad. Aun teniendo los mismos años, ella era mucho mayor que yo, superior a mí... Me cogió la mano y se volvió a sentar a mi lado. No se porqué, comenzaba a estar desesperado; la conversación no la dominaba yo como habia pensado, sino ella.

— Y ahora te has enfadado, porque me río... ¡Que chiquillo eres! Te crees que estás enamorado de mí, porque te gusta hablar conmigo, ¿a que sí? Mira, yo he tenido un novio nada más y le quise tanto, que aunque crea que me olvido de él, siempre lo tengo en la memoria. A veces creo que lo he olvidado del todo y no es así... Nunca se olvida del todo... A lo mejor se me pasa cosa que dudo, y a lo mejor no... Tu eres un buen chico, bueno simpático, inteligente, pero muy chiquillo, muy crío... Te has creído que estabas enamorado de mí y no lo estás...

Dije que si; en aquel momento me hubiera dejado matar antes que negarla. Volvió a su tono de siempre:

—¿Te limpiarías los dientes con mi mismo cepillo?

Yo decía a todo que sí...

—¿Te gustaria verme comer una sandía a bocado limpio? Y la dentadura postiza

cuando la lleve, ¿no te daría asco?

Así fué enumerando cosas mas o menos absurdas, para que yo me desilusionara. Pero yo le decía a todo que sí, que nada de ella podría darme asco jamás.

—Pero, vamos a ver... ¿Cuántas veces te has enamorado en la vida? Contesta, contesta...

Protesté. Ahora era diferente.

—Tu contesta a mi pregunta.

La primera vez que creí enamorarme fué de una amiga de mi madre, cuando yo era muy pequeño. Después, en guerra me enamoré de una vecina refugiada de Madrid, que tendría veinticinco años y me besaba y me daba caramelos. Después, ha bastado cualquier cosa, un cabello bonito, una boca graciosa para que yo me sintiera tremendamente enamorado.

—En total te habrás enamorado diez o doce veces...

—No tantas.

—Pongamos siete u ocho...

Protesté nuevamente.

—Pero tu Lupe, eres la primera, la única, la que me ha hecho sentir cosas diferentes... A la que quiero y querré siempre con toda mi alma. Me quedé callado; las negativas de ella, me habían hecho exagerar un poco y salir rápidamente de la duda de dos o tres días antes.

—No digas tonterías— repuso ella. Eres más crio de lo que yo creía.

Yo me quedé mudo, con otro amor desesperado por dentro. Ella habló tratando de convencerme de que no estaba enamorado. Yo no protesté. Solo me sentía desgraciado.

Volvimos por el puente del Real. Los soldados montaban guardia ante las puertas de los cuarteles, y los de Capitanía con casco iban de un lado para otro de la puerta marcialmente.



—No seas tonto y seamos buenos amigos.

No tenía ganas de hablar y en aquel momento, mis sentimientos eran sinceros.

Nos despedimos. Después de esta conversación, nos alejamos bastante, hasta que ni nos saludamos después de lo que ella hizo al poco tiempo.



Santos trabajaba por entonces en su novela, y en las clases sacaba en los últimos bancos un sobre grande y amarillo, y se ponía a corregir. Su intención era sacarnos a todos los conocidos, cosa que no consiguió; por lo menos conmigo, que según él era un tipo demasiado resbaladizo.

Soledad tenía máquina de escribir en su casa y le ayudaba a pasar en limpio muchas cuartillas.

La novela la fué leyendo por capítulos en casa del médico Salazar, entre el aplauso de toda la concurrencia. Así fué como consiguió interesarme algo en aquellas reuniones, pues me dijo que si no iba a ellas no la leería jamás, cosa que tenía interés en hacer, sobre todo sabiendo que nos sacaba a Lupe y a mí.

En aquellas reuniones conocí a gente interesante, pintores y escritores de más o menos vuelos, pues como ya he dicho, Salazar estaba muy bien relacionado.

Las discusiones las llevaban en un plan versaileco, llamándose muchas veces señor y sin atreverse nadie a decir las cosas claramente. Salazar llevaba la voz cantante y citaba con mucho efecto a Ortega, a Sartre, Anouhil o a Flammarión; lo mismo le daba. La cosa era citar a alguien. Hablaba reposadamente, con su hermosa voz de barítono. Con bastante frecuencia citaba también poemas suyos.

— Como yo he dicho en mi poema —va-

cilaba un momento— «La rana gris», creo que es..

A mí me molestaba su lentitud en el hablar y la vaciedad de lo que decía.

Cuando alguien acababa de leer Salazar era el primero en hablar:

—Muy bien, señor Miguel— solía decir batiendo dos o tres veces las palmas sin hacer ruido.

Casi siempre las reuniones se celebraban con una luz tenue y difusa. El que leía, tenía a su mano una lámparita de pie, pequeña. Siempre, me fijé, sobre la frente despejada y el arranque de los cabellos grises de Salazar incidía un rayo de luz. Las primeras veces causaba su efecto, pero a los tres días, uno se daba cuenta de que aquello era cosa preparada.

Entre los jóvenes que allí acudíamos, recuerdo a Sos, un muchacho alto y delgado, rubio, con toda la cara llena de cicatrices y unas manos que siempre daban la sensación

de estar húmedas y pegajosas. Estaba escribiendo una novela parecida en su corte a las de Miró; es decir una literatura sensual, pegajosa y enfermiza, tal como era él físicamente. Incansable y meticoloso en las correcciones de forma, nos leyó por lo menos diez veces el primer capítulo de su novela, con pequeñas variantes.

La primera vez que me dió la mano, sentí una sensación extraña, la dejó blandamente entre las mías, húmeda y fría, como un cadáver pequeñito y mojado. Tenía los ojos claros y la mirada lánguida. Cuando le conocí más, hablamos bastante. Yo le hice observar que su prosa se parecía enormemente a la de Miró. Y él me confesó que jamás había leído nada del autor alicantino.

—Será por intuición...

Todo aquello que no lograba razonar, era para Sos intuición. La literatura, el amor, el destino, eran frutos de la intuición...

—Me preguntan como escribo... ¡Y yo



que sé! Si hubiera reglas fijas para hacerlo, yo no escribiría, no podría hacerlo... Eso es algo que está en uno, que nace con él...

Gustaba de hacerse el desgraciado y nos contaba su vida en Fortaleny, un pueblecito cercano a Sueca, como si fuera un folletín. Decía, yo creo que con orgullo, que siempre había sido un niño enclenque y enfermizo y que los demás chicos del pueblo, se reían de él y le tiraban piedras.

Una vez le habían descalabrado por completo, dejándolo en mitad de la carretera sangrando. Otra, le habían tirado como un guñapo a una acequia sucia y maloliente. Y aunque le pagaran, él no sentía deseos de defenderse, porque sabía que era débil.

Su padre le despreciaba, porque se pasaba el día soñando, encerrado en su cuarto, con un perro entre los brazos, acariciándolo sin servir para los trabajos del campo.

—Cuando acabe esta novela, quiero hacer otra, contando las desventuras de un joven de pueblo que llega a la ciudad, que-

riendo ser literato, y le toman el pelo.

Le informé que Eça de Queiroz tenía una novela que a mi me había gustado mucho, sobre el mismo tema. Pareció ofenderse.

—Me ha fastidiado... ¡No debías haberme dicho!— como si yo tuviera la culpa o hubiera influido de algún modo, para que Eça de Queiroz le pisara el tema

Al final cuando los asiduos a casa Salazar nos conocíamos todos, nos hartamos de sus lástimas y de su capítulo de su novela inacabada. Era un suplicio oírle leer siempre lo mismo, con su voz gangosa y sus vocales abiertas. Narraba una fiesta en el pueblo, de una forma muy sensual, y la conversación entre dos niños, refugiados en un pajar, uno de los cuales quiere ser escritor y la otra bailarina.

También nos contaba que ninguna mujer le había hecho caso jamás y que más bien con todas las que había intentado algo, se le habían reído. En el fondo estaba orgulloso de su persona, de ser débil y enfermizo y de



causar lástima; se creía muy superior a nosotros, porque era diferente y al lado de lo suyo, lo que nosotros escribíamos no valía nada.

Algún tiempo despues presentó su novela, trabajosamente terminada y trabajosamente cursi palabarrera y pesada, al Premio Nadal de Barcelona. Salazar dijo que había hecho bien y que los jóvenes, con él al frente, nos debíamos lanzar a la palestra.

Como es natural, la novela de Sos no obtuvo ni una sola votación.



Un tipo curioso entre los jóvenes que acudíamos a casa Salazar, era un tal Conde, que estaba chiflado por los títulos y los árboles genealógicos. Aunque parezca increíble, aun quedan tipos así.

Nosotros habíamos convertido su apelli-

do en título y le llamábamos el Conde. Llevaba un sortijón en el dedo, con un escudo que según decía pertenecía a su casa solariega y se sentía muy orgulloso de la antigüedad de su familia y de sus títulos. Había un tal Conde, que había sido gentilhomme de cámara en tiempos del rey Enrique IV (que Dios guarde) y se tenían noticias de otro Conde que había acompañado a la reina Isabel en la conquista de Granada.

A mí que un antepasado mio le pusiera los calzoncillos al rey, nunca me ha producido gran entusiasmo. Pero por lo visto hay gente que si se siente orgullosa de esto.

Conde, cuando hablaba, procuraba citar el mayor número posible de títulos y encomiendas y hacernos ver que se relacionaba con lo mejor de la nobleza valenciana. A mi estos perifollos me daban una risa espantosa.

—Presumir en Valencia de nobleza es idiota— le decía yo a Santos. Los nobles de aquí, provienen todos de antepasados labradores y aun ahora, los que tienen algún di-



nero, lo tienen en arroz o en naranjas. Es una nobleza de la tierra, del comercio y de la trampa... Si se investigaran bien los árboles genealógicos de nuestros nobles, en todos ellos, aparecería un moro o un judío, que fue el que echó los cimientos monetarios del título. Y si se investigara mejor, se vería que la mayoría de los actuales representantes de la nobleza española, son descendientes del primer duque o del segundo conde, por línea bastarda.

Santos decía que esto seguramente ocurriría en todo el mundo y yo le daba la razón.

Conde nos leía unas berzas que componía, exaltando a sus antepasados, cubriéndolos de laurel y de gloria por el menor motivo. Nos reíamos de él, pero lo soportábamos porque era buena persona.

Tenía una hermana a la que yo conocía de haberla visto con él. En cierta ocasión me llevó Muñoz, que se había metido en nuevos negocios, por curiosidad, a una subasta, en la calle de Jorge Juan. Entre los

asistentes, estaba la hermana de Conde y una señora vieja, con cara de badila, que lo miraba todo con curiosidad y se colocó en primera fila al comenzar el acto.

—¿Quién es?— le pregunté a Muñoz que estaba muy metido entonces en negocios de compra-venta.

—¿Esa? Una prendera.

— Pero, ¿cómo se llama?

— La viuda de Conde...

— Aquí está la nobleza— me dije yo.



Alguna tarde, Salazar, nos anunciaba la visita de algún artista ya consagrado, como decía él, al que mirábamos como a un fenómeno. Por lo general, estos señores no decían nada que a nosotros nos pudiera intere-

sar. Entre los pintores conocimos a varios:

Lozano estuvo una tarde muy poco tiempo y por compromiso. Era un señor muy bien con buena presencia, muy reservado, que hizo algunas observaciones atinadas sobre pintura francesa. Sus cuadros estaban bien y daban sensación siempre de horizonte ancho y abierto. D'Ors lo seleccionó para su exposición breve de Arte y le dieron primera medalla en la Nacional.

Narciso Lapuerta, tenía un tipo de tenor italiano y hablaba mucho. Según dijo trabajaba todos los días durante seis o siete horas. También fué primera medalla por un retrato de Azorin.

Entre los más jóvenes y más asequibles, vinieron Lloréns que empezaba entonces; Vento, el que luego decoró una sala en el nuevo edificio de la Diputación; Gil, que hizo los frescos del Ateneo y levantó un gran revuelo sin motivo. Estos dos últimos con grandes condiciones para el fresco, por la composición y el colorido, más que para el simple cuadro.

Hernández Mompó, preocupado aquellos días por el servicio militar, por su inminente marcha al campamento de Ronda y por pintar al último grito de la moda francesa.

Genovés, con un gran oficio y un espíritu de sacrificio envidiable. Este, junto con Adela Parrondo y otros, inauguraron en España las exposiciones al aire libre, colgando sus cuadros en el Retiro madrileño.

Michavila, Hueso, Castellano, mas grabador que pintor y muchísimos otros...

En cierta ocasión fuimos al estudio de Oliver, un muchacho que hablaba enredado, sin poder pronunciar las erres. Lo tenía bien puesto, con objetos raros, como caretas mexicanas, una pipa india, un cacharro ibérico... Por la tarde llegaron unas negras de un espectáculo folklórico que actuaba en Apolo y se armó la marimorena.

Los vecinos protestaron del ruido y nos fuimos todos a la Alameda donde terminó la juerga, bajo las estrellas.



Otros que fueron a casa Salazar, entre los que recuerdo:

González Martí, que con su silueta de venerable patricio, nos leyó unos cuentos valencianos, anticipo de los que después serían publicados bajo el título de «Contes del pla i de la muntanya».

Almela y Vives, que con su risa de oro, en lugar de poeta y erudito, parecía un comerciante.

Martín Domínguez, que había publicado un libro capital sobre Valencia y tenía una palabra fácil y amena y un rostro de huertano.

Jesús Picallo, cuyas obras de teatro no nos gustaban nada.

Samper, médico y novelista, con su cara de buho listo, nos confesó que escribía novelas rosas bajo seudónimo. También nos hizo conocer las primicias de «Tejadillo» que después quedó finalista en el premio Nadal.

Entre los músicos vinieron:

Palau, maestro sencillísimo y entusiasta, discípulo de Ravel.

Andrés, forjador a pulso de numerosas voces de éxito, con su piel de marfil y su boca sumida.

Josefina Rodador, que estrenó allí una canción de cuna, con el beneplácito de todos y en especial de su maestro y marido Vicen- te Inocencio, pequeño listo y resignado...

Escrivá, el pintor y gran conversador, no faltaba casi nunca a nuestras reuniones. Confesaba con vergüenza que había llegado a doctorarse en derecho... Su gran cultura, yo creo que le impedía trabajar más y mejor.

Meliá, era de todos el que tenía más aspecto de sabio. Unos chiquillos, habían escrito en la puerta de su casa estas palabras «Pygmalión es un savio». No sé hasta que punto llegaba su inteligencia, porque de cuestiones astronómicas y matemáticas nunca he entendido demasiado, pero gran conversador y ameno sí lo era. Con su chambergo y su melena era uno de los tipos

más populares de toda Valencia. Yo a veces lo veía en el mercado, comprando lechugas y leyendo el periódico. Siempre para todas las mujeres, tenía una sonrisa maliciosa y bien intencionada al propio tiempo. Una sonrisa de ángel admirado.



Al poco tiempo yo me di cuenta del peligro que nos acechaba en aquellas reuniones. Ibamos unificando nuestro criterio y nos falseábamos; buscábamos el aplauso inmediato y escribíamos, no como a nosotros nos gustaba, sino como sabíamos que les agradaba a los demás.

Sobretudo esto se notaba en Miquel, que tenía un carácter tan impresionable que adivinábamos sus lecturas a través de lo que nos leía.

Poco a poco espaciábamos nuestras visitas, hasta que no aparecimos más por casa del

médico. El verano con su dispersión nos ayudó a despedirnos.



—Más qué la brutalidad —le dije yo a Santos enzarzándonos en su tema favorito— yo creo que el carácter que nos distingue de los demás pueblos, es el de oposición. Nos oponemos a todo: a lo bueno y a lo malo.

—Lo cual sigue siendo una brutalidad.

—En el siglo pasado, la oposición al gobierno, era siempre más fuerte que el mismo gobierno. Pero bastaba que la oposición fuera gobierno para que al mismo instante dejara de ser fuerte...

—Tu estás con Unamuno: Contra esto lo otro y lo demás allá...

—No, yo no digo que este carácter nuestro sea bueno; ni malo tampoco... Solo que



Unamuno era un español típico con todos los defectos y virtudes de los españoles y que además se analizaba y se sabía de memoria sus problemas, que al fin, eran los de casi todos los españoles ..

Derivó la conversación hacia Unamuno.

—¡Que gran envidioso!

—Si, pero un envidioso potente. La envidia no crecía en él por estrechez de miras y pequeñez de espíritu; al contrario, era una envidia radiante y grande, inmensa... No envidia de lo que los otros hacían, sino de lo que él no podía hacer queriendo... Unamuno tenía celos y envidia de Dios... Él quería hijos, quería obras, ansiaba el renombre... En una palabra ansiaba el crear de Dios. ¡Y esto no es un defecto, sino una virtud!

—Hemos sido grandes— continué yo -- cuando nos hemos opuesto a algo y solo entonces. Cuando nos opusimos a los moros, empezamos a serlo. América no se nos presentó como ayuda, sino como algo a lo que

había que oponerse, que reducir, conquistando, luchando... Y así nació nuestro imperio... Si nos lo hubieran regalado sin más, con iglesias y carreteras, ya civilizado, no le hubieramos hecho caso, como no se lo hicimos desde el siglo diecisiete hasta su pérdida. Nuestra decadencia nace, desde el momento en el que no tenemos a quien oponernos; desde ese instante en toda la península, los españoles nos dividimos en bandos opuestos e irreconciliables; nos oponemos a nosotros mismos en luchas estériles que nos cansan y nos debilitan. Necesitamos algo externo que nos amenace, para unirnos todos y oponernos a ello. Este es nuestro carácter. Don Quijote, no crea nada; se opone al mundo que le rodea. Solo que en el Caballero entra ya la locura, la bondad y el sueño. Opone a la maldad, a la injusticia, su sentido del deber; es todo un mundo de valores morales el que entra en juego; lo que es, contra lo que debería ser. Un extranjero me decía: «Yo no he visto país en el que se discuta más y por motivos mas variados que en este».

Y llevaba razón. Basta que uno opine,



para que surja inmediatamente nuestra opinión contraria. Precisamente por esta oposición rabiosa a todo, en España es más fácil criticar que crear. Basta que uno escriba algo, para que aparezcan seis sabios que despedacen la obra. Aquí el que vale, el que es reconocido como valor, indudablemente es que es alguien. En Francia parece ser lo contrario; hay toda una filosofía del chauvinismo y una buena propaganda. Aquí hemos discutido a todo bicho viviente desde Cervantes a Pío Baroja por ejemplo. ¿Qué hubieran hecho los franceses si Velázquez o Goya fueran suyos? Tenemos como pudor de presentar al mundo lo nuestro; de hacer el ridículo y que lo bueno nuestro, no sea tan bueno; y a veces es mejor.

Miedo al ridículo; este miedo lo sentimos los españoles en todos los órdenes de nuestra vida y muchas veces es una parálisis para nuestra acción. Los franceses consagran a Voltaire, a Wateau, a Corneille... Y nosotros discutimos a un Gracián, a Saavedra Fajardo, a Velázquez, al Greco, a Murillo, a Calderón y a Lope. ¿No es un poco ridículo?

—Eso es el mal de siempre. ¿No discutimos ahora, ¡todavía! las obras pensativas y novelísticas de Ortega y Gasset, Unamuno y Baroja? ¿Para qué más?



Algunas mañanas, organizábamos una huelga, todo el curso en masa, para irnos a pasear.

Nuestras huelgas eran sin ruido y sin gritos, diferentes en todo a las de Derecho. La idea de no entrar en clase partía de Sierra o de Borrell o de Santos; de uno cualquiera de nosotros. Corría la voz y nos uníamos todos. Alejo se quitaba las gafas de sol, guardaba su periódico y nos miraba sonriente por encima del hombro.

—¿Por qué no voy a entrar en clase, hoy que había venido dispuesto a hacerlo?

Siempre daba esa pequeña casualidad.



Protestaba un poco, pero siempre nos secundaba cuando llegaba la hora. Le gustaba vernos sufrir— según decía.

Vidal que casi siempre llegaba tarde a clase, como si acudiera a una recepción elegante, protestaba:

—Esto de no entrar en clase se avisa por la tarde y así, hoy me hubiera quedado en la cama.

Tenia la radio, el bar y el teléfono, junto a la cabecera de la cama y acostado, gustaba de leer y escuchar los conciertos retransmitidos, fumando o bebiendo ginebra o pipermit. Licores blancos o verdes solamente.

—Son los únicos colores que soporto en la copa.

Yo creo que en realidad el coñac no le gustaba y el wisky y los otros licores eran demasiado caros para su bolsillo.

Algunas ninfas, las buenas de siempre, protestaban y muchas veces nos estropeaban la huelga, porque si entraba una en clase,

inmediatamente, claro está, teníamos que entrar todos.

Bajábamos corriendo, en grupos, las escaleras.

—¿Dónde vais?— preguntaba Torá.

Por lo general, el gigante de las islas no nos acompañaba o se unía a nuestro grupo callado, ensimismado, sin intervenir para nada en nuestras conversaciones. Alejo aparecía cuando todos creíamos que se había ido a su casa, con la sonrisa en los labios sensuales.

Salíamos por la calle de la Nave a la Glorieta y allí bajo los árboles decidíamos adónde teníamos que ir.

Fuimos al puerto, a la Alameda, a los jardines del Real y una vez subimos al Miguelete. Con nuestros libros y nuestras conversaciones, la gente nos veía pasar sonriendo:

—Son estudiantes— decían con aire de benevolencia.

La idea de subir al Miguelete fué de Sie



rra. En el grupo habían ninfas que nunca lo habían hecho y Sierra nos convenció de que valía la pena la ascensión, para poder descansar arriba y contemplar el paisaje.

El grupo de A. C. al ver la escalera tan estrecha y oscura decidió no subir. Los demás nos enfrentamos valientemente con los cien y pico de escalones de piedra de la escalera de caracol. Santos quedó atrás con Soledad. Sierra y Borrell abrían la marcha, avisando de los escalones gastados o resbalosos, para que no cayéramos. Vidal tampoco quiso subir; el olor a moho y humedad de la escalera le tiraron de espaldas y se unió al grupo de las ninfas de A. C. esperándonos en la capilla del Santo Cáliz.

La escalera era tan estrecha y tan retorcida que teníamos que subir uno detrás de otro, tratando de cogernos a las paredes de piedra. Conforme subíamos, por las agujas de las ventanas, íbamos viendo los tejados y la calle cada vez más lejanos.

—Esto lo construyó Pere Balaguer— em-

pezó Sierra — en el siglo XIV, exactamente en...

Pero a gritos no le dejamos terminar.

—¡ Abajo la erudición !— chilló uno

Casi llegando a la terraza, Lupe, que iba detrás de mí, resbaló, pero Alejo la sostuvo en sus brazos. Arriba, a pleno a re, Sierra nos recitó unos versos del «Poema del Cid» que se sabía de memoria:

*Adeliñó mio Cid— con ellas al atàcer  
allà las subie— en el más alto logar  
Ojos bellidas— catan a todas partes  
miran Valencia— como yaze la cibdad,  
e del otra parte— a ojo han el mar  
miran la huerta— espessa es e grand,  
e todas las otras cosas— que eran de solaz;  
Alzan las manos— pora Dios rogar,  
desta ganancia— cómmo es buena e grand*

*El inbierno es exido— que el marzo quiere entrar.*

De una sola mirada circular, se veían las huertas verdes, los tejados pardos y el mar azul. Los pueblos se hundían en los montes pequeñitos y rojos, aúpandose por el amplio



valle hacia el mar, lejano y brumoso. Los sonidos nos llegaban rumorosos, amortiguados, como zumbidos de abejas trabajadoras y lejanas.

— Es curioso comprobar— decía Santos— que poco ha cambiado la fisonomía de la ciudad, mejor su distribución (casas y árboles, huerta y secanos, villas y despoblados) desde la composición del «poema» hasta nuestros días. La descripción del juglar, exacta, sin retórica, es válida para hoy...

Pero yo no le hacía demasiado caso, ocupado simplemente en mirar, en ver imaginativamente la ciudad enorme, acostada y desnuda de un futuro no muy lejano. Y al orgullo de ciudadano, se mezclaba una cierta tristeza. «Pronto — pensaba— las casas crecerán tanto, que esta pobre torre, se quedará viejecita y desbordada... ya no será la torre de la catedral, la campana, lo más alto que Valencia dé al cielo...»

Cuando bajábamos, vi sin querer (estas cosas siempre se ven sin querer), como

Santos besaba en el pelo a Soledad.



Otra mañana, Miquel con mucho secreto, nos llevó al puerto. Por la noche había entrado, con averías, un submarino alemán y lo estaban reparando provisionalmente y a escondidas, para que pudiera salir de nuevo a la mar.

Al día siguiente Miquel escribió un cuento de guerra, con submarinos fantasmas y destructores ingleses. Lo cierto es que no vimos nada, aunque nos pasamos toda la mañana en el puerto esperando a que saliera. Santos se había alejado bastante de mí, sin saber porqué. Yo lo sentía. Se le veía más pálido y más delgado que nunca, cabizbajo y solitario. Solo al ver el mar se le abrían los ojos y parecía más contento.

Ibamos por la escollera, hacia el Faro,

para ver salir el submarino. Santos se detuvo contemplando el mar y yo hice como que me ataba el cordón de mi zapato para quedarme con él. Miquel, Borrell y Sierra, tomaron bastante delantera.

—No me canso nunca de mirarlo— me dijo refiriéndose al mar.

Y era verdad. En sus poemas, en su novela, hablaba del mar con cariño, con unción. Hasta sus versos secos, castellanos, transcendían a ola.

—Oye Santos, yo creo que estás enfadado conmigo desde que leí tu novela y la critiqué...

—¿Por eso no hablas conmigo como antes?

—No, el que no hablabas eras tu...

—¡Que tontería!

Nos dimos la mano.

—Después he leído la novela y he visto

que no valía nada... Le falta fuerza, alma... Está bien construida, eso sí, pero... Tenías razón cuando dijiste que no te gustaba.

De las novelas y el mar, pasamos a las mujeres.

—¿Y Lupe?— me preguntó.

—Ya ves, nada .. Tu te empeñaste en que éramos novios.

Le pregunté por Soledad, pero esta vez no se enfadó.

—Una buena chica...

—¿Entonces es tu novia?

Miquel se volvió llamándonos.

—¡Pero que manía! Ya son seis o siete los que me lo han preguntado.

Quedó un momento en silencio. Después sacó la cartera y me tendió una fotografía.

—¿Te gusta?



Era la imagen de una mujer, casi una niña, alegre y bastante guapa.

—Si ¿Quién es?

—Mi novia.

—¿Tu novia? ¡Que callado te lo tenías! ¿Es de aquí?

—No, de Madrid.

Volvió a guardar la fotografía en su cartera como arrepentido de haberla sacado, de haberse sincerado conmigo.

—Vaya, vaya—bromeé yo—De Madrid... ¿Cuántos años tiene? En la foto parece joven...

—Sí, en la foto tendría quince o dieciseis años... No se lo digas a nadie, ¿eh?—dijo Santos. Despues se quedó callado mirando a las olas sin ver.

—Se murió hace un año, allá en Madrid —dijo sin mirarme— Yo no sé lo que pasó... Apenas duró una semana.

Se encogió de hombros.

—Os vais a perder el submarino— chilló Miquel desde lejos.

—¡Vamos!— gritó yo sin apresurarme.



Con Santos no sabía uno nunca a qué atenerse. Tan pronto besaba a Soledad en la melena, como estaba dos días sin hablar con ella.

Soledad era tan callada que no creo llegara a hablar con ella más allá de tres veces; jamás la oí opinar sobre ningún asunto ni discutir con nadie. A pesar de ello debía ser lista según lo demostró en los exámenes de final de curso.

Le llevaba los libros a Santos, le esperaba mientras hablaba con nosotros, buscaba por él en el fichero de la biblioteca, le toma-

ba apuntes y fichas... Tan callada y sencilla parecía la imagen de la fidelidad.

Santos tan pronto parecía entusiasmarse por ella, como desilusionarse definitivamente. Claro que ahora, yo, estaba en mejores condiciones de entender su conducta.

Los ví alguna vez paseando uno al lado del otro, sin hablar nada, despacio y al parecer aburridos. Yo no sé qué pensarían.



A Esteve después del accidente de la moto, no había vuelto a verle. Acudía algunas veces según me dijeron a las clases de la Facultad, pero no estudiaba nada.

Quirino, uno de Derecho, muy sante, que antes de entrar en la Universidad pasaba siempre por la iglesia del Patriarca, me dió el notición.

—¿Y tú cómo le sabes?

—Pues no sé quien me lo ha dicho... Esas cosas en este pueblo se saben enseñada.

La noticia efectivamente se confirmó. Esteve se había fugado con la hija de su portero a Barcelona. Los padres estaban desolados.

—Y en mi propia «Norton»... Se han ido en mi propia Norton— clamaba el señor Esteve.

No quisieron llamar a la policía; se les notaba una gran pena a la par que una gran benevolencia, quizás por aquello de que, «quien esté limpio arroje la primera piedra...»

La portera se pasaba el día llorando y su marido, con los ojos brillantes y fijos, solo decía:

—La mato... la mato...



Al principio no sabían con qué dinero se habían ido, pero después comprobaron que faltaban en la casa algunas alhajas y que del armario habían desaparecido dos mil pesetas.

Los padres de Esteve salieron inmediatamente en su busca y tardaron por lo menos dos semanas en volver. Los encontraron en una pensión de las Ramblas viviendo tan tranquilos. Cuando tras muchas pesquisas llegaron a la pensión la patrona les dijo:

— Sí, viven aquí, pero no están... Se han ido de excursión.

Y cuando llegaron Esteve dijo con toda naturalidad:

— Pensábamos volver ya a Valencia...

El padre le pegó un bofetón, con toda la razón del mundo me parece a mí, pero la madre lo abrazó llorando.

Ya en Valencia, Esteve desapareció por una temporada. Se fué a estudiar a una finca suya en Requena. Y el asunto de los porteros

se arregló con dinero sin que hubiera sangre desde luego.

Cuando volvió de Requena, Esteve contaba la aventura con toda naturalidad, más aún, como si tuviera una gracia enorme.

— Tu eres un sinvergüenza — le dije yo.

— Ya lo sé... ¡ Que le voy a hacer !

Por lo visto también era un cínico.



Muñoz me pidió que le presentara a Miquel para no sé qué negocio en el puerto. Quería nada menos que entrar un alijo de tabaco americano para negociar con él. Lo tenía todo previsto; el tabaco se lo remitían unos parientes desde Orán. Pero Miquel lo disilusionó, diciéndole la gran vigilancia y severidad que había en toda la zona portuaria.

El último negocio de Muñoz había sido vender estuches de disección en la Facultad de Medicina, en combinación con un representante de material quirúrgico. Lo del tabaco rubio no pudo ser y Muñoz se lamentó de ello. Hablamos de Esteve y me contó lo que le había sucedido a él.

Tenía en su casa una muchacha de servicio bastante guapa según me dijo. La chica se arreglaba mucho y le buscaba las vueltas con roces y tropezones «involuntarios». Total que llegaron a entenderse hasta que los descubrieron.

—Yo me levantaba por las noches y me iba al cuarto de la criada. Por las mañanas, antes de que se levantara mi madre, yo volvía a mi habitación. Por lo que son las casualidades: aquella noche cenamos sepia, a mi madre le sen ó mal y tuvo que tomar bicarbonato...

—Te pilló...

—Me cogió en mitad del pasillo, sin pan-

talones y andando de puntillas... ¡Imagínate y todo por una casualidad! Si llegamos a cenar otra cosa no hubiera pasado nada... ¡Maldita sepia!

Continuó.

—Ahora tengo otra totalmente diferente a las demás.

—Me lo dices como si se tratara de un sello de Tanganica.

—Acompáñeme; es ahí en la calle de Miñana...

Al pasar por la Universidad, Torá salía. Los presenté y se fueron juntos a la casa de la calle de Miñana.



Con la proximidad de los exámenes, todos estudiamos más que de costumbre. La biblioteca se veía más concurrida que nunca



y los libros de consulta, no se podían atrapar con facilidad. Hasta las cotillas de los otros cursos pareció que se ocupaban menos de nosotros para dedicarse a estudiar. Los apuntes corrían febrilmente de uno a otro y las papeletas de las convocatorias, pronto aparecerían en el tablón de anuncios.

Los sábados comenzaron a aparecer los estudiantes vestidos de milicios, haciendo sus preparativos para la instrucción premilitar en Konda. Algunos presumían con las chicas y se dejaban ver como si fueran generales; otros iban vencidos y avergonzados dentro del horrible traje kaki.

Ahora trabajábamos por todo lo que no habíamos hecho durante el curso y muchas noches se pasaban en vela.

Yo soy un dormilón incansable y no me quedé ni una sola noche a estudiar. Borrell y Sierra presumían:

— Con esta van tres noches...

Se percibía nerviosismo en todas nues-

tras actividades, en nuestras conversaciones... Solo Alejo se mantenía sereno, fumando incansable, acodado desmayadamente en la barandilla, entre las columnas toscanas.

—¿Por qué os preocupáis? —decía— Si esto está «tirao» .. Estudian solo los que no son inteligentes...

Hablaba con la sonrisa en sus labios gordos y mojados. La tía que estaba en todo me decía:

—¿Y tú, cuándo estudias? Porque pronto tendreis exámenes...

Alguna noche salí al cine y fué curioso ver a la una de la noche muchos balcones encendidos. Me imaginaba ante el libro gordo e indigesto, el rostro demacrado y somnoliento del pobre estudiante. Cerca la taza de café o las pastillitas de simpatina.

Entonces me daban remordimientos de haber ido al cine y prometía solemnemente dejar la novela que estaba leyendo ¡y estu-

diar sin remedio al día siguiente.



Por estas fechas ocurría el crimen de la Calle de la Nave. A Sos, el muchacho que había conocido en casa del médico Salazar, fui a verlo al hospital con Muñoz, que andaba por allí como si estuviera en su casa.

Sos estuvo entre la vida y la muerte mucho tiempo, delirando y con las manos más largas y sudadas que nunca.

Al otro, que era un chulo, lo metieron en la cárcel. Como siempre en estos casos hubo una mujer de por medio. Sos fué dos ó tres noches, llevado por unos amigos, al «Olimpia Ring», una sala de baile grande y destartalada, llena de criadas y de fulanas. Allí conoció a Adela.

Adela, una pobre chica que vivía en una pensión de la Calle de la Nave, pareció ena-

morarse de Sos. El chico que nunca había tenido la suerte o la desgracia de que una mujer se interesara por él, cayó como un pajarito. Una de las noches, yendo hacia la pensión, Adela, creyó que uno les seguía, pero no hizo caso. Se siguieron viendo, sin que ocurriera nada entre ellos porque Adela Paraba los pies a los deseos de Sos, y lo mantenía con mucha mano izquierda a raya. Continuaron viéndose en el «Olimpia Ring» y paseando juntos.

Al llegar a la Calle de la Nave, Adela despedía siempre a Sos, a la puerta de la Pensión. Hasta que una noche le dejó acompañarla hasta la puerta del segundo piso, que era donde ella vivía. Sos no había reparado, y si lo había hecho no le había dado importancia, en el hombre que les seguía casi todas las noches.

Subieron la escalera sin darse cuenta de que alguien había cerrado el portal que Sos dejara entornado para poder salir sin armar ruido. Llegaron al segundo piso y Sos trató



de besar a Adela. Entonces oyeron los pasos que se aproximaban y ella se asustó. Pero Sos la retuvo porque no la había podido besar.

—¡Que viene!— dijo Adela.

Efectivamente, llegó hasta cerca de ellos un bulto que se aproximó resoplando a la chica.

—Te dije que te mataría...— le clavó una navaja.

—¡Luis!— gritó Adela.

Sos, despavorido echó a correr escaleras abajo. Pero Luis le siguió. El portal estaba cerrado y en la oscuridad y con el nerviosismo, Sos no daba con el pestillo.

Luis le agarró y comenzó a maltratarlo. Había en el patio varios cajones de gaseosas, que guardaba allí el dueño del bar de al lado. Cogió una botella y con ella, con el

vidrio gordo, dejó a Sos marcado, medio muerto.

Luis era un antiguo novio de Adela que vivía en su misma pensión. Últimamente estaban reñidos y Adela había escogido al infeliz de Sos para darle celos al otro.

Luis escapó, pero a los dos días lo cogieron en Mislata, escondido en casa de unos parientes.

Como digo, Sos estuvo mucho tiempo en el hospital entre la vida y la muerte, porque las heridas eran profundas, pero al fin se salvó.

Este hecho fué motivo para que Sos se hiciera más el lastimoso. La chica, Adela, estuvo tres días en el hospital hasta que murió. Muñoz me avisó y en el depósito pude ver su cadáver, amarillo, como de cera.

—Parece imposible que por «ésto» se hayan perdido dos hombres.

—Si, aquí todo parece imposible, pero

cuando viven, cuando están calentitas...—  
contesto Muñoz.



Ana volvió de Madrid sin saber lo que tenía. Volvió a ponerle cara tierna a Borrell y este picó otra vez.

Alejo parecía no interesarse por ninguna ninfa de la Facultad, así que el idilio, se reanudó sin dificultades. El catalán avergonzado ya no se atrevía a presumir de novia delante de nosotros. Le gustaba, eso sí, que los de Derecho que subían a nuestro claustro, silbaran al verla pasar o hicieran en voz baja comentarios elogiosos de ella.

Las clases continuaban con una monotonía extrema y yo me sentía solo y desgraciado. Lupe me huía con mucha gracia riendo, muy finamente, pero ya no le interesaba hablar conmigo.

Santos estudiaba mucho o salía con Soledad. Yo no podía estudiar, no tenía ganas de hacerlo ni podía escribir. Paseaba por toda la ciudad, por la Alameda, por las calles menos concurridas y leía. La tía se tranquilizaba creyendo que estudiaba.

Me dió un odio profundo por todo. Hubiera querido abofetear a todo el mundo, escribir una novela o una comedia de éxito inmenso, no dejando títere con cabeza, ridiculizando a la sociedad que me rodeaba, a los señoritos, a las niñas bien, a los intelectuales miopes, a la injusticia en una palabra. El mundo me parecía tremendamente injusto y yo me consideraba demasiado débil para arreglarlo. Por otra parte, ¿valía la pena preocuparse de este arreglo?

Pero puesto ante las cuartillas no escribía nada. ¿Para que? —me decía. Todo, ¿para qué?— Entonces me di cuenta del verdadero carácter de López y temí convertirme en algo parecido a lo que él era. En el fondo de sus sarcasmos, no había más que envidia e impotencia. Se reía y lanzaba sus dardos



contra todo aquello que nunca podría ser suyo: la novia guapa, el rico en su coche, el escritor de éxito.

Me di miedo a mí mismo y me volví a Dios al que tenía algo olvidado desde años atrás. En El estaba la fortaleza, la Verdad. No volvería a dudar de El. Fuè un encuentro casual aparentemente. Una tarde paseando, llegué hasta la Plaza de la Virgen y entrè en la capilla. Recè y eso fuè todo.

Mis dudas se resolvieron; metí la cabeza de un solo golpe, en el saco oscuro y luminoso de la Fé. Y se resolvió la crisis. Volví a creer y a rezar balbuciendo como si mi madre estuviera a mi lado. A lo mejor estaba. Y me sentí bueno con una gran benevolencia hacia todo.



La noticia, gracias a Dios, me cogió en

este estado de ánimo. Lupe y Alejo eran novios.

Era una larga historia que yo había ignorado siempre. Se conocían desde muy pequeños y habían jugado juntos. Antes de venir a la Facultad, en el bachiller, se habían querido y habían sido novios hasta que ella lo dejó plantado. Alejo tenía otra novia, una modistilla, con la que se divertía de lo lindo. Lupe no se lo perdonó y riñeron. Sin embargo ella continuó enamorada de él. Alejo era el hombre del que me dijo en la Alameda que estaba enamorada y del que no podría olvidarse.

Ahora comprendía las miradas, las bromas sangrantes que se gastaban y el tropezón de ella en la escalera del Miguelete. Yo no me conformaba; creía un deber hablar con Lupe, advertirla de lo que seguramente ella ya sabía. Aparentemente en la Facultad pasaron como antes sin hablarse apenas, para no dar lugar a las habladurías de las cotorras de los otros cursos; así que no me fuè difícil acercarme a ella.

Era una mañana de sol y de calor. Las mariposas volaban entre las hierbas verdes a los pies de Luis Vives. Había tantas que Lupe no podía señalarlas todas con el dedo.

—Lupe... Me han dicho que tienes novio...

—¿Quièn?

—¡Que más da! ¿Es verdad o no?

—Sí.

—¿Alejo?

—Sí...

—Bueno...— Me quedé sin saber como continuar. Lupe me miró riendo.

—Se lo que vas a decirme.

—No; no iba a decirte nada.

—Si, que Alejo es un fresco, que no me conviene... Lo sé.

—Está bien... Yo... Ya sabes que desea-

ría para ti la mayor felicidad...

—¡La felicidad! Eso es cuenta mía...

—Yo...— Iba a decirle que la quería o que la había querido. No sé... Lo cierto es que aquello había pasado ya por completo.

—En fin, Lupe...

—En fin Luis...

Pasó una nube pequeña y blanca; yo la veía irse, pero Lupe no la señaló como otras veces.

—¡ Que seas muy feliz !



Apareció la primera papeleta de exámenes en el tablón de anuncios. Casas que era un pillo, salía del cuarto de los bedeles, agitando la hojita en su mano para que todos la viéramos bien. A nuestras preguntas no con-



testaba. Seguía caminando lento, inflexible hasta llegar al tablón, seguido por nuestras voces y pasos impacientes. A mala idea se retardaba, sonriente al clavar las chinchetas en la madera, ocultando con la manga del uniforme azul y oro, el papel escrito.

— ¡ Ya vais bien... !— decía al alejarse.

A mi me interesaba saber el orden de los exámenes, para en los pocos días restantes administrarme en el estudio. Fui a Casas y me informé de lo que sabía. Lo mas inminente era el examen de Historia, con los detalles decotilleo de portera que pedía el catedrático.

Durante los días de exámenes todos teníamos un poco el aspecto de fantasmas. Ibamos de un lado para otro nerviosos, agitados, sin apenas hablar. Acababan de cortarse los libros y se estudiaba una asignatura bien o mal (casi siempre peor), en unas horas. Salían a la luz calurosa del claustro, libros llenos de polvo, enterrados en el foso, como decía Colón, desde mucho tiempo atrás.

Sierra paseaba declamando lecciones, soltando frases sin apuntador y consultando de vez en cuando el libro que le acompañaba en sus paseos. Aun yendo solo, no podía olvidar sus gestos teatrales y los movimientos exagerados y cursis de sus manos.

Las ninfas descuidaban su peinado o su pintura en pro de una mayor sabiduría. Estaban más feas que nunca, pero nuestro propio nerviosismo no nos hacía reparar en ello. Solo Soledad aparecía tan peripuesta y arreglada como siempre, sin perder aparentemente la calma. Ella y claro está, Alejo que continuaba con su sonrisa mojada y sensual en los labios.

— Vamos a ver... ¿ hoy de qué nos examinamos?

La preocupación del aprobado o suspenso propio, hacía que sus golpes de efecto, no nos impresionaran lo más mínimo.

A la pesadez de los libros se unía el calor sofocante del verano. Los autos grises

del Ayuntamiento, iban regando las calles, levantando con el agua un vaho de calina, tibio y húmedo.

Santos debía estudiar mucho, porque apenas aparecía por la Facultad, mas que en los momentos precisos de exámenes y listas. Pregunté a Soledad por él, pero no supo o no quiso contestarme.

—No sé.. Estará estudiando...— Y bajó la cabeza.



También abajo, en la Facultad de Derecho, se chillaba menos que en los días de nerviosismo precedentes a la aparición de la primera papeleta en el tablón de anuncios. Silenciosos iban entrando en las aulas.

—¡Suerte!— se decían estrechándose las manos.

—No sé, no sé...

—¿Que tal vas ?

—«Pegao», chico, «pegao»...

Al pasar los catedráticos camino de sus tribunales de examen, se hacía el silencio estremecedor.

—Es la calma que antecede a las grandes catástrofes— auguraba López riendo cuando él ya había aprobado.

Los que estaban sentados, se levantaban respetuosamente. Apuntes, libros deshechos para su mejor manejo, códigos, paseaban en brazos de los estudiantes, tratando de ser transvasados a los cerebros cansados, llenos de artículos y disposiciones.



El bedel cruzaba el patio solemnemente. Llevaba en sus manos el bombo pequeño, lle-



no de números representantes de otras tantas lecciones. La mano temblorosa del alumno, sacaba tres números, tres lecciones de las que había que elegir dos.

«El Chufa» estaba abatido, desolado. Su esqueleto, alto, desgarrado, se destrinchaba en uno de los bancos de piedra. Su nariz ganchuda, olfateaba el desastre. Era el momento de las confidencias.

—¿Que tal vas Quirino?... ¡Bah! No me contestes... Tu eres un empolión...

—Y tu, ¿qué tal?

—¿Yo?! Si me saliera la lección cuarta! Pero el cuatro no es mi número... Verás que mala suerte tengo.

Se acercaba el bedel con el bombo en la mano. Otra duda más, cruzó la frente del «Chufa»...

—Oye, ¿tu crees que el cuatro estará en el bombo?

Se levantó y se acercó al bedel. Quería comprobar si «su lección» estaba entre las otras sesenta y tantas del programa.

—Tendría poca gracia que después de estudiarla no estuviera su numerito entre los otros.

Pero el bedel, un hombre sin corazón, como hay tantos (se refería a los catedráticos) no le dejó ni acercar sus manos a las bolitas de la suerte. De la mala suerte se entiende.



Yo prefería los exámenes escritos. Podía con la pluma en la mano, extenderme más en los temas propuestos, revestirlos de una hojarasca efectista de sustantivos y adjetivos rumbosos, que causaban muy buen efecto. Mi método, poco limpio, lo confieso, pero válido en este kacht kacht-kan de exámenes y oposiciones (agárrrate de donde

puedas) era escribir todo lo contrario a lo que había leído y estudiado.

—Según dice Eugenio D'ors, y yo creo que sin razón, por esto y esto y lo otro... Goetz dice que sí, pero yo creo que...

«Me atrevía» con todo autor; cuanto más consagrado e indiscutible, más efectistas eran mis réplicas. Esto me hacía aparecer mucho más inteligente de lo que en realidad soy. Como dijo no recuerdo quien, hacer una contrarrevolución, no es hacer una revolución de signo contrario. Pero lo cierto es que mi método dió buenos resultados.



Ana durante estos días de exámenes, aparecía día sí y día no, con los ojos hinchados y llorosos. Borrell, atendiéndola sin descuidar sus estudios, estaba a punto de vol-

verse loco. Entraba y salía de la biblioteca llevando y trayendo libros.

—Pero ese libro, ¿no lo viste ayer?— le decía Visent.

—Sí, pero no se acuerda Ana de una frase y quiere verla otra vez.

Visent torcía su boca de sordomudo. Siempre que hablaba a mí me causaba una sorpresa. Salía Borrell con el libro y Ana comenzaba a llorar.

—Es verdad, es verdad... Era lo que tu decías...

Se devolvía el libro para comenzar el mismo juego cinco minutos más tarde.

La iglesia del Patriarca, frontera a la Universidad se veía estos días concurridísima. Sobre las losas negras del pavimento, aquí y allá, descansaban los libros y apuntes.

—¡Señor, si me aprueban...!— Surgían las promesas y las súplicas. Las comuniones



aumentaban en número y en fervor. El «per-  
rero», con su varal y su melena postiza, en-  
guantado de negro, tenía que abrirse paso  
dificultosamente, entre libros y estudiantes.  
Subían al coro con revuelo de cendales los  
clérigos. Sonaba el órgano, corriendo sus  
notas por las paredes pintadas, por las pilas-  
tras graníticas, por los oros de los altares.

Los viernes en el altar mayor, aparecía  
un Cristo enorme, amarillo y cárdeno... Llo-  
raba el órgano... Subían las nubes de incien-  
so, tremolaban las voces... Todo era espanto-  
samente trágico y triste...

—¿Tu crees que nos aprueban?

—¡No vamos a quedar ni uno!— oí que  
decían a mi espalda.

Verdaderamente el ambiente no era muy  
tranquilizador. Ana y Borrell pasaban todos  
los días por la iglesia. Quirino también. Y  
casi todas las ninfas.

—Dios nos ayudará... —decía Ana, casi  
sollozando.



—Escriban —decía el catedrático de  
Arte— Fijense, el tema no es difícil... «El  
esteticismo platónico en las artes medievales  
y su proyección renacentista».

Al hablar ceceaba y sonreía enseñando  
sus dientes, como si acabara de hacer una  
gracia.

—¿Eso que es?— preguntaba una ninfa  
delante de mí.

¡Pobres de nosotros, recién salidos de un  
bachiller estúpido y con nueve meses de  
desorientación sobre nuestras cabezas!

—Esto es de licenciatura— decía una  
repetidora.

—¿Qué es el estoicismo platónico?— decía otra.



Don Juan comenzó a fumar. Los exámenes era su venganza. Durante ellos solo sonreía y fumaba sin decir palabra para nada ni chasquear la lengua: ¡Bastante había hablado durante todo el curso! Iba llamando por lista, apuntando misteriosas notas, sonriendo y fumando:

—Vamos a ver .. vamos a ver— y encarraba sus ojitos negros y menudos, a los grandes y apurados de Sierra. Dígame, ¿quién mandaba la caballería, el ala derecha, en la batalla de Cisa?

Sierra comenzaba a hablar vagamente:

—Los romanos...

Don Juan insistía en la pregunta conci-

sa y concreta. Sonreía, echaba una bocanada de humo y preguntaba nuevamente.

—Asdrúbal, muerto y decapitado— se embalaba Sierra.

—¿Muerto y decapitado?— Nueva sonrisa de Don Juan y apunte misterioso en sus papeles. Continuaba la lista.

—Vamos a ver... Los romanos cruzan el Ebro. Un desastre. ¿Qué desastre es este? ¿Cómo pasaron el Ebro? ¿Donde está enterrada Gala Placidia?

¡ Pobres de nosotros, recién abiertos a la Historia de la Cultura ! ¡ Recién olvidada la lista de los reyes godos !



Salvados los malos tragos, todos conseguimos salir adelante «bastante» ilesos, por-



que los catedráticos no eran malos ni demasiado listos para percatarse de la superficialidad de nuestros conocimientos. Algunas mafas recogieron las papeletas con lágrimas. Pero a eso se redujo todo: un disgusto de horas.

Abajo en la Facultad de Derecho, los bedeles sobre los bancos de piedra, cantaban los aprobados y suspensos; a su alrededor se agitaban en semicírculo, los estudiantes, alzando los brazos para alcanzarlos. De los bolsillos sacaban las pesetas de tasa para el bedel. Había abrazos y gritos de alegría. También gestos de protesta y amargura. «El Chufa» era el que más gritaba en el centro del patio, con sus papeletas suspensas en el bolsillo.

—¿No salió la lección cuarta?— le preguntaba Quirino.

—No, no salió—contestaba consolado por momentos.

Arriba entre nosotros, todo era más íntimo, sin gritos ni empujones.

Apareció el catedrático de Filosofía, paternal y sonriente. Se acercó al grupo.

—¿Qué? ¿Muchos suspensos?

El nos había aprobado a todos por lista, sin exámen. Se alejó sonriente, un poco viejo encorvado y sucio como una institución. Fria pensando en su huevo y su gallina.



—Míralo— le dije a Santos. ¿Nos ocurrirá a nosotros lo mismo? Ahí le tienes; parece imposible que este hombre haya tenido ilusiones alguna vez; que haya estudiado en Alemania y tratado a Ortega de igual a igual...

—Esó sería hace muchos años...

—Sí, cuando aun no era catedrático y aspiraba a serlo.

—La historia de siempre.

—Y, ¿por qué ha de ser así? ¿Por qué al conseguir su cátedra, casi todos se van hundiendo poco a poco, agarbanzándose, hasta no ser nada? Nosotros no seremos así...

—¿Quién puede decir lo que seremos?

—Nosotros no queremos ser como ellos.

—Veremos cuando tengas tu cátedra y lo veas todo desde arriba.

—Eso si alguna vez la tengo.



Salimos del último exámen. El calor era ya insoportable y las ninfas estaban muy bien con los brazos al aire y las piernas sin medias. El grupo de A. C. llevaba medias y mangas hasta la muñeca y criticaba a las que no iban sudando como ellas.

Pronto íbamos a separarnos durante tres meses, para unirnos de nuevo, eso creía yo, en el Octubre aun lejano. Nos dábamos las direcciones para escribirnos durante el verano y no perder contacto. La estatua de Luis Vives, su bronce, debía arder al sol.

El último día que aparecimos por la Facultad, decidimos ir todos juntos a la playa. Así lo hicimos. Comimos en uno de los menderos una paella enorme y brindamos por todo. Yo me coloqué en la mesa de forma que no vi en toda la comida ni a Lupe ni a su novio Alejo.

Nos tumbamos al sol, sobre la arena amarilla y tostada. Desde donde estábamos, se veía la curva de la playa hasta Sagunto por un lado y la escollera, con sus piedras rojas, y el faro, con su silueta gris, por el otro.

—Lo peor de la playa es la arena—  
wildeò Vidal sentado en una silla.

Nos acercamos al agua hasta casi mojar nos los pies.



—¡Que hermosura!— exclamó Santos.



Unos días despues ocurrió el accidente. La tía teniendo ochenta años, se creía con fuerzas para todo; personalmente arreglaba sus armarios y trajinaba durante toda la mañana de un lado para otro. Yo la reñía muchas veces y le recomendaba más quietud.

—¿Qué te crees? ¿Que ya no valgo para nada? Y continuaba sus limpiezas ayudada por la doméstica interina.

Quando llegué a casa al mediodía, Valentina me abrió la puerta llorando.

—¿Qué ocurre?— pregunté asustado.

—La señora, la señora...

Estaba el médico en su alcoba. La tía

vestida, lloraba y se quejaba, tumbada sobre la cama.

—¿Que ha sido?

La interina, lo explicó con lágrimsa:

—Se ha caído. Ha tropezado y ha caído... Todas las cajas del armario se le han venido encima...

El médico a simple vista no pudo determinar si se había roto el hueso de la pierna izquierda, que era donde más le dolía. Trajo un aparato de Rayos portátil, por la tarde y vió que se había fracturado el cuello del fémur.

La tía resistió bien con morfina. El médico no se atrevió a enyesar por miedo a complicaciones debidas a la edad y recetó medicamentos y pildoras.

A los quince días se complicó la cosa con una pulmonía. Los medicamentos aumentaron, pero, la tía se iba poco a poco. Se le afiló la nariz y se le hundieron los ojos. Le

rogué a Valentina que se quedara en casa. Me veía solo y perdido en ella. Por las tardes rezábamos el rosario y la tía nos escuchaba desde la cama.

—¿Qué quieres?

—¡Las fotos!— contestó con un hilo de voz.

Las pusimos todas en la mesilla de noche; de la que habíamos trasladado todos los medicamentos que rebasaban del tocador.

Pocos días más tarde recibió la Comunión. Pusimos sobre la cama una colcha de damasco y sobre la mesilla un crucifijo de plata y dos cirios. Valentina y yo encendimos unas candelas. La tía estaba muy nerviosa y emocionada y a mí me saltaban las lágrimas.

—Ecce Agnus Dei...

Recibió al Señor. Dos días después, a la

madrugada, murió. Yo me quedé solo.



Así con esta sencillez se cuentan, pasados los años, las cosas que cambian el rumbo de nuestras vidas. La tía murió sin testar y como yo era sobrino segundo, la mayor parte de lo que tenía se lo llevó Hacienda. Con lo que quedó, pagué las cuentas atrasadas de médico y farmacia, vendí algunos muebles y reuní lo suficiente para no morir de hambre en dos o tres meses. Lo suficiente hasta encontrar trabajo.

Era el verano y la mayoría de las oficinas, solo estaban abiertas por las mañanas; los jefes estaban de vacaciones y todos mis escasos conocidos veraneaban lejos del horno de la ciudad. ¿A quien iba a dirigirme? ¿En que podría trabajar? Aquellos días pude comprobar la cantidad de energía que posee un hombre, por apocado que parezca.



Pero el tiempo pasaba, yo iba gastando y el empleo no aparecía. En estas circunstancias apareció Miquel que fué para mi la Providencia sin corbata.

Había leído unos versos de Cabral, el poeta brasileño y estaba tan entusiasmado que ahora escribía una ópera negra contra el racismo americano. Le pregunté por Salazar y demás pandilla de pseudo-intelectuales. Sos se había ido a Fortaleny, su pueblo, a reponerse, y Conde buscaba una novia de su alcurnia a la par que componía una elegía al rey Don Rodrigo, antepasado suyo recién descubierto. Los pintores habían dejado de ir y la reunión se moría por falta de público.

—El último día fué Pedro Caba y leyó unas cuartillas sobre la «Filosofía antropomorfica y sus consecuencias en la civilización del año dos mil».

—Muy interesante.

Pasamos a hablar de nuestras vidas y yo relaté mi situación.

—Nada no te preocupes. Mañana vente al Grao a la oficina y hablaremos con mi padre

El señor Miquel no era tan fiera como su hijo nos lo había pintado. Se había educado en Inglaterra y era un hombre de negocios que no entendía de otra cosa. La literatura le tenía su cuidado y consideraba absurdo que su hijo estudiara una carrera teniendo en marcha el negocio de la Agencia de Aduanas. No comprendía la utilidad de los versos ni las novelas y según decía, quería que su hijo no se convirtiera en un vago, en un poeta muerto de hambre.

Me admitió con poco sueldo para empezar, prometiendo aumentarlo si le satisfacía mi trabajo, que en los meses de verano no fué mucho.

La oficina abría sus balcones al puerto; desde mi mesa veía el agua azul y los cascos y chimeneas de los vapores. Veía salir y atracar los barcos. Desde entonces aprendí a ver el mar de forma distinta a como lo había visto hasta entonces. Era un mar diferen-

te al que había contemplado al lado de Lupe y de Santos.

— ¡Que hermosura, sí! Pero también que riqueza y qué esperanza...



Terminado el verano recibí una carta sorprendente de Santos que copio íntegra en toda su parquedad expresiva:

*Querido amigo Luis:*

*Te escribo para despedirme de ti. Seguramente no volveremos a vernos en bastante tiempo. A ti te lo voy a confesar: He luchado contra mi vocación. He querido enamorarme, aturdirme estudiando. Pero el Señor es bueno y ha llamado no una, sino muchas veces a mi puerta. Al fin he quedado a su disposición. Dios mediante, el trein-*

*ta de Septiembre ingresaré en el Seminario.*

*Despideme de Soledad (a la que también escribo), de Conchita, de Lupe, de Borrell, de todos... ¡Adios a las clases tan aburridas y ahora tan queridas! ¡Adios a nuestras conversaciones y a nuestros paseos!*

*Echaré de menos el mar. Pero todo lo cambio por Algo que vale la pena, pues es el resumen de todos los bienes.*

*Adios querido Luis. Reza por mí para que el Señor me dé fuerzas para perseverar dignamente en el camino emprendido. Yo no te olvidaré en mis oraciones.*

*Adios. Un abrazo de*

**SANTOS**

Valencia, Primavera 1953



En el momento de escribir estas líneas  
se encontraba en el...

El presente libro es el resultado de un  
trabajo que se ha realizado en el  
curso de los últimos años...  
y a muchos gracias.

El autor de estas líneas  
quiere agradecer a los señores  
que han colaborado en el presente  
trabajo...

Algunos de los señores que  
han colaborado en el presente  
trabajo son los señores...

Algunos de los señores que

**SANTOS**

Vilard, Benito 1955

— 220 —

**Este libro se terminó de imprimir  
el día 31 de Enero de 1955,  
festividad de San  
Juan Bosco.**

---

**IMPRIMIERON:** *Angel de los Santos Benito  
Miguel Altés Vilard*

